

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

XXVII CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

2019









Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Coordinación de contenidos

Pierina Cavalli y Loreto Alarcón

Diseño

Victoria Neriz

Edición

María Teresa Sota

Ilustraciones

Paula Bustamante
Alfredo Cáceres
Camila Cruz
Sol Díaz
Paulina Leyton
Jorge Roa
Mariel Sanhueza
Gertrudis Shaw
Margarita Valdés
Daniela William

Ilustración de portada

Daniela William

Derechos Reservados

Inscripción Registro Propiedad Intelectual N° 220-A-4382
ISBN: 978-956-7215-72-0
Junio 2020, Santiago de Chile.

Imprenta Almpresores

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

XXVII CONCURSO HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA
2019

Los cuentos que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas y jóvenes de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra.

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con la colaboración y el financiamiento del Ministerio de Educación.
www.historiasdenuestratierra.cl

ÍNDICE

Presentación Ministerio de Agricultura	9
Presentación Ministerio de Educación	10
Palabras del Jurado	11
Jurado Nacional	12
I versión categoría Dibujo	13
XXVII versión categoría Cuento	33

PREMIOS NACIONALES

El diente de ajo, Miel Almendra Antonella Caulli Soto. Región de Los Lagos	35
La sombra del jote, Martín Amaro Peña González. Región Metropolitana	39
El ladrón de recuerdos, Eduardo Enrique Cea Garrido. Región del Bío Bío	43
Kloketen, Camila Loreto Yakasovic González. Región de Valparaíso	47
La leyenda de los dos toros, Jabiera Ximena Rubina Cortés. Región de Coquimbo	51

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Las vacaciones, Javiera Fernández Álvarez	55
Otro día comienza, Briguith Yamna Tapia Paripanca	59
La historia de mi abuelo, Karla Ortiz Veliz	67

REGIÓN DE TARAPACÁ

El dragón dormido de Tarapacá, Nathalia Ramírez Araya	71
Cómo nace nuestro escudo, Antonia Montserrat Varela Carvajal	75
Los cuatro vientos, Lindsey Belén del Carmen Rodríguez Olmos	79

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

La cebolla bailarina, Adbi Paloma Savitri Hernández Bhatia 81

REGIÓN DE ATACAMA

La niña de sal, Felipe Ignacio Contreras Julio 85

La casona en la cima del cerro, Sebastián Ignacio Riveros Vicente 91

Los quesos de la familia Portilla, Fabián Guillermo Alberto Guerrero Portilla 95

REGIÓN DE COQUIMBO

El valle del Encanto y las piedras tacitas, Guillermo de la Cerda Marincovich 97

El poncho, Victoria Amelia Gutiérrez Morales 99

Juan y medio, Nayeli Cifuentes Fajardo 101

El Cascocha, Emilia Álvarez Rosas 105

REGIÓN DE VALPARAÍSO

El desorden de mi tata y la fiesta de santa Rosa de Lima, Miguel Eduardo Medina Tamayo 109

El quillay, Carla Andrea Díaz Araya 113

El maravilloso tesoro de El Convento, Monserrat Carolina Farías Fruth 115

REGIÓN METROPOLITANA

El remolino de las mariposas, Emilia Lucía Salas Herrera 119

Los gansos vuelan libres, Antonia Paz Lagos Novoa 121

REGIÓN DE O'HIGGINS

La chancha salvaje, Javier Andrés Cornejo Céspedes	127
Don Carducho, Massiel Aracely Pérez Herrera	129
El hombre misterioso, Natacha Catalina Villegas Espinoza	131

REGIÓN DEL MAULE

El pequeño cocinero mapuche, Vicente Alejandro Cortés Jauregui	137
El Pacho Huaipino, Sofía Paz Romero Valdés	141
El amor secreto, Claudia Danae Gutiérrez Inostroza	145

REGIÓN DEL ÑUBLE

¿Mi madrina es un Tue Tue?, Florencia Ceballos	149
Mi tata, el tallador, Benjamín Galindo Elgueta Sepúlveda	153

REGIÓN DEL BÍO BÍO

El terreno milagroso, Karime Isidora Leyan Beltrán	157
Llalín kushe ka pu ngerefe, Paloma González Fonseca	161

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Cómo nació el pueblo mapuche, Matías Quiriban Huentecura	165
El zorro que se convirtió en machi, Natalia Quiriban Neculqueo	169
El bosque encantado, José Miguel Gallardo Sánchez	173

REGIÓN DE LOS RÍOS

La Llorona de Pellinada, Natalia Alexia Becerra Aburto	175
La chonchona, Martín Alejandro García Irribarra	179
Los niños y el puma Jack, Damián Andrés Díaz Oyarzo	183

REGIÓN DE LOS LAGOS

Margarita, la niña del bosque, Vicente León Naour Cheuquepil	187
Viaje a otra isla, Boris Hollstein Cárdenas	191
La taza de café, Catalina Nahuín	197

REGIÓN DE AYSÉN

El día en que el sol se ocultó, Laura Katiuska Bracho Cárcamo	201
La aventura de mi abuelo, Jesús Manuel Águila Díaz	203
La laguna verde oscuro, Lucía Estela Arregui Contreras	207

REGIÓN DE MAGALLANES

Mi sueño, Laura Sofía Álvarez Díaz	211
Mi abuelo, Catalina Ignacia Gatica Ampuero	217
El ovejero, Daniel Eduardo Millalonco Alvarado	221

PRESENTACIÓN

Ministerio de Agricultura

¿Quiénes sino nuestros abuelos y abuelas han sido por generaciones las principales fuentes inagotables de historias, experiencias y sabiduría, además de ser nuestros referentes del amor por la familia, nuestras costumbres y tradiciones?

Durante muchísimos años, ellos y ellas han resguardado un patrimonio inmaterial de incalculable valor, que nietos y bisnietos han podido escuchar de sus propias voces, atesorándolo en sus mentes y corazones. Y son precisamente esas historias y vivencias las que el concurso Historias de Nuestra Tierra año a año recoge a través de la categoría “Me lo contó mi abuelito”, que nos permite vivir y revivir aquellos relatos que nos hablan de lo más profundo y auténtico del campo y el mundo rural de nuestro país.

En una sociedad donde la modernidad y la tecnología parecen habernos distanciado de algunas de nuestras tradiciones y experiencias, contar con una instancia como esta nos permite mantener vivas estas historias, nuestra memoria personal y colectiva, junto con constatar que las nuevas generaciones aún mantienen aquella conexión con nuestras raíces y, a través de su escritura, comparten e inmortalizan ese invaluable patrimonio cultural.

A través de este libro, que año a año la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (FUCOA) edita en el marco de este tradicional certamen, estamos felices no solo de compartir las obras ganadoras de la versión 2019, sino también de constatar que cada vez son más los niños y niñas que participan en el concurso Historias de Nuestra Tierra.

Esperamos que esta publicación motive a las nuevas generaciones a seguir leyendo, escribiendo y expresando el amor por el campo, el mundo rural y nuestras tradiciones, así como a sus padres a fomentarles la lectura y expresión literaria. Y por supuesto, a nuestros abuelos, para que sigan atesorando y compartiendo con los más pequeños sus inolvidables historias y experiencias.

Antonio Walker Prieto
Ministro de Agricultura

Francisca Martin Cuadrado
Directora Ejecutiva FUCOA

PRESENTACIÓN

Ministerio de Educación

Los primeros educadores que tienen los niños y niñas en sus vidas son la familia. En dicho entorno, aprenden de sus padres y de todos con los que viven en su hogar, además de recibir amor e ir entendiendo el mundo en el que vivimos.

El rol que cumplen los adultos mayores sobre los niños y niñas es primordial, porque traspasan sus enseñanzas de vida a través de historias y relatos; una cadena de transmisión oral invaluable.

Por lo tanto, la categoría “Me lo contó mi abuelito” del concurso Historias de Nuestra Tierra, organizado por la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (FUCOA) del Ministerio de Agricultura y en conjunto con el Ministerio de Educación, es una de nuestras actividades que se ha ganado un espacio importante.

Los estudiantes de escuelas rurales, a través de este libro, describen historias de su vida cotidiana en el campo, mitos de sus comunidades, anécdotas familiares e incluso preocupación y soluciones sobre distintas situaciones.

Este concurso, además de representar un aporte cultural incalculable, desarrolla y potencia habilidades centrales en el proceso de enseñanza-aprendizaje, aporta al desarrollo de la imaginación y mejora las habilidades de lectura y de expresión escrita.

El objetivo del gobierno del Presidente Sebastián Piñera es que todos los niños y niñas puedan desarrollar el hábito, la pasión y la curiosidad por la lectura en Primero Básico, para que así conozcan y entiendan el maravilloso mundo de los libros y cuentos, y asimismo lograr más y mejores aprendizajes.

A pesar de que fueron más de mil cuatrocientos los niños y niñas que participaron en 2019, nuestro objetivo es que sean cada vez más quienes se atrevan y tengan las ganas de plasmar en un cuento lo que piensan, sienten, cuáles son sus sueños, y que las anécdotas que sus abuelos les contaron sigan siendo parte de su historia y la nuestra.

Ministerio de Educación

PALABRAS DEL JURADO

En esta nueva versión del concurso pudimos apreciar que se mantienen los relatos inspirados en tradiciones orales de larga data, variaciones sobre los mismos o bien textos que se inspiran en sus tópicos para crear nuevas interpretaciones (aparecidos, el diablo, sirenas, el zorro, entre otros). Del mismo modo, se aprecia que hay continuidad con los imaginarios regionales, a veces, releendo sus fisonomías, otras dándoles matices diversos (como los pueblos fantasmas del norte, los cerros de la zona central, los bosques del sur y las lagunas del sur austral). Asimismo, desde los pueblos originarios se escucha cada vez con mayor fuerza la entrega de una rica trama de cuentos que dibujan los problemas actuales como las viejas enseñanzas de los(as) antepasados(as). Emergen como nuevos imaginarios las identidades sexuales, los temas de género (las mujeres y su lucha por la sobrevivencia), así como relatos ligados a la identidad nacional, destacando una recuperación de la memoria de personajes masculinos, tales como el “Pacho Huaipino”, “Juan y medio” y “Don Carducho”.

En casi todos los escritos enviados al concurso de este año se asoman las emociones, sentimientos y también reflexiones que los(as) niños(as) expresan plasmando modos de ver y vivir el mundo, recibidos o inscritos en la vida contemporánea. Así, la cadena de transmisión desde las culturas locales o familiares se entrelaza con las nuevas miradas y el pulso de la época. La valoración que ellos(as) hacen de determinados temas nos lleva a preguntarnos por cómo los(as) adultos(as) los hemos invisibilizado o hemos sido poco sensibles en reconocer lo fantástico, lo lúdico, los mensajes, las historias recogidas y recontadas con todo el sustrato simbólico de la cultura popular que los(as) niños(as) escriben.

No queda si no celebrar esta nueva versión de las Historias de Nuestra Tierra y animar a su lectura toda vez que esta nos devolverá parte de los imaginarios que nos constituyen como comunidad y podremos disfrutar, en muchos casos, de una buena escritura que enriquecerá el día a día con voces que no son más que el gesto amoroso de reescribir sobre un universo heredado.

Sonia Montecino

Presidenta del Jurado

EL JURADO



Sonia Montecino. Nació en Santiago en 1954. Es antropóloga y escritora, profesora titular del Dpto. de Antropología y coordinadora de la Cátedra Indígena de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales (2013). Experta de Chile y Latinoamérica ante el Órgano Evaluador del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de Unesco. Recibió en 2005, el Premio Altazor por el libro *Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos*, que reeditó en 2015.



Esteban Cabezas. Nació en Santiago en 1965. Es periodista, crítico de gastronomía y escritor de literatura infantil. Algunos de sus libros son: *La saga de Julito Cabello*, *María la Dura* (Premio Barco de Vapor) y *La tortulenta* (Premio Ibbý Chile).



Zoila Díaz . Nació en Santiago en 1981. Educadora de Párvulos de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) y se desempeña actualmente como profesional del Programa de Educación Rural de la División de Educación General del Ministerio de Educación.



Josefina Hepp. Nació en Edimburgo, Escocia en 1982. Agrónoma, Máster en Protección y Manejo Ambiental de la Universidad de Edimburgo y Doctora en Ciencias de la Agricultura de la PUC. Sus intereses están centrados en la conservación de la biodiversidad y sustentabilidad. También es escritora de libros infantiles, como *La época de las semillas*, *De brujas caprichosas y hadas desencantadas* y *Auxilio, socorro. Historia de un malentendido*, que escribió junto a su padre.



Mauricio Paredes. Nació en Santiago en 1972. Ingeniero civil eléctrico de la Pontificia Universidad de Chile y escritor. También se dedica a la investigación y difusión de la literatura infantil. Entre sus títulos destacan: *¡Ay, cuánto me quiero!*, *La familia guácatela* y *La cama mágica de Bartolo*.



I VERSIÓN
CATEGORÍA DIBUJO
CREADOS POR ALUMNOS DE
ENSEÑANZA BÁSICA Y MEDIA

EL JURADO



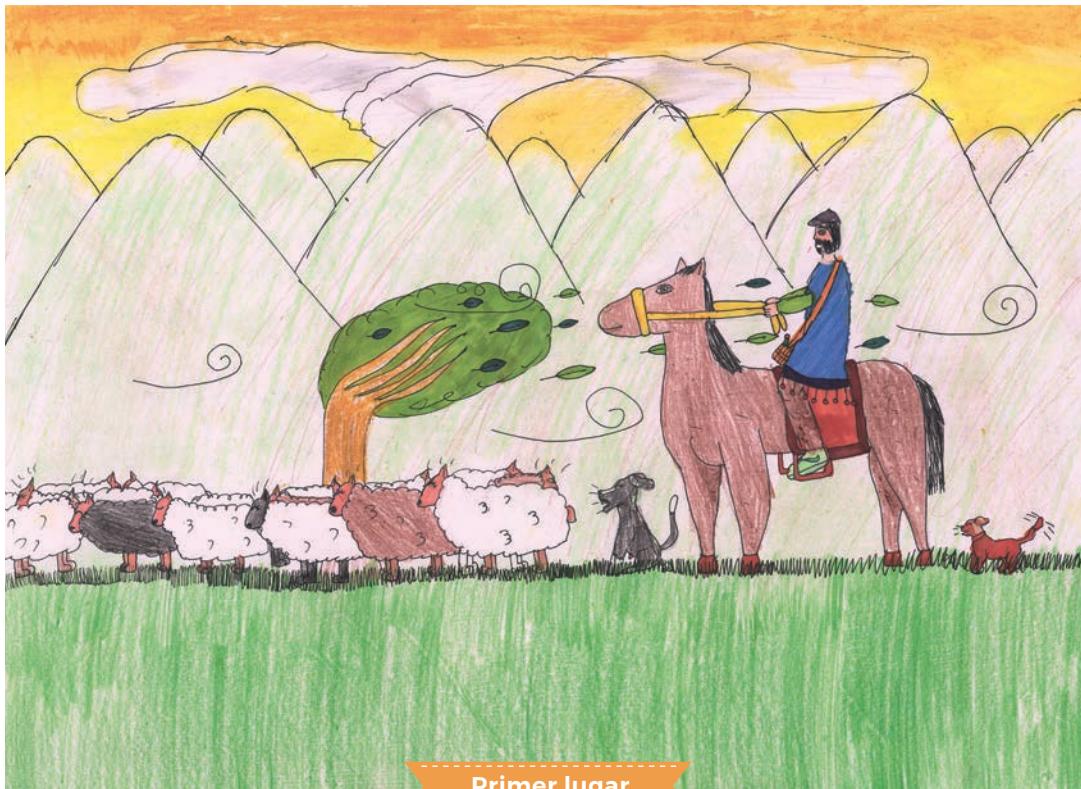
Pamela Vergara. Nació en Santiago en 1976. Es profesora de artes visuales, pintora e ilustradora. El año 2002, se licenció en artes plásticas, en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y el 2004 se tituló en pedagogía de artes visuales. Desde el 2004, trabaja como profesora de artes visuales y jefa área académica en la Fundación Belén Educa.

Francisca Aninat. Nació en Santiago, 1979. Realizó un BA en Historia del Arte de la Universidad de Maryland; es Licenciada en Artes Plásticas de la Pontificia Universidad Católica de Chile y tiene un master en artes en Central Saint Martins College of Art and Design (Londres). Ha participado en diversas exposiciones nacionales e internacionales.

Claudia Lira. PhD en estética y teoría del arte. Académica del Instituto de Estética e investigadora del Centro de Estudios Asiáticos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Directora en Chile del Proyecto Educación de los Sentimientos de Japón y del Concurso Internacional Museo de Bellas Artes de Atami, Japón.

José Luis Romero. Nació en Maipo en 1985. Es jefe del departamento de Desarrollo Rural de ODEPA en el Ministerio de Agricultura, y está a cargo de la implementación de la Política Nacional de Desarrollo Rural. Ingeniero agrónomo de la Pontificia Universidad Católica de Chile y máster en comunicación estratégica y branding de la Universidad Mayor.

EDUCACIÓN BÁSICA



Primer lugar

GANADERÍA

Este dibujo representa al ovejero de nuestra región de Magallanes, que se encuentra presente en las estancias y faenas del campo. En Porvenir trabajan estos esforzados hombres junto a sus perros, realizando un trabajo muy duro y sacrificado, pues el viento y el frío magallánico hacen que sea así.

Los ovejeros de nuestra tierra merecen todo nuestro respeto y admiración.

Alexia Agüero Ojeda
5° básico
Porvenir
Región de Magallanes

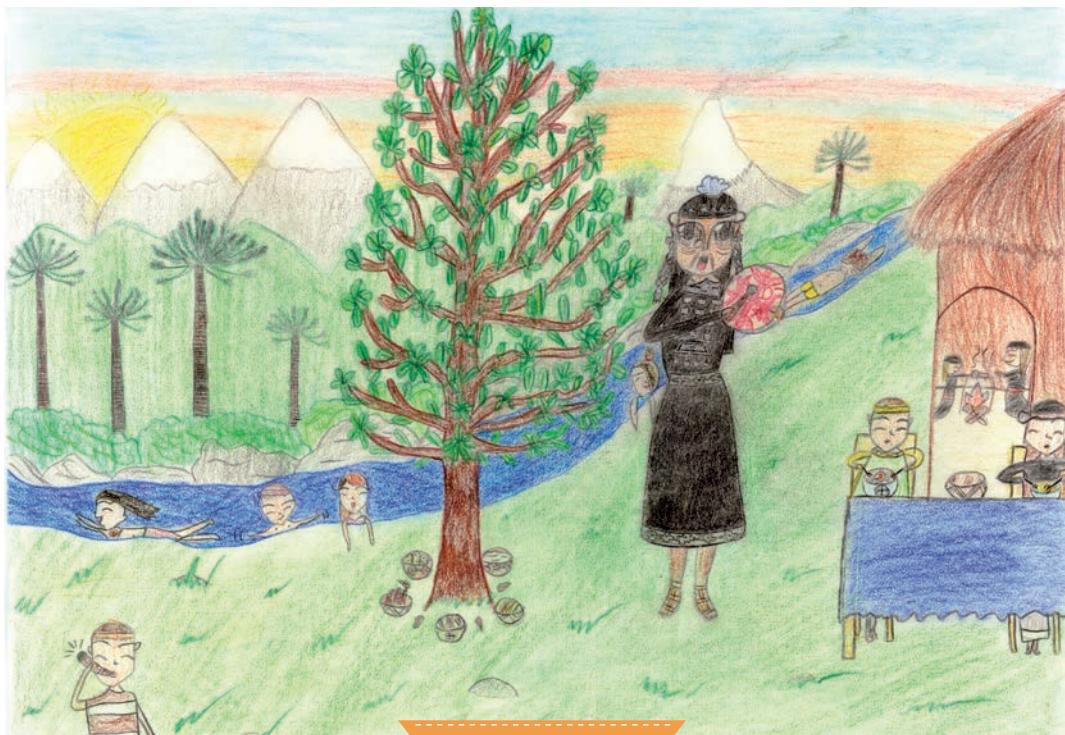


Segundo lugar

EL PASTOR DE LLAMITOS

El pastor de llamitos está inspirado en el trabajo que se realiza todos los días en nuestra zona, el valle de Lluta. Aquí, el pastor cuida y lleva a sus animales a alimentarse en lugares soleados.

Scarlen Sofía Huarachi Menacho
1° básico
Arica
Región de Arica y Parinacota

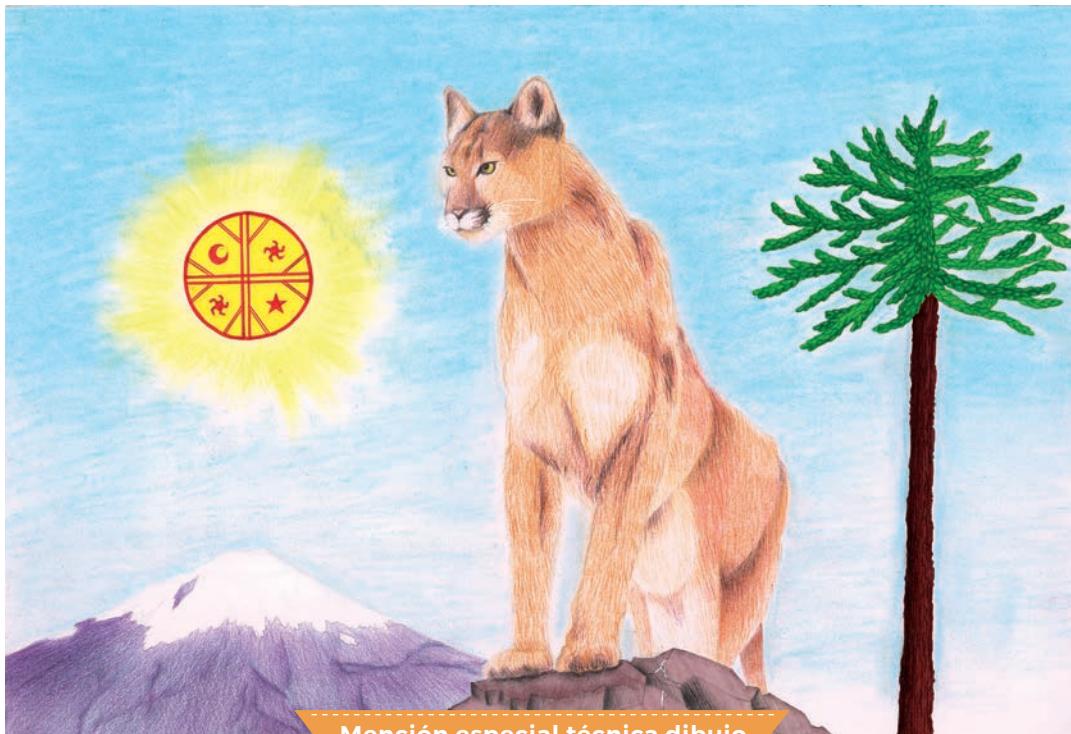


Tercer lugar

WE TRIPANTU

Celebración del año nuevo mapuche en la Araucanía al amanecer. Los niños y niñas se bañan en el río para que las energías negativas y los malos espíritus queden atrás. La machi espera con su kultrán para iniciar la ceremonia.

Matilda Ayleen Ampuero Cáceres
3° básico
Puente Alto
Región Metropolitana



Mención especial técnica dibujo

LA FUERZA DEL NAHUEL

Después de leer varias leyendas de la Araucanía, quise representar al nahuel (puma) como la fuerza y la astucia mapuche, pues para este pueblo el puma representa protección. Además, quise plasmar elementos importantes dentro de nuestro imaginario indígena, como por ejemplo el volcán Villarrica o Rukapillán, la araucaria y el cultrún, los cuales forman parte de la esencia de nuestra región y de las historias que aquí se cuentan.

Diego Ronaldo Cabello Nahuefil

8° básico

Pucón

Región de La Araucanía



Mención especial gráfica

MISTERIOSOS HOMBRES SALIENDO A LA LUZ

El dibujo se trata de los selk'nam, una tradición indígena de la región de Magallanes. Actualmente están completamente extintos. Los selk'nam habitaron la isla de Tierra de Fuego y solemos asociarlos con las fotos de hombres con cuerpos pintados y grandes máscaras que complementan su vestimenta, que evocan un gran misterio. Actualmente, son un símbolo muy representativo de nuestra región.

Daniela Victoria Colina Sánchez
7° básico
Natales
Región de Magallanes

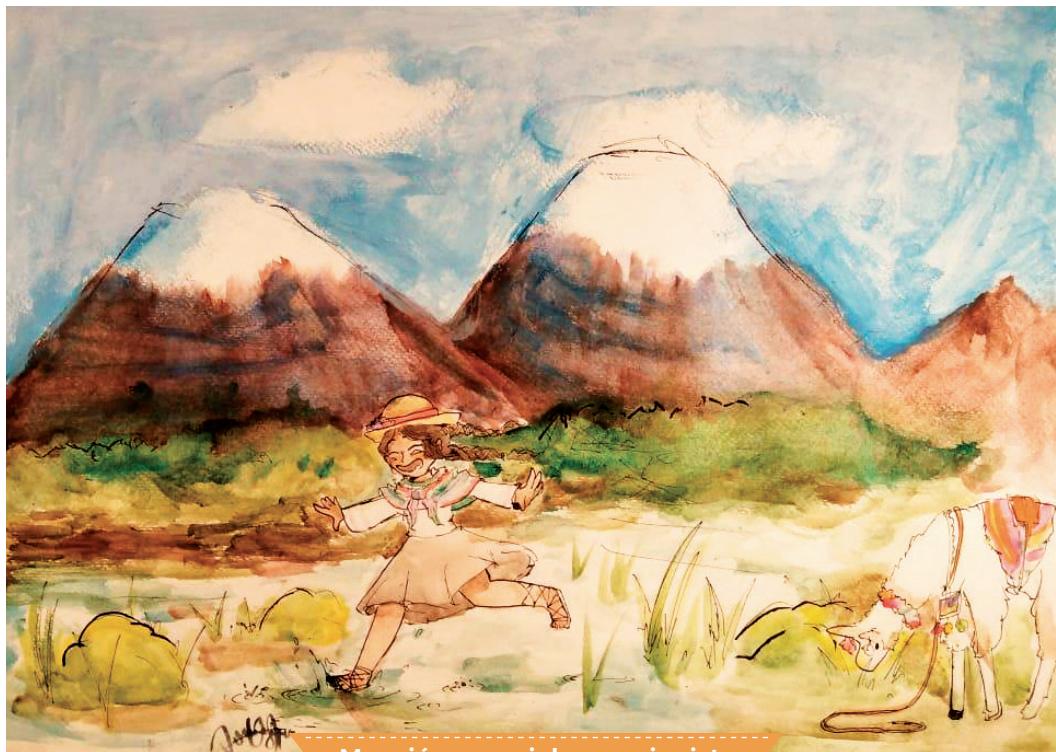


Mención especial técnica narrativa

DOMADURAS

Tradicionales de nuestra tierra, las domaduras ya no son solo un deporte de nuestros machos recios, sino también de las mujeres que se atreven a incursionar en este campo. En una sociedad mayormente machista, las mujeres también están participando.

Damary Antonia Gálvez Aguirre
8° básico
Maule
Región del Maule

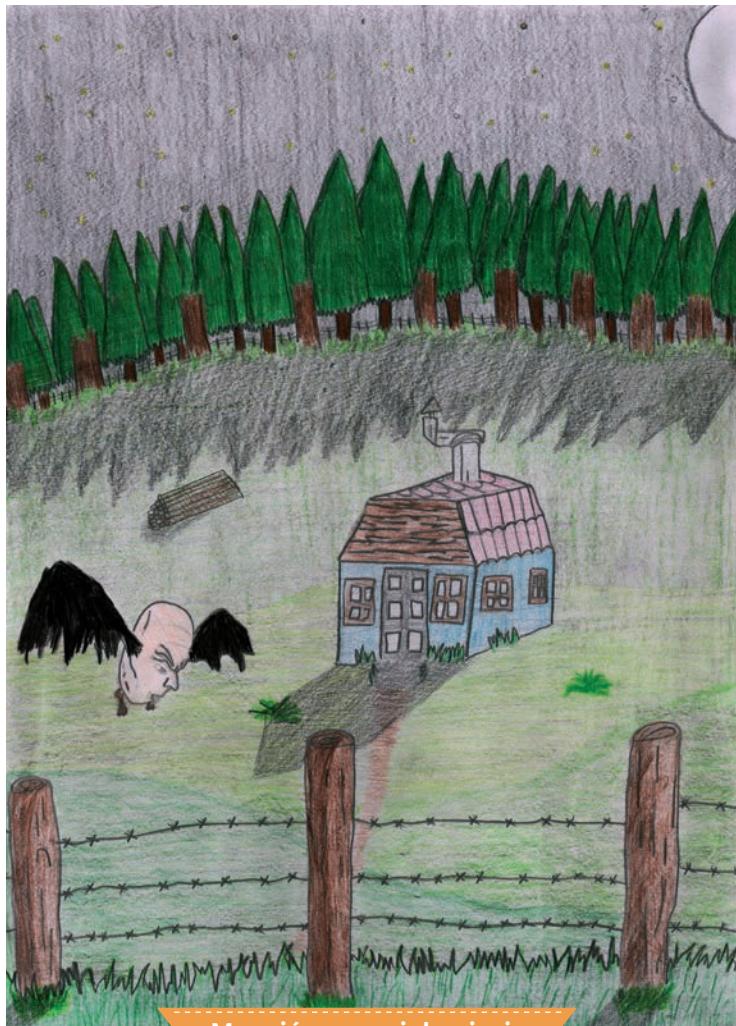


Mención especial expresionista

ALEGRÍA EN LA ALTURA

Inspirada en la vida rural de la cordillera de los Andes en Arica. La niña del dibujo se llama Kori, ella es aymara, vive cerca de los volcanes Payachatas y se le ve feliz corriendo en el lago mientras deja a su alpaca descansar y comer algo de hierba. Ella disfruta la plenitud de su infancia creciendo con la naturaleza de un paisaje increíble.

Dominique Ortiz
7° básico
Arica
Región de Arica y Parinacota



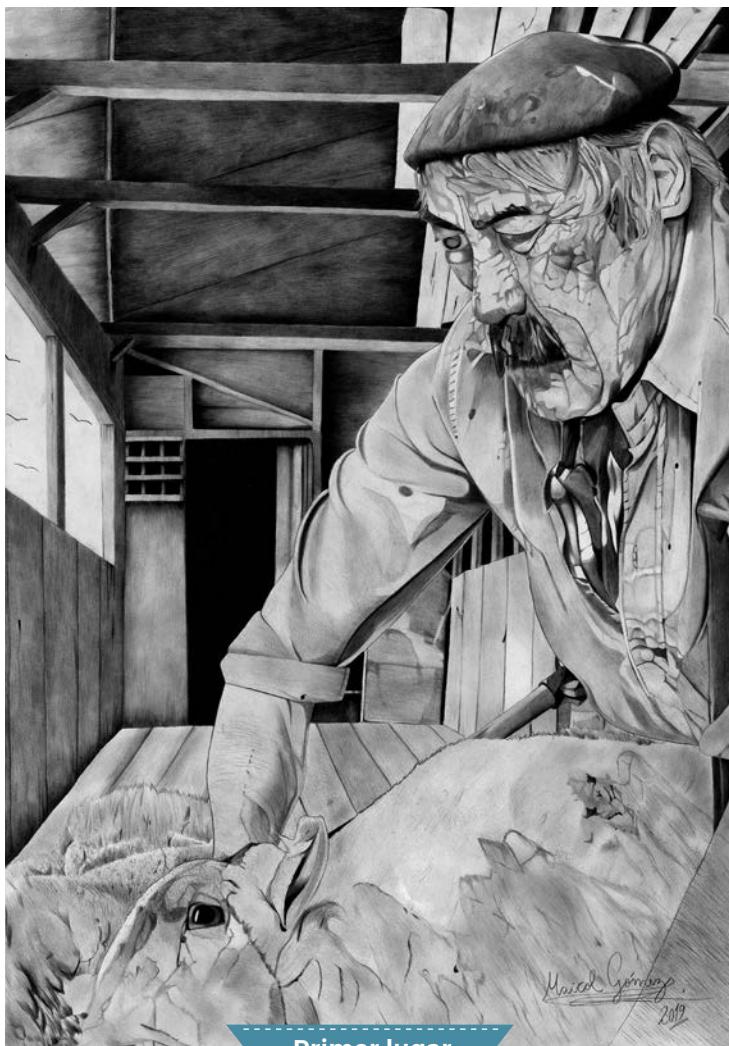
Mención especial paisaje

EL CHONCHÓN

El dibujo trata sobre la leyenda del chonchón. Se ve en el paisaje de campo una pequeña casa con los típicos cercos de alambre púa que limitan comúnmente a los sitios rurales de la zona central. La criatura se ve acechando el lugar durante una visita nocturna, con una enorme luna llena.

Sebastián Matías Aedo Loyola
3° básico
Los Ángeles
Región del Bío Bío

EDUCACIÓN MEDIA

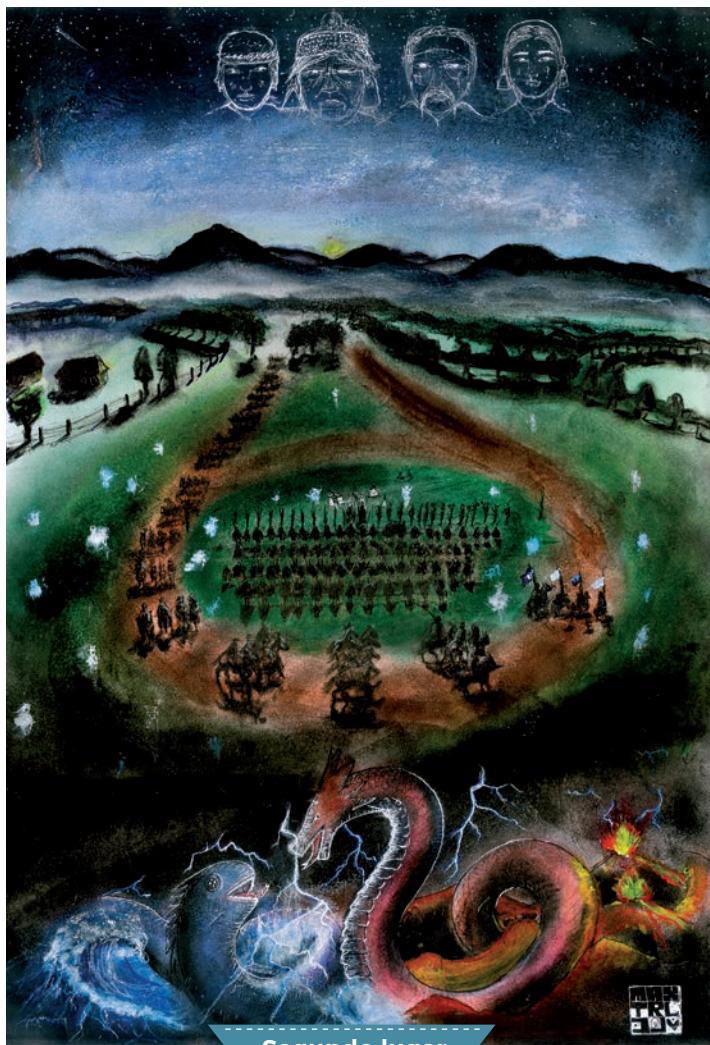


Primer lugar

EL GAUCHO ESQUILANDO UNA OVEJA

Este dibujo es una interpretación de lo que he visto hace años, desde que era un niño en el cerro Castillo en una faena de esquila. Con esta vocación me inspiré y decidí dibujarlo para poder mostrar mi gran talento, como el recuerdo que llevo desde hace años.

Maicol Gómez Matus
2° medio
Puerto Natales
Región de Magallanes



Segundo lugar

NGILLATUN

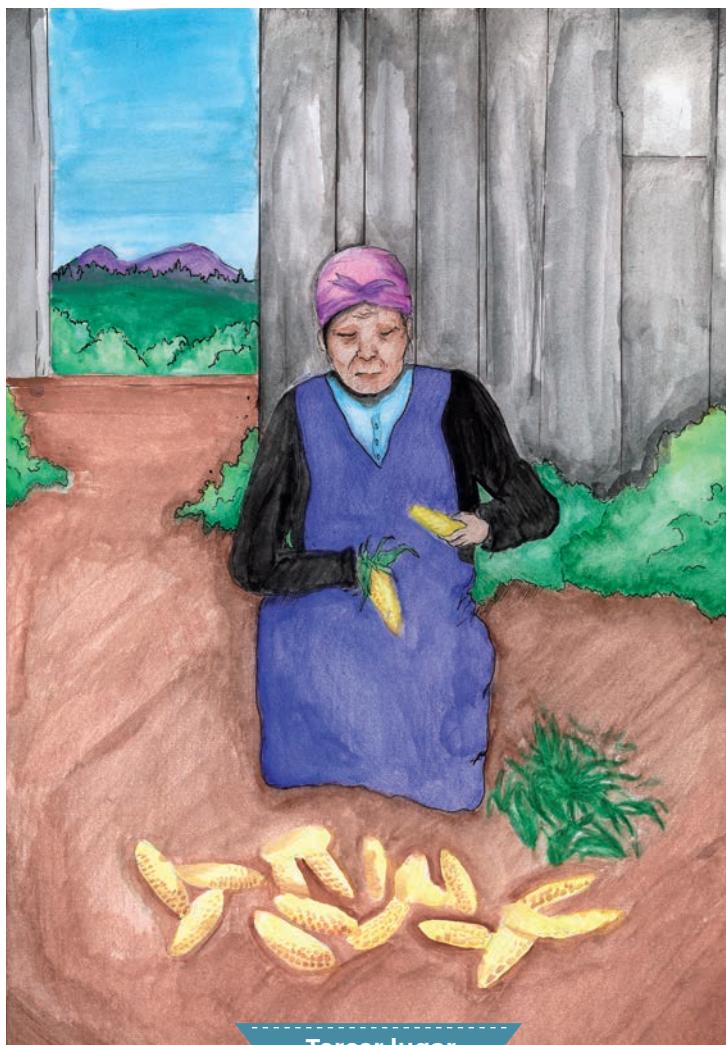
Este dibujo representa la espiritualidad de nuestro pueblo mapuche. El ngillatun es la celebración que se hace para agradecer las buenas cosechas, el buen tiempo, la salud. Sacrificio colectivo para el bienestar y el equilibrio universal, reafirmando nuestros lazos con los ngen (espíritus) y recordando a nuestros antepasados.

Maximiliano Tralcal LLeuful
4° medio
Padre Las Casas
Región de La Araucanía

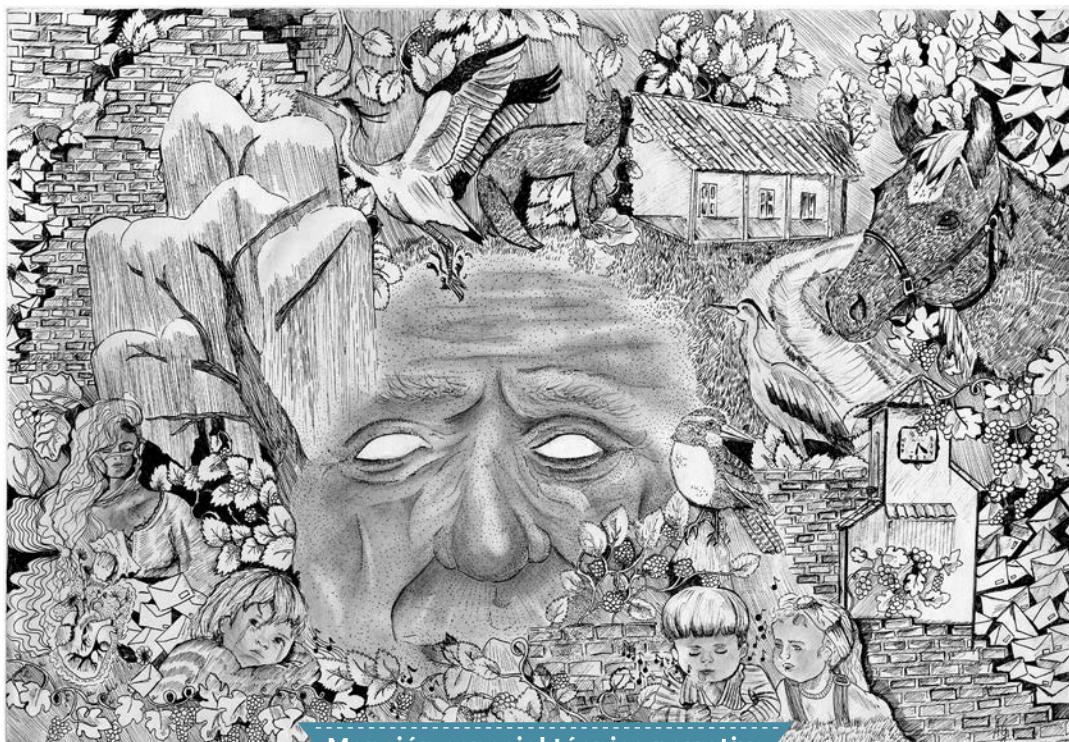
LA COSECHA

Cuando pienso en el concepto "vida rural", se me viene a la mente las personas de mayor edad. Me imagino un paisaje de campo en el cual predomina la imagen del esfuerzo de algún adulto mayor. En mi dibujo se ve a una mujer mayor, trabajando con el maíz afuera de su humilde casa. Su rostro es apacible, trabaja sin estar apresurada, pensando quizá en el tiempo que ha destinado de su vida al mismo trabajo, o quizá pensando en la tranquilidad que significa vivir en ese lugar.

Isabella Valentina Bascur Aedo
2° medio
Osorno
Región de Los Lagos



Tercer lugar



Mención especial técnica narrativa

MIRADA SIN LUZ

Pareciera una historia inverosímil, pero es verdadera. Es la historia de un cartero ciego. El relato pasa de una generación a otra, a través de una canción llamada “El cartero ciego de Santa Cruz”. Se plasmaron en este dibujo fragmentos de esta: la amada, el tordillo y el mismo cartero con sus ojos sin luz. Además, se muestra la flora y fauna de la región como el zorro, la loica, el quillay y las garzas, y algo muy representativo de Santa Cruz: el carillón.

Anahis Marta Viviana Grollmus Parraguez
 4° medio
 Chépica
 Región de O'Higgins



Mención especial expresionista

INDIO WENQUIAO

Dicen que durante San Juan de la Costa aparece el indio Wenquiao sobre una piedra en medio del mar. Se dice que cuando se le grita al indio despierta enojado y produce lluvias y mareas fuertes al instante para que el irrespetuoso se marche del lugar y surja de nuevo la calma.

Denisse Vargas Chacón
2° medio
Osorno
Región de Los Lagos

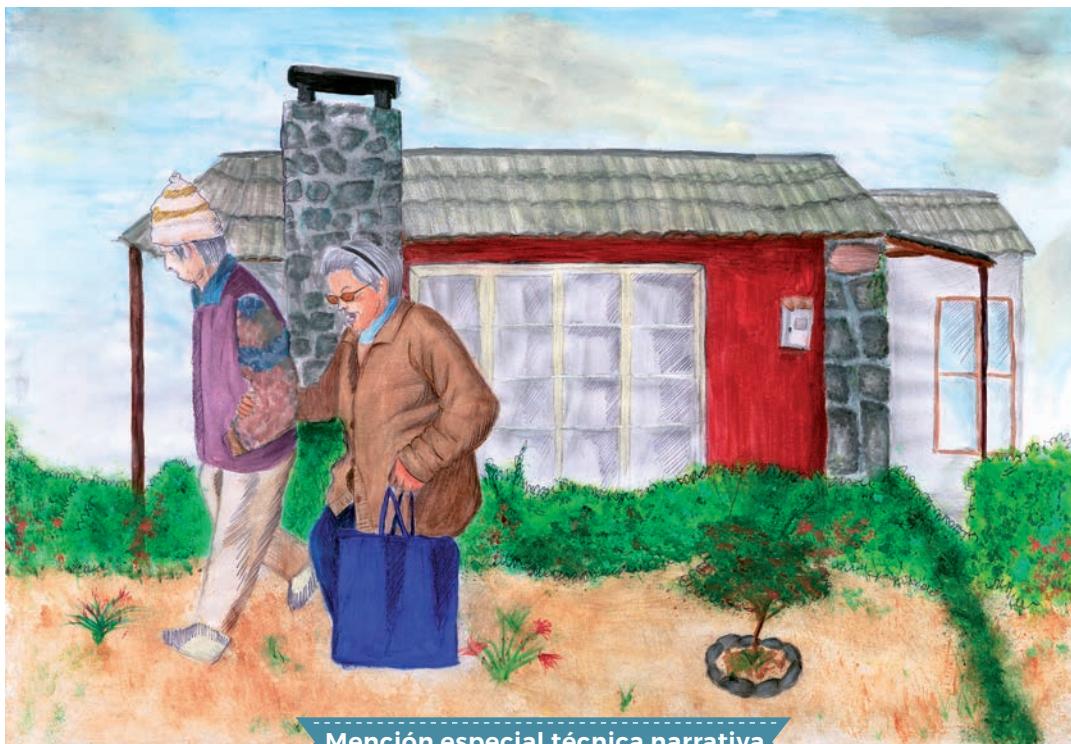


Mención especial técnica dibujo

EL BARCO FANTASMA

Un relato cuenta sobre la aparición de un barco en el desagüe de Rupanco, el cual se rumoreaba era el Caleuche. Pero tenía una apariencia totalmente diferente: un barco, totalmente negro sin una sola luz y silencioso. ¿Sería el mismísimo Caleuche o un barco fantasma?

Denisse Vargas Chacón
2º medio
Osorno
Región de Los Lagos

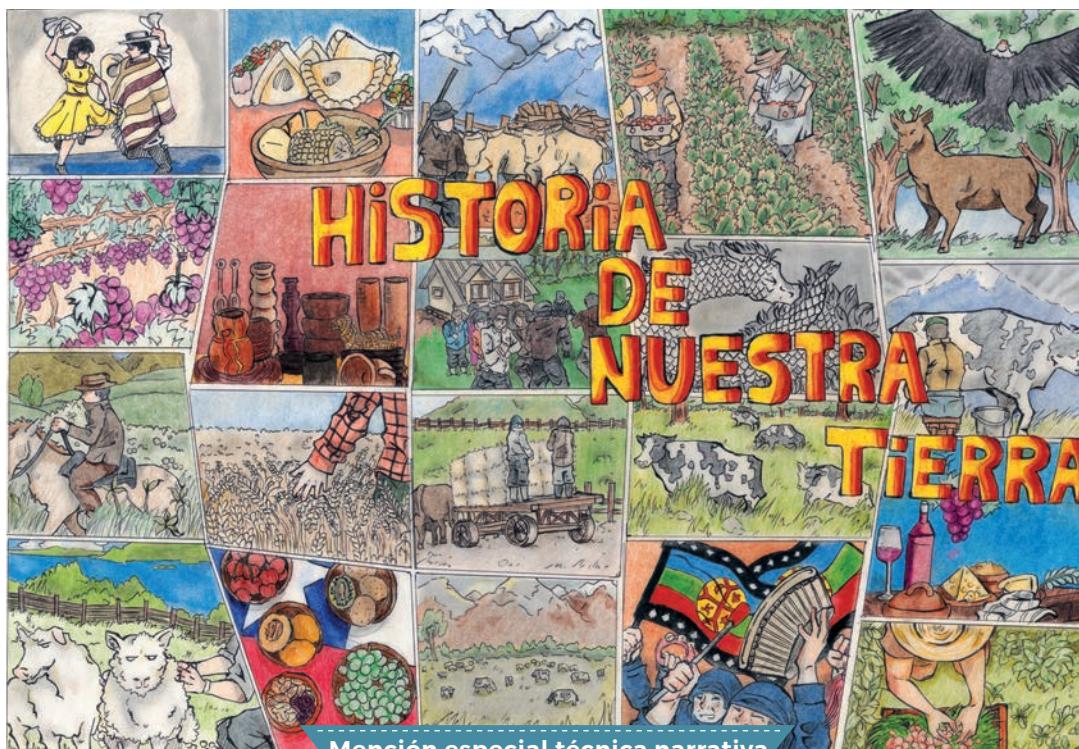


Mención especial técnica narrativa

LA VERDADERA FELICIDAD

Sonia y Mario, o como yo les digo “Yeya” y “Tata”, son los personajes de mi obra. Ellos viven en el campo y tiene muchas historias. Mi Yeya cocina lo que cosecha, todo es sano y nutritivo. No quieren vivir en otro lugar, allí son felices.

Fabiana Antonia Vasconcellos Carrasco
1° medio
Región de O’Higgins



HISTORIA DE NUESTRA TIERRA

Mi dibujo está basado en las zonas rurales de nuestro país. Me inspiré viendo los programas culturales que dan los fines de semana en la televisión (canales nacionales). Cada dibujo muestra la vida en alguna zona rural de Chile: sus tradiciones, las actividades de agricultura, los productos naturales de nuestra tierra. Además, agregué un dibujo de una de las leyendas de la zona donde vivo llamada “El culebrón”.

Sofía Renatta Mancilla Arenas
4° medio
Rancagua
Región de O’Higgins

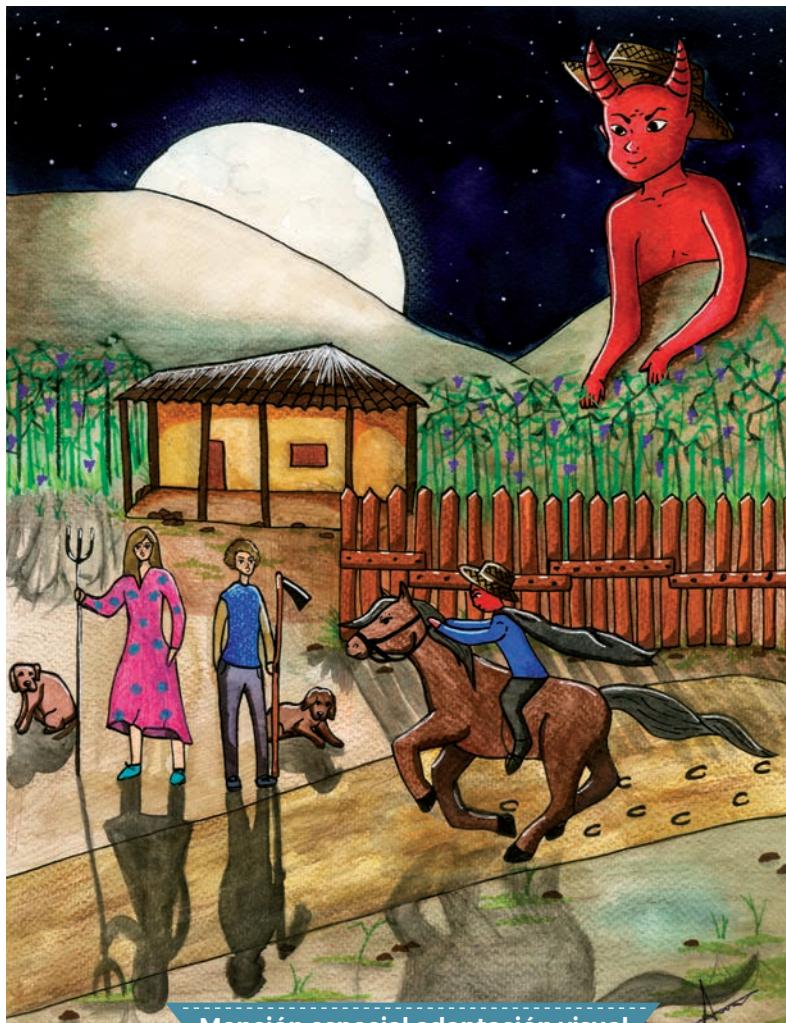
SIN TÍTULO

Este dibujo hace referencia al proceso y al esfuerzo con el cual se realiza la producción de choclo y su festival.

Michelle Dayana Hernández
2° medio
Arica
Región de Arica y Parinacota



Mención especial uso del color

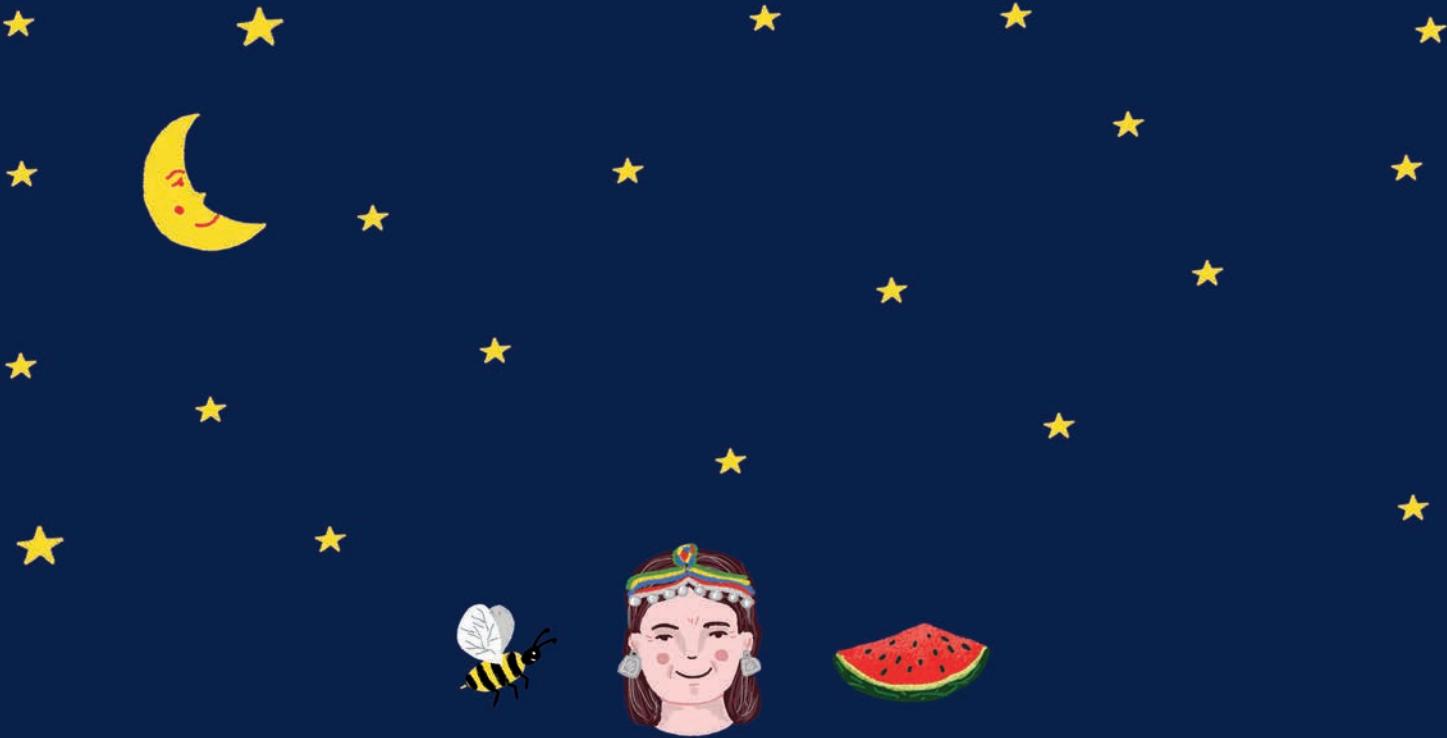


Mención especial adaptación visual

EL CALLEJÓN DEL DIABLO

Cuentan las familias de Lo Abarca, localidad que se pierde entre los cerros de la comuna de Cartagena, que en un callejón aledaño, cerca de las viñas, en las noches de luna llena, aparece un jinete de capa negra galopando raudo y furioso. La gente sale al paso asustada, los perros aúllan y esconden la cola. Todos saben que es el diablo que viene a llevarse algún alma del pueblo.

Anaís Monserrat Acevedo Vilches
1° medio
Cartagena
Región de Valparaíso



XXVII VERSIÓN
CATEGORÍA CUENTO
ESCRITOS POR MENORES DE 14 AÑOS



Premios Nacionales

EL DIENTE DE AJO

Miel Almendra Antonella Caulli Soto

Hace mucho tiempo, en una mateada con mi abuela Nancy, me contó sobre sus vivencias de pequeña en Tauco, un pequeño sector ubicado camino hacia Chonchi, por la zona de Rauco en la isla Grande de Chiloé. Ella me relató que a sus 12 años ya estaba a cargo de sus hermanos: los bañaba, cocinaba para ellos, en fin, era como una verdadera mamá.

Entre las historias más impresionantes que me ha contado es la que ocurrió un día, después de que ella hiciera todos los quehaceres del hogar. Entonces, los hermanos fueron a jugar a una pampa rodeada de pinos y manzanos; al caer la noche ya estaban muy cansados, por lo que decidieron volver a su casa.

En el camino de regreso, se encontraron con un famoso y extraño vecino que los acompañó, su apodo era “Chito”. Al llegar a la casa, la mamá de mi abuela lo invitó a tomar chicha recién majada con harina tostada; él, por supuesto, aceptó. Mi abuela dice que es tradición en Chiloé recibir a todo el que llega y atenderlo como corresponde. El problema es que transcurría la noche y don Chito aún permanecía junto a ellos, y entonces, inesperadamente, se apagaron las dos lámparas de queroseno que iluminaban la casa. La mamá de mi abuela no lo dudó y enseguida pensó que era por la culpa de don Chito, ya que en todo el pueblo se rumoreaba que era brujo. Por eso, velozmente se levantó y sacó una malla de ajo que tenía en su cocina con la cual se golpeó en la cara. Don Chito salió a tientas rápidamente, escapando por la puerta a tropezones. Según los antiguos, el ajo, es bueno contra las brujerías.



Mi abuela me contó que, dos días después, en una minga de papas de un vecino, apareció don Chito con un sospechoso moretón en la cara. Todos le preguntaban qué era lo que le había ocurrido, pero él se quedó en silencio hasta que una vecina que estaba en la minga le dijo: “¡Tú eres brujo!”. En ese momento salió corriendo hacia un roble, que estaba ubicado al lado de una pequeña huerta y después se le perdió el rastro.

Pasaron días, semanas, meses y años sin que nadie pudiera saber nada más de él. Algunos cuentan que murió cuando le dijeron que era brujo, pero otros dicen que su chaleco (el macuñ) se quedó en aquel roble, porque desde ese día, cada vez que las personas pasan frente a aquel árbol, siempre se siente un pájaro que trina fuerte, pero que nadie ve.

Mi abuela hoy tiene sobre los sesenta años y lleva sagradamente un diente de ajo en su cartera. “Para espantar los malos espíritus”, me dice.

Así son las creencias y la forma de protegerse en Chiloé.

Miel Almendra Antonella Caulli Soto
13 años
Castro
Región de Los Lagos
Primer lugar nacional
Primer lugar regional



Premios Nacionales

LA SOMBRA DEL JOTE

Martín Amaro Peña González

Todos los fines de semana venía el abuelo a nuestra casa; él vivía en el Fundo San Roberto de propiedad de la familia Lyon. Ahí trabajaba el abuelo, era el jardinero y casi siempre le traía a nuestra madre alguna planta un poco exótica, diferente a las flores de los jardines de nuestros vecinos.

Cuando murió la abuela quedó solo y sus visitas a nuestra casa se hicieron más frecuentes.

Tenía un caballo alazán que solo él podía montar. A veces, parecía un caballo amaestrado; otras parecía estar poseído por el mismísimo diablo. Permanecía quieto hasta que alguien subía a su grupa, entonces empezaba a corcovear y saltar como un animal salvaje. O emprendía una veloz carrera hasta que el jinete saltaba por los aires, entonces volvía mansamente al lado del abuelo para que lo acariciara y lo montara. Ya arriba del caballo, el abuelo nos tomaba de la mano y con un envión perfecto nos subía al anca para dar un paseo hasta el río Cachapoal, distante a un par de kilómetros. Esto lo hacía con todos sus nietos, por eso esperábamos ansiosos el día domingo para salir con el abuelo.

Terminada la tarea dominical del abuelo, de pasearnos en su caballo, nos sentábamos a la mesa a disfrutar del almuerzo, una rica cazuela de ave preparada por nuestra madre. Mi padre, como recompensa, siempre le tenía reservada una botella de vino tinto que traía de las bodegas del Fundo La Torina y que el abuelo paladeaba lentamente con su infaltable cigarro de tabaco puro que liaba en un trozo de hoja de choclo.

Nosotros nos peleábamos por sentarnos en las rodillas del abuelo a escuchar sus fantásticos relatos del diablo, de apariciones de fantasmas, de duendes, de entierros de plata y oro, pero en esta oportunidad nos habló de la sombra del jote, esa ave de rapiña que al mirarla en las alturas parecía una pluma que se deja llevar por el viento: sin un movimiento de sus alas se desplaza velozmente por el cielo. “Es un ave maldita engendro del demonio”, nos dijo el abuelo; “cuando su sombra pasa sobre una persona, esta se muere antes del año. Su sombra es helada como la nieve y cala hasta los huesos de las personas, el cuerpo se empieza a enfriar y no hay remedio que haga volver el calor al cuerpo de esa persona, la que pierde el habla y muere lentamente, empalada de frío”.

Todavía me parece recordar las palabras del abuelo, y más aún cuando aquella tarde de primavera fuimos al potrero a buscar los terneros para llevarlos al corral. Íbamos con nuestro hermano menor, un niño de cinco años. Al llegar al potrero, vimos que revoloteaban a muy baja altura varios jotes; seguimos caminando y nos encontramos con un ternero muerto. Nuestro hermano corrió a espantar los jotes, los que volaron sobre nuestras cabezas y empezaron a girar en círculo. Sus sombras parecieron posarse sobre mi hermanito. Rápidamente nos alejamos arriando los terneros hasta el corral.

Cuando llegamos a nuestra casa, nuestro hermano chico sudaba una transpiración helada como la nieve. Lo acostaron envolviéndolo con la manta de Castilla del abuelo; el niño temblaba de frío. Mamá le preparó un agua de tilo con yerba de la plata bien caliente; la bebió hasta el último sorbo y cerró sus ojitos quedándose dormido. «Mañana amanecerá bien», pensamos todos, pero al otro día grande fue nuestra sorpresa, ya que nuestro hermano amaneció muerto.

Todos lloramos la muerte de este angelito. Papá y mamá nos interrogaban si había comido algo en el camino que le pudo haber causado la muerte. No mencionamos para nada lo de los jotes, solo al abuelo se lo contamos y él meneando su cabeza nos dijo: “Les advertí que había que tener cuidado con la sombra del jote”.

Martín Amaro Peña González

9 años

San Bernardo

Región Metropolitana

Segundo lugar nacional

Primer lugar regional



Premios Nacionales

EL LADRÓN DE RECUERDOS

Eduardo Enrique Cea Garrido

En las noches oscuras y silenciosas, en los campos y ciudades acecha una criatura que es conocida como “el Usurpador” o “el Ladrón de recuerdos”.

Muy poca gente lo ha visto de frente, pero todos lo describen de la misma manera: es una criatura alta y flaca, que posee largas, pero delgadas extremidades y su rostro se describe como algo espantoso y repugnante.

Esta criatura acecha en la noche a la gente, en especial a los ancianos, ya que son más vulnerables. Entra en la casa de la gente de manera silenciosa y las empieza a acosar mientras duermen. De esta forma, susurra cosas en un lenguaje incomprensible y comienza a absorber los recuerdos de la gente poco a poco, provocando que las personas, a la mañana siguiente, pierdan la memoria. Al principio son cosas pequeñas o detalles, pero mientras la criatura las acecha, noche tras noche, empiezan a perder la memoria de cosas importantes, como nombre, dirección, información personal, e incluso no puedan reconocer a sus personas más cercanas.

Esta criatura se alimenta de los recuerdos de la gente y lo hace con el simple objetivo de sobrevivir, igual que cualquier animal o ser vivo.

Después de acechar a sus presas por alrededor de seis meses o un año, espera a que ellas se vayan a un lugar alejado de cualquier indicio de sociedad, para poder acercárseles disfrazado de una persona normal e intentar engañarlos, diciendo que los llevará a su hogar. Pero en vez de hacer esto, se los lleva a una cueva a la



cual nadie ha entrado, una cueva inexplorada llena de misterios apodada la cueva del Olvido. Luego de aquel acontecimiento, nadie vuelve a ver a las personas que han entrado... Unos dicen que “el Usurpador” los ha devorado; otros, que los encierra para poder entender mejor a los humanos; mas algo es seguro, NUNCA van a salir de aquella cueva.

¿Les ha pasado alguna vez que iban a decir algo y lo olvidan? ¿O que iban a hacer algo y no recuerdan qué?

Si es así, ustedes podrían estar siendo acechados por “el Usurpador”.

Eduardo Enrique Cea Garrido

13 años

Concepción

Región del Bío Bío

Tercer lugar nacional

Primer lugar regional



Premios Nacionales

KLOKETEN

Camila Loreto Yakasovic González

Soy Kloketen, un hombre selk'nam¹ y un día, en mi *hain* pasó algo extraordinario. El *hain* es una ceremonia que los hombres realizamos cuando cumplimos la mayoría de edad para pasar a la adultez, donde representamos a los espíritus de los cuatro cielos. Mis amigos y yo íbamos a representar el *Sho'ort*, cielo relacionado con el sol (antepasado fundador del *hain* de los hombres), que visita diariamente el campamento para castigar a las mujeres y aterrorizar a los niños. La ceremonia dura varios meses y debemos realizar varios rituales y ofrendas a los espíritus.

Todo para mí y los demás jóvenes iba muy bien, pero en un instante eso iba a cambiar. Estábamos realizando nuestra danza típica para reencarnar a los espíritus, cuando de repente oímos un estruendo. No era una tormenta y no era un animal. Vimos cómo unas personas brillantes venían a caballo hasta nosotros y hablaban una lengua extraña que no podíamos entender. Todo está borroso, recuerdo oír gritos, ver a mujeres y niños correr, a hombres pelear y cómo morían muchos por culpa de las extrañas armas de fuego.

Yo, en vez de pelear, corrí lo más rápido posible a la choza del chamán, que ya había huido, y me puse a orar a los espíritus, implorando a que bajaran a la tierra de los mortales y salvaran a su pueblo.

Tenía miedo de abrir los ojos; sabía que si no resultaba, aunque no fuera mi culpa, no me lo perdonaría. Pasaron minutos, que parecieron horas; no escuchaba nada o no quería escuchar nada, pero aún tenía la esperanza de que alguien nos iba a escuchar. Luego decidí abrir los ojos y una vez abiertos no podía creer lo

¹ Selk'nam: pueblo que habitó en la isla de Tierra del Fuego hasta inicios del siglo XX (nota del editor).



que veía: ya no estaba en la choza del chamán, estaba en un lugar maravilloso que no sé describir y lo primero que encontré fue a Temáukel, el dios y el espíritu más poderoso, creador del hombre. Cuando le conté nuestra situación dijo que, primero teníamos que darle una gran ofrenda. Traté de decirle que no había tiempo y que nuestro pueblo estaba muriendo. Me explicó que necesitaba la ofrenda para poder viajar a nuestro mundo. Yo no tenía tiempo para buscar y cazar un animal; no sabía qué hacer.

Hasta que tomé una decisión, que sería nuestro último chance: decidí ofrecer mi cuerpo. Los humanos somos técnicamente animales, solo que con espíritu y capacidad de pensar y razonar. Temáukel me dijo que al despertar me fuera a dormir y luego vendría por mí.

No entendí lo que significaba en ese momento, pero igual acepté. Luego abrí mis ojos, no recordaba haberlos cerrado, pero sí recordaba lo que tenía que hacer. Entonces de pronto sentí un profundo cansancio y me desmayé.

Yo no podía despertar, esperaba con ansias el momento. Luego escuché una voz que dijo: "Ven, ven a mí". Repentinamente desperté y vi a Temáukel otra vez y otros espíritus me dijeron que habían ganado esta batalla, pero no la guerra. Les pregunté qué pasó conmigo y dijeron que ahora era como ellos, un espíritu. Pero no cualquiera, yo era especial, tenía otro propósito. Mi labor era reencarnar en una persona digna de nuestro pueblo, para mantener viva nuestra cultura después de la guerra.

Yo soy Ángela Loij, la última selk'nam.

Camila Loreto Yakasovic González
13 años
Quillota
Región de Valparaíso
Premio especial Pueblos Originarios



Premios Nacionales

LA LEYENDA DE LOS DOS TOROS

Jabiera Ximena Rubina Cortés

Había una vez, una niña llamada Mayra que vivía en Arica, en el valle de Azapa, en el kilómetro 30, en el asentamiento 18, junto a su padre y hermano Diego.

Mayra y Diego estudiaban en un colegio llamado Pampa Algodona. Ellos, después de llegar del colegio a su casa, se cambiaban ropa para luego ir a ayudar a su papá a armar invernaderos para plantar tomates y morrones. Los invernaderos estaban hechos de malla antivirus y de plástico amarillo.

Cada noche, su papá les contaba historias antes de ir a dormir, las cuales les gustaban y les entretenían.

Una de las historias que le pedían a su papá que les contara, era la de dos toros que se aparecían en la punta de un cerro, en el valle de Azapa, y que se peleaban con sus sobresalientes cuernos brillantes.

Cuenta la historia que una vez, dos bolivianos que llegaron a Chile en busca de oro, soñaban con encontrar un tesoro que había en un cerro del valle. Ellos no tenían hogar. Un día andaban buscando dónde dormir y se encontraron con un lugar llamado El Rápido; la dueña les dio un cuarto para que pudieran pasar la noche.

Uno de ellos, antes de dormir sintió ganas de caminar y de respirar aire fresco del campo. Salió a caminar en medio de una noche oscura con brillantes estrellas. En eso estaba, cuando vio en la punta de un cerro que salieron dos toros gigantes



con unos cuernos brillantes. El hombre sintió un temor tan grande, que se fue corriendo a la posada. Mientras corría, se volvió para mirar y se acordó del tesoro que andaban buscando. Observó fijamente lo que estaba sucediendo: de repente los toros se convirtieron en oro. Se veían resplandecientes. Rápidamente pensó en la oportunidad de hacerse rico. Entonces, se dio valor y decidió subir el cerro. Cuando estaba a punto de llegar hasta donde estaban los toros, sintió miedo y lo único que hizo fue cortarles, como pudo, los testículos cubiertos de oro. El hombre los echó a su mochila, enterró el resto de los animales. Sintió un grito escalofriante que venía de los toros, y lo único que atinó a hacer fue arrancar, pero después de haber dado unos pasos, se detuvo y volvió a mirar y no había nada. Regresó al lugar, puso una roca gigante que serviría de señal para volver con su amigo a sacar el tesoro.

Salió del lugar despavorido. Después de caminar tanto, se cansó; ya era pasada la medianoche. Se sentó en una roca y se puso a pensar en todo lo que haría con el oro que había rescatado de los toros. Cuando fue a mirar su mochila, se dio cuenta que no había nada. Decepcionado volvió donde había enterrado los toros y no encontró nada, solo estaba la roca. Al amanecer regresó al lugar y le dijo a su amigo que se regresaría a su casa.

Dicen que muchos han visto esos toros en la punta del cerro, pero que cuando llegan al lugar, desaparecen. Muchos piensan que hay un tesoro, pero hasta ahora, nadie lo ha encontrado.

Jabiera Ximena Rubina Cortés
13 años
Monte Patria
Región de Coquimbo
Premio especial Migrantes



LAS VACACIONES

Javiera Fernández Álvarez

Socoroma está ubicado a 3.060 metros de altura, en la comuna de Parinacota. Mi madre siempre me ha contado sobre Socoroma. Desde que nací lo ha mencionado tantas veces que se quedó grabado en mi memoria. No sé si algún día esta información servirá, porque no me interesan esas cosas, soy uno de los típicos niños que siempre está en el celular jugando. Mi mamá siempre me decía que iríamos a Socoroma pero, como siempre, no tenía tiempo.

Un día estaba de lo más normal, hasta que llegó mi mamá y me dijo:

—Alexander, hijito que Dios me ha dado, te tengo una sorpresa: en estas vacaciones iremos a Socoroma, donde está tu abuela Alana.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Cómo? —esas preguntas vinieron a mi diminuta mente.

No sabía si mi mamá hablaba en serio o solo me estaba bromeando, porque a mí y a mi familia siempre nos gusta hacer bromas. Aunque a mí más que a ella, pero en el fondo sabía que ella no bromearía con algo así. Yo estaba feliz, pero esa felicidad solo era interna, porque le respondí algo tan simple como: “¡Qué bien!”.

Me resulta raro pensar en algo solo para luego decir una cosa muy diferente. Es contradictorio.

Por fin vacaciones, puedo descansar, puedo disfrutar de la vida, puedo... mejor dejo la exageración. Estaba en el furgón camino a Socoroma; cuando llegamos. Era todo verde, verde puro, verde, todo lo que veía era verde. Me impresionaba, porque donde vivo se ve muy poco el verde. Llegué a la casa de la abuela y estaba todo tranquilo. Toqué la puerta y mi abuela abrió. Me dio un gran abrazo de oso que me dejó sin aliento y me dijo:

—¡Mi nietecito, tanto tiempo sin verlo! Uy, has crecido mucho y estás más panzoncito, pero tranquilo, conmigo no subirás de peso.

Mi abuela es muy cariñosa, hasta creo que se me está contagiando. Mi mamá sacó las cosas del furgón, con la ayuda de mi abuela. Yo solo me acerqué a sacar mi celular, ¡pero cuando lo prendí casi me da un infarto! Y grité: “¡Nooooooo!” Mi mamá dejó lo que estaba haciendo y vino corriendo, diciéndome: “¡Hijito!, ¿qué pasó?” Mi mamá lo dijo alterada, se asustó mucho, y yo solo le dije: “¡No hay señal!”. Mi mamá no podía creer lo que yo le decía.

Pasaron varias semanas. Me costó acostumbrarme, porque estuve varios días prendiendo mi celular a cada minuto, con la esperanza de que mágicamente tuviera señal, pero nunca pasó.

Mi abuela me contó sobre un carnaval que dura una semana y que el día sábado se puede jugar con harina y con globos de agua. Eso fue lo único que retuve, porque me puse a pensar en otras cosas mientras me hablaba. Y no me di cuenta que pasó una hora hablando con mi abuela.

Estaba nervioso, porque mi abuela salió con unas amigas, y se le ocurrió la gran idea de invitarme a jugar con los nietos de ellas el día sábado, para jugar con harina y globos con agua.

Ya era viernes y me arrepentía de haberle dicho que sí. En realidad, no sé por qué acepté. Me costó dormir, pero cuando me desperté, lo primero que pensé era en tener que jugar con niños que no conozco; hacer eso cuando era más pequeño estaba bien, pero ahora me daba vergüenza.

Llegué donde los niños, seguía nervioso, pero se me pasó de a poco, porque después me divertí estando con ellos. Me impresionaron, porque eran tan sociables y con mucha personalidad comparándolos conmigo que soy muy callado cuando hay mucha gente.

Las vacaciones no estuvieron nada mal, pude aprender mucho y pude ser más sociable. Ahora me siento con más fe y creo que estoy listo para el colegio. Tal vez, no esté completamente seguro; tal vez, quiero quedarme a vivir acá.

Javiera Fernández Álvarez
11 años
Arica
Primer lugar regional



OTRO DÍA COMIENZA

Briguih Yamna Tapia Paripanca

Me despertaba con el cantar de los gallos. Otro día comenzaba. Con papá, mamá y mis hermanos vamos todas las mañanas a buscar leche de la vaca.

Cuando llegábamos a casa, mamá empezaba a cocinar, papá se encargaba de las cosechas, y mis hermanos y yo, íbamos a darles comida a los animales.

—¡Hola Anita! —saludaba a mi pequeña cerdita.

Luego de dar de comer a los animalitos, con mis hermanos jugábamos a trepar los árboles.

—El que llega último pierde, a la cuenta de 3... ¡1, 2, 3! —una vez más gané yo.

Cuando estábamos allá arriba, lográbamos observar todo el paisaje y respirar aire puro.

—¡Carolina, Pedro, Juana, Carmen!

—¡Mamá nos está llamando! —dije fuerte— ¡Bajen rápido!

A medida que íbamos llegando a casa, había un olor que salía de ahí: era la rica cazuela de mamá. Todos nos sentamos a comer. Apenas terminamos de almorzar le ayudé con las cosas; de pronto noté algo raro en ella.



—¿Mamá, estás bien? —le pregunté a mamá.

—Sí, Carmen, ¿por qué lo preguntas? —respondió.

—Es que pareces un poco pálida —le dije preocupada.

—Ah, no te preocupes no es nada, solo debe ser el cansancio —respondió.

De repente empezó a toser y se colocó en la boca un paño que tenía guardado; cuando se lo quitó vi un poco de sangre en él. Empecé a sentir miedo. Mamá ocultó el paño rápidamente, y aunque vi la sangre, hice como si no hubiera visto nada.

—Mamá, deberías ir al doctor —dije preocupada— estás con esa tos hace más de un mes.

—No te preocupes —dijo mamá, mientras mis hermanos se dirigían hacia la puerta.

—Carmen, ya, ¡vámonos! —dijeron mis hermanos.

Mientras caminábamos les dije sobre lo que sucedió con mamá; nadie dijo ninguna palabra.

—No estemos tristes; todavía no sabemos lo que tiene, puede que no sea nada grave —les dije animándolos.

—Es cierto, tenemos que llevarla al doctor mañana mismo —respondió Carolina afligida.

A medida que nos alejábamos, veíamos nuestra casita solita al medio de tantos árboles, y por la ventana veíamos a una persona humilde que se dedicaba a su casa y familia; ahí estaba mamá preparando las ricas sopaipillas.

Para la once, papá ayudó a preparar la mesa, y nosotros a mamá con las sopaipillas y el matecito caliente que a todos nos gustaba. Pasamos una noche llena de risas.

Apenas salió el sol, el cantar de los gallos me volvió a despertar. Otro día comenzaba. Mamá y mis hermanos habían salido muy temprano a comprar ricos panes amasados para desayunar; papá y yo preparábamos la mesa. Mientras lo hacíamos le conté lo que pasó ayer con mamá. Papá se quedó callado por un momento.

—También vi que una vez le salió sangre, pero no quise decir nada para no preocuparlos —respondió— Tenemos que llevarla urgente al médico hoy.

Justo llegaron mi mamá y mis hermanos, nos llamamos rápidamente. Desayunamos pan amasado y leche de vaca.

Fuimos a dar comida a los animalitos. Cuando regresamos a casa, mamá había cocinado unos ricos porotos que a todos nos gustan.

—Ya llegamos, mamá —dije esta vez con un tono serio.

—¿Pasa algo? —preguntó mamá preocupada.

—Queremos que vayas al médico esta misma tarde —en ese momento justo llegó papá.



—Así es, necesitas ver a un médico urgente, nosotros te acompañaremos — dijo papá muy decidido.

Mamá aceptó ir y esa misma tarde fuimos al médico. Solo entraron mamá y papá, nosotros tuvimos que quedarnos afuera. Mientras esperábamos, tenía miedo por lo que diría el doctor. De repente se abrió la puerta, y mamá y papá salieron tristes.

—¿Qué pasó? ¿Qué les dijo el doctor? —pregunté con voz temblorosa. Nadie respondía, solo se miraban entre ellos.

—Por favor, ¡respondan! —les dije casi llorando.

—El doctor dijo que tiene tuberculosis, las bacterias ya se comieron un pulmón —respondió papá.

En ese momento, mi mundo se vino abajo. No podía llorar, solo sentía un gran nudo en la garganta. Mis hermanos no lograban decir ninguna palabra. Papá y mamá nos abrazaron muy fuerte.

Pasaron los días y mamá empeoraba cada vez más, hasta que ya no despertó. Mamá falleció cuando yo tenía apenas 12 años. La enterramos en el lugar que siempre quiso, el cerro que está al frente de nuestra casa.

—Estarás con nosotros siempre, mamá —dijo Carolina entre sollozos.

Ese día llovió mucho, incluso con truenos.

Otro día comenzaba. Esta vez no me desperté con el cantar de los gallos, hacía mucho frío, el cielo estaba nublado. Papá se había levantado muy temprano y se fue al trabajo sin desayunar.

—Carolina, Pedro, Juana —los llamé, pero nadie me respondió.

Asustada fui a verlos y estaban durmiendo. Los veía y me acordaba de mamá; no pude contener las lágrimas...

—No llores Carmencita —dijo Carolina—. Mamá no se ha muerto, ella todavía está con nosotros.

Fuimos a buscar leche de la vaca y, mientras caminábamos, recordábamos los momentos que pasábamos con mamá, su voz, su risa, todo lo de ella estaba muy intacto en mi mente.

Pasaron los meses y una mañana desperté con el cantar de los gallos y los rayos de luz que llegaban a la ventana de mi pieza. Otro día comenzaba. Me acerqué a la ventana y, después de mucho tiempo, logré respirar aire puro, observar cómo se movían las nubes blancas y ver el gran sol que me iluminaba. Fue en ese momento que entendí que tenía que seguir con mi vida. Me cambié y fui a comprar los ricos panes amasados que solíamos comer con mamá; preparé el desayuno y llamé a mis hermanos y a papá.

—¡Vengan a desayunar! —grité.

Bajaron rápidamente, todos muy sorprendidos.

—Ya es hora de que sigamos nuestras vidas.

Todos sonrieron y me abrazaron. Ese calor de abrazo, por fin lo vuelvo a sentir.

—¿Qué vamos a cocinar? —pregunté de repente.

—¿Qué te parece cazuela? —dijo papá.

—No será igual a la que hacía mamá, pero estará deliciosa —les dije.

—Esos árboles nos esperan —les dije a mis hermanos.

—¿Qué árboles? —preguntó papá.

Todos comenzamos a reír. Papá nos acompañó, y comenzamos a trepar. Luego nos acostamos en el pasto, y mientras descansábamos empezamos a jugar con las nubes. Fue la tarde más feliz que tuvimos en mucho tiempo.

—Vamos a volver a ser la familia que éramos antes —dijo papá.

Luego nos abrazó. Otro día comienza...

Briguih Yamna Tapia Paripanca
14 años
Arica

Segundo lugar regional



LA HISTORIA DE MI ABUELO

Karla Ortiz Véliz

Les contaré la historia de mi abuelo: su nombre es Octavio Ortiz Gutiérrez, nacido en la pampa salitrera del sector de oficio San José, a tres kilómetros de la oficina Santiago Humberstone, lugar donde también mi abuelo trabajó en los años dorados de la pampa. Por lo que me contaba, fue un trabajo duro, bajo el sol intenso del día y frío extremo de la noche.

Mi abuelo era particular o cargador de carros, y tenía que demoler enormes piedras. En esos tiempos no existían maquinarias como hoy, por lo tanto, la exigencia era aún mayor.

Sus días comenzaban con un desayuno que consistía en un plato de porotos, un jarro de harina tostada y su buen vaso de vino. Después de horas de trabajo les servían su almuerzo: su rica cazuela y también un plato de porotos. Mi abuelo comenzó a trabajar a temprana edad; a los 13 años ya tenía responsabilidades, ya que era uno de los mayores de 18 hermanos. En su trabajo se le conocía por el apodo de “el Cuadrado” o “el Sombrero” por su contextura gruesa y baja estatura. A sus amigos se les conocía por los apodos de “el Conejo”, “el Rata”, “el Pin-pin”, “el Cara de bola”, “el Tarro”, etc.

Después de años, las oficinas salitreras tuvieron que cerrar, y todos tuvieron que emigrar de ese lugar a diferentes ciudades, entre ellas, Iquique, Antofagasta, Calama, etc. Pero mi abuelo decidió vivir en la ciudad de Arica, en el año 1957, cuando la ciudad era aún muy pequeña. Con los años, mi abuelito comenzó a envejecer y vivía contándonos recuerdos de la pampa, donde vivió los mejores años de su vida.

Un día, mi padre comenzó a llevarlo a la pampa y era mi abuelo quien se encargaba de guiarlo, ya que no olvidó nunca la geografía de aquel lugar; sabía dónde se encontraba la estación de bomberos o dónde se encontraba la pulpería en la que, en ese tiempo, solo se compraba con fichas. Mi padre, cada vez que viajaba, solo veía cerros, polvo, ruinas, pero mi abuelo estando allí, era el hombre más feliz del mundo. Cada vez que viajaba recogía objetos enterrados, como fichas, diarios, cajetillas de cigarros, planchas a carbón, tarjetas donde salían los sueldos de cada trabajador. Yo, al ver esas tarjetas me sorprendía con el sueldo que ganaban; ¿te imaginas ganar eso hoy?

Al pasar los años, mi abuelo se enfermó de Alzheimer. Su cerebro se fue apagando de a poco, como las estrellas se apagan una por una hasta quedar todo oscuro, así se fue apagando el cerebro de mi abuelo. Él no recordaba su nombre, ni tampoco para qué servían algunos objetos.

Pero mi padre lo llevó por última vez a la pampa. Mi abuelo iba desorientado, no sabía a dónde íbamos o dónde estábamos, no recordaba nada y se descompensó al ver la tumba de su madre en La Tirana. Fue un día de gran susto. Luego partimos a Iquique, donde vio por última vez a su amigo de infancia “el Conejo”, con el cual compartía cada año en la fiesta de aniversario de la oficina.

Cuando regresamos a Arica, todos estuvimos pendientes de él. Hasta mi perro Toby, el cual estuvo sentado al lado de mi abuelo, cuidándolo.

Tres meses después de llegar de ese último viaje, mi abuelo falleció dejando mucho dolor a la familia y grandes recuerdos. Su legado fue un lindo museo que hoy es visitado por autoridades de Arica y reporteros de Santiago.

Mi padre me dice que aparte del museo e historia, la mejor herencia que dejó nuestro abuelo fue la sabiduría de trabajar, respetar y ayudar a los demás.

La plata y el oro se gastan, pero la sabiduría, con la ayuda de Dios, permanece para siempre.

Karla Ortiz Véliz
11 años
Arica
Tercer lugar regional



Región de Tarapacá

EL DRAGÓN DORMIDO DE TARAPACÁ

Nathalia Ramírez Araya

Relatar la historia de aquel dragón, me lleva a pensar en que no era un ser malo.

Realmente era bueno. Solo paseaba su largo cuerpo con su gran altura por la cima de los cerros para mirar a su amado Iquique.

Una noche sin luna, el dragón dormía y llegó una hermosa muchacha indígena que posó su cabeza sobre el vientre del dragón y comenzó a llorar; con sus lágrimas tocaba parte del cuerpo de la gran bestia. Como era de noche, ella no pudo darse cuenta que era una bestia de cuatro pies de largo y 32 metros de altura, hasta que comenzó a sentir sonidos extraños, sonidos del vientre del dragón. Cuando la linda muchacha se dio cuenta de que era una bestia, pensó en correr, pero su pena y llanto de tantas horas la habían dejado sin fuerza; solo pensó en morir. La mirada del dragón la sorprendió, porque a pesar de que era realmente gigante no había maldad en sus grandes ojos rojos. Así, la muchacha empezó a sentirse segura y comenzó a relatar su gran pena.

Su padre, ambicioso, solo quería casarla con un muchacho de un *ayllu*² cercano; ella no lo conocía ni lo amaba. Fue entonces que decidió escapar hacia el gran cerro para perderse en el desierto y no volver nunca más. Cuando la muchacha casi terminaba de relatar la historial al gran dragón, empezaron a llegar muchos guerreros. Una gran columna de arena comenzó a tomar forma y vida. El dragón abrió su boca y bolas de fuego comenzaron a salir; así fue que murieron uno a uno aquellos guerreros enviados por el padre de la linda muchacha indígena.

² Ayllu: comunidad en lengua aymara (nota del autor).

El dragón se sentía por primera vez querido y muy feliz.

Cada amanecer miraba cómo iniciaba un nuevo día de alegría junto a su gran compañera. Ella era muy feliz.

Un día, un hombre llamado Ike subió a los cerros; escondido pudo mirar todo lo que ocurría pensando que la linda muchacha indígena era prisionera.

Ideó un plan. Se cubrió de piel de lobo marino y sangre, preparó comida y sebos con alucinógenos de plantas ancestrales, y dispuso su arpón. Ike se dirigió a la cueva del dragón.

Cuando ambos dormían, Ike dejó todo lo que había preparado cerca de la boca del dragón. Cuando despertó de su sueño, este comió y comió. La muchacha aún dormía, pero despertó al sentir que su amigo se ahogaba; intentó ayudarlo, pero apareció de pronto el joven indígena Ike, y al ver al dragón aturdido, le cortó la cabeza.

Tomó a la joven y se la llevó a su padre quien le ofreció su mano. Ella lloraba implorando a su padre que la dejara volver con su amado dragón, pero él no la escuchó y la casó. La boda fue en la costa de la hermosa playa de Iquique, Cavanca. La mirada de la joven siempre estuvo en dirección al cerro y deseaba volver a aquellas cuevas. Era lo que más quería. De pronto un estruendo y gran golpe sacudió la arena, y una gran ola envolvió el cuerpo de la linda muchacha. Era el dragón que había despertado con la fuerza de un volcán en erupción, quien se la llevó nuevamente al cerro.

Jamás nadie pudo volver a subir, y el dragón y la muchacha duermen felices. Solo el aire y la brisa del mar pueden mover su larga cola. El color naranja del atardecer representa la linda sonrisa de la muchacha indígena, que duerme en los brazos de su amigo fiel llamado “El dragón dormido de Tarapacá”.

Todos podemos encontrar un amigo en la desesperación; no importa su apariencia o color. Extender la mano a una persona en dificultad, es una muestra de amor y reciprocidad.

Nathalia Ramírez Araya
10 años
Alto Hospicio
Primer lugar regional



Región de Tarapacá

CÓMO NACE NUESTRO ESCUDO

Antonia Montserrat Varela Carvajal

Hace casi 200 años atrás, cuando no había ni autos ni celulares y la vida se trataba de cosas simples y bellas, un cóndor que volaba por las alturas de la cordillera de los Andes se detuvo en su cueva para observar el mundo y ver su encanto.

Era un ave majestuosa y que resaltaba entre los suyos por ser poseedora de grandes alas negras y un esponjoso cuello blanco. Le gustaba la soledad, pero al caer la noche regresaba con su bandada y escuchaba a sus hermanos relatar historias de vuelos en picada y de cómo cazaban algún animalito como cena. Ellos habían encontrado pareja y sus preocupaciones eran sus polluelos. No así el gran cóndor, que solo pensaba en lo inmenso del mundo y el poco tiempo que tenía cada día para recorrerlo.

—Necesitas comer más —le dijo uno de sus hermanos—. Mírate, tan grande y tan delgado... tus huesos saldrán de entre tus plumas. Debes cazar. No basta con la carroña para ti. Tendrás que ir por pequeños animales si no quieres morir y si pretendes seguir volando cada día.

Estas palabras de su hermano fueron las que más calaron hondo en él. Se cansaba al volar y debía ser la falta de comida, porque era cierto, estaba delgado. Se preocupaba tanto de volar y observarlo todo, que olvidaba comer. ¿Cómo podía perder tiempo comiendo cuando había tanta belleza rodeándolo todo?

—No te preocupes, hermano. Mañana mismo lo haré. Pondré en práctica todo lo que he aprendido de tus relatos y comeré.

La siguiente mañana, el gran cóndor voló casi a ras del suelo buscando algún pequeño animalito para comer: alguna vizcacha o alguna chinchilla. De pronto, entre la maleza vio a un pequeño animal de pelaje corto y pequeñas orejas. Parecía un perro, pero no lo era. Voló en círculos sobre su presa y se lanzó en picada con sus garras listas para atraparlo. Cuando estaba a centímetros, se dio cuenta que el animal lo miraba con lastimosos y resignados ojos y no tuvo corazón para matarlo.

—Lo siento, no quise asustarte. Soy un cóndor y debo alimentarme. Lo entiendes, ¿no?

—Sí, lo entiendo. Mi familia me explicó que algunos de nosotros nacemos para cazar y otros para ser cazados. Yo soy una huemul y sé que soy una presa.

La voz de aquella criatura sonaba amable y el cóndor no quería hacerle daño.

—No soy un asesino, pero debo comer.

La huemul pensó un momento y le propuso una idea a la gran ave:

—Tú no quieres matar y yo no quiero morir. Sin embargo, hay muchos animales que han llegado al fin de su existencia. Yo soy amiga del viento y de la tierra. Yo te podría decir dónde encontrarlos y así no los matarás, solo ayudarás a darles un descanso.

El cóndor se sintió comprendido, por primera vez. Él quería volar y no destruir. Ahora podría comer sin lastimar a nadie. Desde ese día, el cóndor bajaba cada día al prado donde lo esperaba su nueva amiga. Ella apoyaba su oreja en la tierra y le daba las noticias a su alado amigo. Así pasaban los días y pronto esta amistad se fortaleció.

La huemul le contó que sus hermanos habían muerto por culpa de los humanos que, junto a sus perros, los cazaban para comerlos o solo por diversión. El gran cóndor no supo qué decir, pero al sentir la tristeza en la voz de su amiga, le prometió que él siempre la protegería y no dejaría que nada malo le sucediera.

La huemul, al escuchar estas palabras, comenzó a dar brincos de alegría alrededor del cóndor y este, contagiado por su felicidad, reaccionó de la misma forma. Parecía que danzaban.

Muy cerca del lugar, un joven niño veía incrédulo la extraña imagen de estos animales: uno alado y una menuda cierva de pelaje dorado. Sacó desde un bolso un lápiz y una hoja y los retrató.

El niño regresó a casa y mostró a todo el mundo su dibujo que con el pasar de los años fue exhibido y escogido como la imagen que representaría a nuestro país en el escudo nacional, mostrando así la bravura y fuerza del cóndor y, por otro lado, la gracia y elegancia del huemul.

El tiempo pasó y ambos animalitos envejecieron y cuando llegó el momento en que la huemul durmiera para siempre, su amigo cóndor la tomó entre sus garras y la llevó a volar con él. Quería mostrarle la hermosura del mundo desde el cielo. El corazón de la pequeña cierva no podía más de felicidad y dio un último respiro para despedirse de su fiel compañero besando las plumas de sus patas. Él la sepultó cerca de una montaña para que no se sintiera jamás sola. Luego, voló muy alto, hasta que desapareció para siempre entre las nubes.

Antonia Montserrat Varela Carvajal

11 años

Alto Hospicio

Segundo lugar regional



Región de Tarapacá

LOS CUATRO VIENTOS

Lindsey Belén del Carmen Rodríguez Olmos

Me contó mi mamá, que su abuelita le relataba que una señora tenía cuatro hijos y eran muy, pero muy pobres, y ya no tenía qué darles de comida. Lloraba y lloraba la señora sin consuelo. Los hijos estaban con hambre y eran muy demandantes, no comprendían la situación; ellos solo exigían alimentos a su madre, entonces ella tomó una decisión. La mamá les sirvió a sus cuatro hijos un trozo bien grande de carne para que saciaran su hambre. Al terminar, los hijos le preguntaron de dónde había sacado carne para comer, y ella, llorando, les mostró su pierna que era solo un huesito y les dijo: “de aquí, hijos”. Ellos, al ver esto se asustaron, y se convirtieron en viento: el del sur, norte, este y oeste.

Lindsey Belén del Carmen Rodríguez Olmos

8 años
Huara**Tercer lugar regional**



Región de Antofagasta

LA CEBOLLA BAILARINA

Abdi Paloma Savitri Hernández Bhatia

Un día fui a la Vega Central de Antofagasta acompañando a mi abuelita y a mi tía; esto fue un domingo. Mientras ellas se detuvieron a comprar, yo me alejé, porque me llamó la atención una cebolla; no era igual a las demás, su brillo la distinguía de las otras, y ahí me puse a imaginar: un día una cebolla pensó en ser bailarina; fue a muchos lugares donde le decían: “Te pareces a un oso goloso, estás muy redonda”; la molestaban, no la aceptaban por su condición física, y ella se sentía sola y triste.

Una vez, salió a recorrer su entorno, la Vega, y encontró un letrero que decía: “Se buscan cebollas a las que les guste bailar, no importa la edad ni condición física”. La cebolla dijo: “¡Tengo que hacerlo, es mi gran oportunidad!”. La cebolla, al día siguiente se despertó muy contenta, porque iría a las clases de baile. Cuando llegó, la profesora zanahoria la llevó hasta la sala; la cebolla estaba impresionada, porque había muchas verduras participando. La profesora zanahoria la presentó al frente de la clase. La cebolla estaba muy motivada, porque la clase de baile era muy divertida.

Dos meses después a la cebolla la invitaron a un campeonato de baile y ella, muy contenta y agradecida, aceptó. El día del baile, en el campeonato no estaba nerviosa, porque ella sentía que las demás verduras y frutas que estaban allí apoyándola, no solo la animaban, sino que le entregaban todas sus vitaminas y minerales para que tuviera todas las fuerzas y ganara este campeonato.



Cuando terminaron todas las presentaciones y el jurado nombró a la ganadora, ¡ella escuchó su nombre! Saltaba de felicidad, ya que su cuerpo no fue un impedimento para poder bailar, y todas esas frutas y verduras que un día se burlaron de ella, ahora le estaban pidiendo perdón por haberla molestado, y como la cebollita tenía un corazón noble, las perdonó y les dijo: “Todas somos nutrientes muy saludables y debemos siempre estar unidas”.

Así, mi amiga cebollita decidió ir por todos los campos de nuestro país a animar a todas las hermosas verduritas y frutos de nuestra tierra, entregándoles no solo sus bellos bailes, sino que también el mensaje principal: "Nunca hay que rendirse, porque los sueños se cumplen, así que nunca dejen de soñar”.

Abdi Paloma Savitri Hernández Bhatia

11 años

Antofagasta

Primer lugar regional



Región de Atacama

LA NIÑA DE SAL

Felipe Ignacio Contreras Julio

En los tiempos de los años 30, en Chañaral, vivía una hermosa niña, a la que todos llamaban Norma. Ella amaba el mar y siempre se le veía caminando sola por las orillas de la playa Grande de esta ciudad. Siempre acompañada de un perro, al cual llamaba Negro.

Norma siempre decía que le gustaría algún día vivir en el mar, ser parte de este infinito cielo de sal; era feliz cuando nadaba en sus olas. Sus amigas murmuraban que estaba loca.

La vida de Norma no fue muy linda. Vivía en una casa con padres que la hacían trabajar; tarde mal y nunca asistía al colegio. Su padre, minero, era muy bueno para tomar vino, todos los días, y su madre era quien atenia una pensión, en la cual le daba de comer a los trabajadores y personas de Chañaral. Su padre, siempre estaba en contra de que estudiara: “Una mujer está para servirle a su esposo, no para trabajar; para eso estamos los hombres”, pero la mamá de Norma, la enviaba a escondidas a la escuela, ya que no quería su mismo futuro para ella.

Un día que Norma fue a la escuela y fue sorprendida por su padre:

—¿Adónde vas?

—A comprar, papá.

—¿Tú crees que soy tonto? Ándate a la casa a ayudar a tu mamá mejor, que andas perdiendo el tiempo en eso que llaman escuela.

Norma, llorando volvió a su casa; entre sollozos, le dijo a su madre lo que había sucedido, pero la mamá, no hizo nada, solo le dijo:

—Él es tu padre y busca lo mejor para ti.

— Yo no quiero esto para mí, quiero algo mejor, quiero ser alguien, quiero ser profesora y enseñar...

Norma salió corriendo y se fue a la playa, el lugar que ella más amaba. Contemplar el mar, sus olas y el viento, la calmaba y la hacía pensar que todo era un mal sueño y que luego, tendría tranquilidad y sería feliz.

Un día en su hogar, su padre y sus amigos, comenzaron una interminable fiesta.

—Norma ven... —dijo su padre—; anda donde tu tío y dile que me anote una garrafa de vino tinto y unos trozos de charqui, para que tu mamá nos prepare un causeo de esos que solo ella sabe preparar.

Norma, sin rezongar, fue donde su tío a buscar lo que su papá le había pedido. Se fue por las calles de Chañaral y se encontró con una de sus amigas, la Cecilia, que le dijo:

—Norma, ¡hola! No has ido a clases; estamos preparando un festival de la canción y mañana la profesora, nombrará a los que participarán. Tú cantas bien, deberías ir a clases mañana, ¿cómo sabes si la profesora te deja para el festival?

—Verdad —dijo Norma—, mañana voy a ir y podré mostrarle a mis padres y hermanos que yo sé cantar. Chao.

Norma, ilusionada, se fue saltando y cantando a buscar el pedido. De vuelta a su casa, le contó a su mamá:

—Mamá, la Cecilia, me dijo que mañana debo ir a clases; van a hacer un festival de la canción y yo quiero participar, ¿me dejas?

—Qué bueno, hija; mañana veremos cómo te vas a clases sin que tu papá lo sepa. Hoy está tomando y mañana no se despertará muy temprano; quédate tranquila, yo te ayudaré.

—Gracias, mamá; tú me apoyas siempre. ¡Te quiero!

Al día siguiente, Norma se levantó. A todo esto, su padre no reaccionaba con nada de la tranca que se había puesto el día anterior. Su mamá le dio desayuno, la vistió bien bonita y la dejó ir a la escuela. Norma iba feliz. En la escuela, cantaron todos sus compañeros y faltaba ella. Al escuchar su voz, los profesores y compañeros quedaron atónitos; ¡qué bella voz! Todos aplaudieron y quedó, junto con su amiga Cecilia, seleccionada para el festival que se realizaría la semana siguiente en la escuela. Norma llegó a su casa; su padre aun *dormía la mona*³, y le contó a su madre:

—Mamá, ¡me seleccionaron para cantar!

—¡Qué bueno, hija! ¡Te felicito! ¿Cuándo es el festival?

— La próxima semana, mamá, en la escuela, ¿irás a verme?

³ Dormir la mona: dormir mientras dura la embriaguez (nota del editor).

— Sí, hija, ¡cómo no he de ir! Te arreglaré el vestido que dejó de usar tu hermana Nelly, y usarás los zapatos de tu hermana Catalina, que están nuevos, ¿qué te parece?

—Gracias, mamá; sí, son hermosos.

Así Norma con su madre arreglaron toda su ropa y ella ensayaba en la escuela.

Llegó el gran día; Norma salió de su casa a escondidas de su padre, junto a su madre. Llegaron a la escuela y, muy nerviosa, le correspondió cantar. Su madre lloraba al escuchar a su hija, pero al terminar, ocurrió algo desagradable: la estaba esperando su padre al bajar del escenario.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me gusta la escuela para ti? Y más encima tu mamá es cómplice de todo; ya verá en la casa...

Y le pegó una cachetada delante de todos sus compañeros. Norma no supo qué hacer. De vergüenza, salió corriendo de la escuela, rumbo a la playa, a tranquilizarse y poder pensar qué era lo malo que había hecho para que su padre la tratara así. «¡Qué vergüenza! Dios, ¿qué hice para merecer esto? Siempre le doy en el gusto en todo a mi padre, le obedezco al igual que a mamá...». La mayor vergüenza era, porque tras el escenario estaba Raúl, el niño que a ella le gustaba y le llevaba un ramo de flores, pero no lo pudo recibir, ya que con lo que hizo su padre, solo pudo correr.

La mamá de Norma y Raúl corrieron tras de ella, pero no lograron alcanzarla. Cuando llegaron a la playa, la vieron internarse en el mar. Raúl le gritó:

—¡Norma, no lo hagas! Ven, está tu mamá acá conmigo, ¡ven!

Pero Norma se internó en el mar y solo se le escuchó decir:

—Dile a mi madre que me perdone y dile a papá que lo perdono... Yo soy la niña de sal, pertenezco acá... Yo soy el mar.

Y desapareció en el mar.

Dolor y tristeza dejó en su familia, pero todos en Chañaral, hicieron que la historia de la niña de sal fuera una realidad.

Felipe Ignacio Contreras Julio
11 años
Copiapó
Primer lugar regional



LA CASONA EN LA CIMA DEL CERRO

Sebastián Ignacio Riveros Vicente

Había una vez, una casa sobre un cerro en las cercanías de Tierra Amarilla. Era antigua, con muchas habitaciones, un gran patio interior con una hermosa pileta y una campana de bronce colgada en uno de los árboles más grandes del jardín. Para llegar al valle se debían bajar 103 enormes escalones de cemento.

En esta casa vivían siete niñitos que eran hermanos, junto a sus papás. Los hermanos eran muy traviosos y jugaban diariamente por toda la casa, pero un día se les ocurrió realizar sus juegos de noche afuera. Dos de los hermanitos subieron a una bicicleta, y pedalearon por un oscuro callejón en dirección a la carretera. De pronto se dieron cuenta que, al pedalear, la bicicleta no avanzaba, y al mirar hacia atrás, pudieron ver que la rueda trasera iba en el aire, es decir, alguien invisible los estaba levantando. Asustados, botaron la bicicleta y advirtieron al resto de sus hermanos para escapar rápidamente a casa, sin contar lo sucedido a sus padres.

Así transcurrió muchísimo tiempo sin que los niños se atrevieran a jugar nuevamente de noche. Sin embargo, un día, cuando ya se preparaban para dormir, escucharon los sonidos de una cadena que se arrastraba en las afueras de la casa. Era el sonido típico de la cadena de Rocky, su perro regalón. Inmediatamente pensaron que el perro se había soltado y no dudaron en salir a amarrarlo nuevamente. Al salir, se encontraron con la sorpresa que no había ningún perro suelto, y más aún, pudieron darse cuenta que Rocky se encontraba plácidamente durmiendo junto a su bandeja de comida. Aterrorizados, los hermanitos corrieron velozmente hacia sus dormitorios y se acostaron a dormir, sin contar nada a sus padres nuevamente.



En otra ocasión, el hermanito menor se despertó en medio de la noche. La ventana de su dormitorio se encontraba con las cortinas abiertas, por lo que podía observar las estrellas a través de la ventana, cuando de pronto se percató que un anciano lo miraba fijamente desde el exterior. Sus ojos eran rojos y su cabeza ardía en llamas. El niño no dijo nada a nadie.

Muchos meses después, los 7 hermanitos compartían junto a su mamá en su dormitorio. Todos escucharon el ruido del motor del auto de papá que subía por el camino hacia la casa. Luego, sintieron el típico crujir del antiguo portón al abrir y cerrarse. Posteriormente, contaron los aproximadamente 20 pasos que separaban el portón de su dormitorio, pero su papá no apareció. Extrañados, se asomaron a mirar y rápidamente vieron que el portón estaba cerrado y que no había ningún automóvil. Todos corrieron rápidamente a encerrarse. Su padre regresó horas después, pero tampoco le contaron lo sucedido.

Todas estas narraciones son impactantes, pero lo más impresionante de todo, es que el hermanito menor de esta historia es mi papá y que la casona en la cima del cerro aún existe.

Sebastián Ignacio Riveros Vicente
9 años
Copiapó
Segundo lugar regional



LOS QUESOS DE LA FAMILIA PORTILLA

Fabián Guillermo Alberto Guerrero Portilla

En un lugar llamado Los Colorados, cerca del poblado de Cachiyuyo, viven dos personas llamadas Guillermo y Graciela, crianceros de ganado caprino. Todos los días se levantan muy temprano para ordeñar sus cabritas, para tomar leche fresquita y hacer quesos deliciosos. Después del desayuno, Chelita, como la llaman con cariño, se dispone a elaborar sus quesitos, mientras Guillermo lleva su rebaño al cerro, así comen pastito tierno y producen mucha leche. Chelita, con sus lindas manos y un corazón lleno de cariño, hace los mejores quesos de la zona y los manda a Cachiyuyo, donde su hija Estela se encarga de venderlos. Es así como los quesos de la familia Portilla se han hecho famosos en muchos lugares.

Lamentablemente, la producción ha bajado este año. Producto de la sequía, los crianceros no tienen alimentos para sus cabritas, que son muchas veces su único sustento. Ojalá el próximo año llueva mucho para que nunca se terminen los exquisitos quesos de Graciela y Guillermo, que la tradición pase de generación en generación, y algún día su pequeño nieto sea quien elabore este tradicional alimento.

Fabián Guillermo Alberto Guerrero Portilla

10 años

Vallenar

Tercer lugar regional



Ilustración:
Alfredo Cáceres

Región de Coquimbo

EL VALLE DEL ENCANTO Y LAS PIEDRAS TACITAS

Guillermo de la Cerda Marincovich

Un día en el jardín de mi casa vi cómo los pajaritos buscaban agua. Fui y traje una taza con agua para ayudarlos. Entonces, mi abuelita me contó de un lugar, aquí, al interior de la cuarta región, donde hay piedras tacitas, llamándose así, porque tienen forma de taza, como si fueran hechas de greda. ¿Sabes por qué? Cuenta la historia que un hombre inca que llevaba un importante mensaje había recorrido mucho, mucho camino, y hacía mucho calor. Tenía mucha sed y trató de buscar agua, pero no encontró; solo encontró sus lágrimas que caían en el suelo seco. La tierra sintió pena y lloró con él. Esas lágrimas se convirtieron en lluvia, que cayó en cada piedra del camino, y como era un valle encantado, esas piedras fueron transformadas con las gotas de lluvia. Cada gota se hundía en las piedras quedando como tazas con agua, donde el inca agradeció tomándola junto a los animalitos del valle del Encanto.

Guillermo de la Cerda Marincovich

7 años

Coquimbo

Primer lugar regional



Región de Coquimbo

EL PONCHO

Victoria Amelia Gutiérrez Morales

Caminaba por los tranquilos parajes de Chalaco pensando en cosas triviales, hasta que levanté la vista de casualidad y vi un poncho en la copa de un árbol. Era el poncho más bonito que había visto en la vida. Era negro con bordados rojos y blancos, además los bordes parecían del más puro oro. Sin dudarlo ni un segundo, me subí a la copa del árbol a buscar esa belleza; ¡debía ser mío!, ¡era mío! Mientras más alto subía en el árbol el poncho se veía más y más bello. Después de pelear contra algunos pájaros y tirar algunos nidos, por fin llegué a mi tesoro. Lo tomé y bajé con él hacia el suelo. Ya en un mejor lugar, me lo quise poner, pero sucedió algo extraño: una corriente de aire me arrebató el poncho de mis manos y lo volvió a dejar arriba, en la copa del árbol. Lo volví a bajar y cuando intenté ponérmelo de nuevo, el viento me hizo la misma jugada cruel. No entendía nada y lo volvía a intentar una y otra vez, siempre con el mismo resultado.

Ya el sol se escondió entre las montañas, pero yo no me rendía, hasta que, al apoyar mal un pie, me caí del árbol estrepitosamente. Me dolía la cabeza y no podía moverme; lo peor es que el poncho ondeaba en la copa, como si me hiciera burla. En esto, desde donde estaba, vi un pequeño dibujo; no lo podía creer. Entonces le dije al viento, al árbol y al caprichoso poncho:

*"El diablo nació en la Mincha,
en Choapa se hizo minero,
en Chalaco perdió el poncho,
y en Carén dejó el sombrero".*

Victoria Amelia Gutiérrez Morales

14 años

Ovalle

Segundo lugar regional





Región de Coquimbo

JUAN Y MEDIO

Nayeli Cifuentes Fajardo

Mi abuelita que contó que cuando era joven era amiga de una linda jovencita llamada Anita Miranda Carreño. Con una sonrisa y mirando hacia el horizonte, me dijo que se conocieron en el colegio y que entablaron una gran y duradera amistad... Mi abuelita Carmencita se refirió también al esposo de Anita que se llamaba Juan que era un señor muy, pero muy alto y de gran peso. Juan era solitario y no tenía amigos, porque cuando iba a la casa de alguien, se sentía muy incómodo, ya que para entrar se tenía que agachar y la gente lo miraba mucho y le remarcaban su gran altura de casi dos metros. Gracias a eso, se ganó el apodo de “Juan y medio”. A Juan le encantaba cocinar, y aunque le hubiese gustado hacerlo para sus conocidos, no lo podía hacer, ya que no tenía amigos.

Un día, cuando estaba cocinando, se le ocurrió una brillante idea y le dijo a Anita:

—Haré un restaurante a mi altura.

Anita, al ver su rostro con una gran sonrisa, pensó que sería una muy buena idea. Juan proseguía con su discurso y decía:

—Imagínate Anita, ¡un lugar donde pueda entrar normalmente, donde yo sea el dueño, donde cocine, y donde puedan entrar mis futuros amigos grandulones como yo, con grandes porciones, como a las que a mí me gustan! ¡Ya me imagino



sentado con otros camaradas comiendo esa rica cazuela que preparo en esos grandes platos hondos de greda!

Fue así como le dio vida, al buen restaurante “Juan y medio”. Restaurante que nos encanta visitar con mi abuelita.

Cada vez que vamos mi abuelita suspira y dice:

— Si la Anita y el Juan estuvieran aquí...

Nayeli Cifuentes Fajardo
10 años
La Serena
Tercer lugar regional



Región de Coquimbo

EL CASCOCHA

Emilia Álvarez Rosas

Medio de transporte, encomienda y correspondencia.

Esta historia me la contó mi abuelita y una exprofesora de la escuela Los Choros.

Ellas me contaron que antes en el pueblo solo había un medio de transporte, un camión llamado “El Cascocha” y su historia es la siguiente:

En los años 50, un grupo de trabajadores del pueblo Los Choros, que trabajaban en El Tofo, un mineral de fierro, realizaron un aporte económico en partes iguales y formaron una cooperativa, a través de la cual consiguieron un camión en un remate de la compañía. El camión tomó el nombre de “el Cooperativa”. Este camión quedó a cargo del conductor y mecánico del pueblo, don Guillermo. Él instaló tablonos por las orillas de las barandas para que los pasajeros se sentaran ahí, y un techo de madera que servía de sombra en el verano y de abrigo en el invierno.

El día miércoles la salida era segura a la ciudad de La Serena. Por el contrato que tenía la cooperativa con Correos y Telégrafos de Chile, el camión salía del pueblo a las cinco de la madrugada y llegaba a La Serena a las ocho de la mañana, porque corría a cerca de 40 kilómetros por hora. Como dice el dicho, *lento, pero seguro*. El retorno era a las dos de la tarde y llegaba al pueblo a las nueve de la noche, porque don Guillermo pasaba a tomar una once-comida de dos horas a una posada llamada El Rodao, atendida por don Salva, y los pasajeros tenían que esperar con mucha paciencia.



La llegada del camión era el evento para todo el pueblo, especialmente para los jóvenes, ya que llegaban las cartas de amor. También traía la mercadería para el negocio y el alcohol para la cantina.

El día sábado salía a las ocho de la mañana directo al mineral El Tofo, donde las mujeres esperaban los fragantes claveles, las deliciosas brevas, los exquisitos duraznos, jugosas peras, sandías, melones, corvinas, lenguados, choros, mariscos y, en otoño, las ricas aceitunas del valle Los Choros. Además, de vez en cuando el Cooperativa trasladaba a estudiantes a los pueblos vecinos donde participaban en veladas artísticas y actividades deportivas. En una oportunidad trasladó a los estudiantes de la escuela del pueblo, quienes cantaron en la misa y animaron la fiesta de casamiento de la hija del gerente de El Tofo.

Con el pasar del tiempo, en la década del setenta, cambió de dueño y de nombre: la cooperativa le vendió el camión a don Guillermo y fue rebautizado como “el Cascocha”, por lento. Siguió cumpliendo la misma función que cumplió hasta comienzos de los ochenta, debido a que al dueño y chofer no le renovaron más la licencia de conducir por su edad. Vendió entonces, el camión a un señor de la compañía en La Serena, y esta vez, para pesar del Cascocha, también cambió de rubro: lo utilizaron para transportar ripio y arena.

Este noble vehículo, que nunca quedó en panne⁴, está en la mente de mis abuelos y de la gente más adulta del pueblo, quienes vibraron, vivieron historias, amores y anécdotas con el Uber de esos tiempos. ¡Gracias Cascocha...!

Emilia Álvarez Rosas

11 años

La Higuera

Mención especial del jurado

⁴ Quedar en panne: cuando un vehículo sufre un desperfecto por el cual debe detenerse obligatoriamente (notal del editor).



EL DESORDEN DE MI TATA Y LA FIESTA DE SANTA ROSA DE LIMA

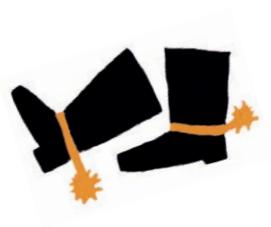
Miguel Eduardo Medina Tamayo

La fiesta de santa Rosa de Lima es una tradición que se celebra en El Convento desde hace muchos años. Mi tata me contó que, cuando salíamos a caballo para participar en la procesión, era tan desordenado, que siempre llevaba y sacaba sus ropas de huaso y las dejaba tiradas en la pieza de mi abuelita. Ella lo retaba y le decía que la recogiera, pero como mi tata era un huaso *encacha'o*⁵ le decía a mi abuelita que él estaba para andar a caballo y no para ordenar. Pero el último día de santa Rosa de Lima, es decir, el 30 de agosto del año pasado, se le perdieron la manta, el sombrero y las espuelas. Mi tata se enojó mucho y se llegó a poner rojo, más aún con el vino tinto que había tomado, ya que esta fiesta es algo muy importante para los conventinos.

Esta fiesta se celebra de la siguiente manera: todos los huasos se reúnen en la media luna, el padre de la parroquia Santo Domingo llega en la carroza tirada por un caballo, adornada con flores amarillas y rojas, y también lleva a la Virgen detrás. Todas las personas decoran sus casas para que sean bendecidas por el curita llamado Ricardo Reyes, pero que de cariño le dicen “Chocolito”, porque es muy negrito.

Se viene la procesión, se amarran los caballos y se baila un pie de cueca. Participan el Club de Huasos El Convento y Libertad, el Centro de Madres, el Centro del Adulto Mayor y la escuela El Convento. Luego, comienza la misa donde el padre reza y la gente le rinde homenaje a esta santa.

⁵ Encachado: bonito, atractivo, guapo, buenmozo (nota del editor).



Recuerdo que el año pasado había tanta gente, que no cabíamos dentro de la capilla. La santa es tan querida y venerada por todos, que la municipalidad nos prestó un escenario donde cantaban a lo divino y a lo humano.

A todo esto, mi tata seguía enojado y yo le di la solución: le presté mi manta y el sombrero, pero tuvo que usar otro par de botas que tenía guardadas.

Cuando terminó la celebración, nos fuimos a mi casa y yo fui a ver a mi tata que seguía enojado. Cuando me agaché para recoger algo que se me había caído, vi que todo lo que se le había perdido estaba tirado debajo de la cama. Corrí a contarle a mi tata y se echó a reír conmigo. Después de eso, le pidió perdón a mi abuelita, que se largó a reír también con una carcajada gigante.

A ambos se les pasó la rabia y se pusieron a hacer sus menesteres: mi abuelita a la cocina, haciendo pan amasado, y mi tata soltando los caballos para pastar.

A propósito, mi nombre es Miguel, y con esta historia aprendí que no debo ser desordenado, como mi tata y que la fiesta de santa Rosa es muy importante para la familia y la localidad.

Miguel Eduardo Medina Tamayo
11 años
Santo Domingo
Primer lugar regional



EL QUILLAY

Carla Andrea Díaz Araya

Hace unos años estaba con mis primos y mi hermana en el cerro del sector de La Peña, y encontramos una casa de adobe y piedras. Sobre la casa o lo que quedaba de ella, había un árbol con flores extrañas, pero hermosas. Mi hermana nos contó que aquella casa era muy antigua, y que en ella vivía una mujer muy bella que sufría mucho en manos de su marido que la golpeaba todos los días. Pero ella no quería separarse de él, porque estaba ciega de amor. Ella soportó el dolor por mucho tiempo hasta que, un día, del cielo bajó un ángel que había enviado Dios a decirle:

—Deja al hombre que te maltrata.

Pero ella se negó. El ángel le dijo, que el amor no se basa en golpes ni insultos y desapareció.

Quillaym (así se llamaba la bella mujer) empezó a llorar. Para calmar su alma adolorida, se fue a bañar. Cuando se fue a peinar, el espejo le empezó a mostrar recuerdos de cuando su esposo la maltrataba. Ella se dio cuenta de que lo que dijo el ángel era real. Entonces lo llamó y, él la transformó en un árbol del que nunca cayó una hoja.

Quillaym nunca perdió la esperanza de una vida mejor.

Carla Andrea Díaz Araya
11 años
Nogales
Segundo lugar regional



Ilustración: Jorge Roa

EL MARAVILLOSO TESORO DE EL CONVENTO

Montserrat Carolina Farías Fruth

¡Cuánta ilusión y sueños se pueden lograr cuando te invitan a una aventura que puede cambiar el resto de tu vida!

Todo comenzó con los relatos de mi abuelo. Él nos contaba sobre un misterioso tesoro escondido en la localidad en la cual vivía de niño. Esto activó el espíritu aventurero de mi padre, que logró ilusionarnos y comenzar esta búsqueda del tesoro. Fue así como mi padre, mis hermanos y yo nos trasladamos a esta localidad, El Convento.

Al llegar, todos quedamos impresionados por el cambio de aire; aquí es limpio en comparación con Santiago. Todo es más verde y de cierta forma alegre a quien mire este lugar.

Nuestra búsqueda apenas comenzaba cuando nos cruzamos con una muchacha que intentaba, furiosa, ayudar a un pequeño ternero que estaba atrapado. Como buenos hombres, la ayudamos a sacar al animal. La muchacha se presentó como María, una chica que se ganaba la vida ordeñando las vacas y haciendo queso. Como agradecimiento, nos ofreció almuerzo en su casa, un lugar bastante bonito y hogareño. Conocimos a su familia, su padre, su madre y su hermano menor. Todos con saberes en el cuidado de vacas y caballos. María también nos dio un queso hecho por ella, que, contrariamente a lo que creí, estaba muy rico.

Días después, aun no encontrábamos el tesoro, y como yo soy impaciente, comencé a perder la esperanza. Fue cuando nos reencontramos con el padre de María, Juan. Nos dijo de un evento, una lotería, para recaudar fondos para operar

a una abuelita que era conocida. Aunque primeramente nos negamos, mi padre nos convenció de ir. Creía que podríamos encontrar alguna pista del tesoro, así que asistimos. Llegamos temprano, había varios autos estacionados, muchas personas sentadas dentro y unos cuantos grupos de niños jugando. Con un poco de vergüenza me senté junto a mis hermanos. Tras varias horas, la lotería terminó y volvimos a casa. Estaba exhausto, pues soy un poco antisocial y la gente, en cambio, parecía alegre, sobre todo, porque cada vez que podían tiraban alguna talla⁶. Me reí mucho, y para nuestra suerte, nos ganamos uno de los premios.

Luego de la lotería, un sábado o domingo, no recuerdo bien, una señora con un pequeño camión pasó por nuestra casa ofreciéndonos vegetales, algunas frutas y pasteles. Mi hermano mayor, todo coqueto, comenzó una charla con ella. Nos dijo que la mayoría de los vegetales eran cosechados en casa y los pasteles también eran hechos ahí. Quedamos con la curiosidad de saber cómo, así que le preguntamos si podíamos ver lo que ella nombró como chacra.

—¡Oh! Sí. ¿No saben lo qué es? —negamos, y ella sonrió amable— ¿Vienen de afuera? ¡Entonces, vamos, *pues!*

La seguimos con nuestro auto a un lugar grande lleno de muchas plantas y vegetales. Había choclos, papas, cebollas, entre otros. Todo estaba muy ordenado, cada vegetal separados de los otros. Nos dijo muchas cosas de las cuales yo sabía muy poco, como que algunos vegetales hay que plantarlos en cierto momento del año para que el producto sea de calidad. Me sentí un ignorante; estaba acostumbrado a comprar las cosas en un supermercado, en donde hay de todo, todos los días. Le agradecemos por el tour por la chacra y regresamos a casa.

Finalmente, el último día del mes, mis hermanos y yo nos rendimos: no había tesoro. Cuando nos quejamos con nuestro padre, este solo se burló de nosotros.

⁶Talla: broma (nota del editor).

—Chiquillos, ¡nunca se dan cuenta! Desde que llegamos vi el tesoro; ¿ustedes realmente no lo vieron? —volvió a reírse.

—¿Cuál es ese supuesto tesoro, *eh?* ¡El abuelo nos dijo que nos traería felicidad! ¡Que era un tesoro increíble! No hemos visto *nah* bueno.

—¿No es increíble cómo hacen el queso? ¿Cómo la gente se dedica a plantar para comer y ganarse la vida? O... ¿no es maravilloso cómo toda la gente se junta para ayudar? —nos miró y sonrió.— El tesoro de El Convento es su ambiente alegre y calmado, su riqueza tanto en plantas como en animales, y la solidaridad de la gente.

De eso han pasado 20 años. Me casé con María y aprendí a cuidar a las bestias, como les dicen aquí a las vacas. Tenemos nuestra propia chacra y salgo a vender. A mis hermanos tampoco les fue mal, también se casaron y se establecieron aquí. Mi padre trajo a nuestra madre para que viera lo asombroso que es este lugar. Es increíble el cambio que mi vida tomó por este tesoro. Vivo en El Convento, en donde encontré la felicidad, el amor verdadero y los sentimientos humildes. A todos, ¡recuerden que el dinero no hace la felicidad!

Montserrat Carolina Fariás Fruth
14 años
Santo Domingo
Tercer lugar regional



Región Metropolitana

EL REMOLINO DE MARIPOSAS

Emilia Lucía Salas Herrera

Había una vez, un viejo pescador que siempre fue agradable con todo el mundo. Bueno, él trataba de gustarle a todo el mundo...

Las mariposas lo solían seguir a todas partes, hasta que un día cayó en la tentación de robarle a Andrea, una jovencita que era su vecina. Ese mismo día, el hombre vio cómo el cielo se tornaba negro y caía una tormenta como nunca antes se había visto. Ese día, el pescador se enteró que la joven Andrea había fallecido. Él estuvo llorando por largo tiempo, se preguntó gritando al cielo: “¿Por qué?”.

Aunque él era el pescador más viejo, no sabía el daño que hacían sus acciones y las consecuencias que causaban, a veces.

Un día fue al bosque, triste por lo que había hecho, y vio reunidas a cincuenta mariposas. El hombre vio que todas eran blancas, al igual que las que solían seguirlo. Todas, después de verlo, se fueron de inmediato. Supo, entonces, que su acción hizo mucho daño y que desde ese momento estaría solo. No tenía familia ni amigos y decidió alejarse de inmediato del pueblo.

Meses más tarde, todas las mariposas se reunieron nuevamente en el bosque y se dieron cuenta de que su gran amigo había muerto. El rumor llegó hasta el pueblo, y desde ese entonces el lugar no fue el mismo y cambió su nombre a pueblo Mariposa, porque cada vez que alguien que lo habitaba aprendía algo, se topaba con una mariposa blanca.

Emilia Lucía Salas Herrera

12 años

Renca

Segundo lugar regional



LOS GANSOS VUELAN LIBRES

Antonia Paz Lagos Novoa

Mi madre siempre fue estricta, estricta en verdad. Tenía una mirada que te congelaba, una mano dura amenazadora y, sobre todo, una tez blanca que provocaba que cada vez que se enfadaba, su piel se volviera tan pálida como las alas de Lucifer.

Se enfadaba si no comía bien; le desagradaban mis juegos y mis zapatos llenos de barro; le molestaba mi voz chillona cada vez que me emocionaba; no le gustaba mi aspecto rebelde, ni tampoco mi gran creatividad. Para ella, estaba muy lejos de ser una señorita. Creo que en algunas ocasiones llegué a pensar que me odiaba.

Mi abuela, por otra parte, siempre fue dulce y amable; era mi cómplice de travesuras y confidente de los chismes del colegio. Cosía que cosía y me hacía toda clase de vestidos. Era la envidia de mis amigas. Mi abuela siempre tenía una mirada amable y un caramelo en su mano derecha, porque según ella, daba buena suerte. Fue mi segunda madre, la que me abrazaba y consolaba; y creo que fue una de las principales razones por la que mi madre se molestaba conmigo.

Verás, mi abuela no siempre fue un pan de Dios. Ella era parecida a mi madre en muchos aspectos al momento de criar hijas, y mi madre tiene severos recuerdos de aquellas situaciones. No sé muy bien la historia, porque mi madre no habla de eso, pero creo que un par de cicatrices en la mano de mi madre fueron provocadas por un cinturón, el cinturón de cuero de mi abuela. Y eso molestaba a mi madre, porque estaba celosa de que yo tuviera todo el amor y cariño de la mujer que se supone que debería de habérselo dado a ella.

Claro, en ese momento yo no lo sabía, era una preadolescente; solo asumí y me cerré a la idea de que tenía que ser como mi madre quería, para mantenerla feliz y contenta. Me esforzaba, lo juro, pero era difícil; yo era distinta y mi madre no lo soportaba.

En una ocasión, mi madre discutió conmigo por desplumar mal un ganso. Estaba furiosa, porque esa noche teníamos invitados, pero yo estaba demasiado distraída como para hacerlo bien, por lo tanto, aquí íbamos de nuevo:

—¡Serás tonta, Elena! ¡Plumas por todos lados! Es que no puedo creerlo, ¡niña! Eres un fracaso para esto.

—Madre, yo...

—¡Yo ni que nada! Tendrás que pelar las papas por esto, hacer la ensalada y poner la tarta al horno. Yo estaré ocupada con tu desastre.

—Pero quería salir con la Tere.

—Pues no.

—Pero mamá...

—No es no.

—SIEMPRE ES NO.

—¡NO ME LEVANTES LA VOZ, NIÑA!

—María —dijo mi abuela interrumpiendo—, no le grites así a la niña; ella solo tiene 12 años.

Vi la cara pálida de mi madre ponerse roja de ira y pálida de nuevo. Estuve casi segura que quería tomar un cuchillo y cortarnos a las dos en pedacitos y servirnos a los invitados, pero mi madre es demasiado orgullosa para dejarse llevar así; por lo tanto, se rindió ante mi abuela.

—Te vas a cuidar los gansos, Elena, y pobre de ti si se te escapa uno.

Y así fue como acabé de nuevo en el campo, triste, sin salida con mi amiga Tere, con mi madre molesta y sin comer. Detestaba a mi madre en ese momento, aunque no tenía idea por lo que pasó para tenerme: soportar rumores, todo lo que había sufrido y lo mucho que me amaba. Yo no tenía idea de eso; en ese momento era solo una niña molesta, y como toda niña molesta, la embarraba.

Lancé una piedra lejos para desquitarme y le fue a dar a unos de los gansos. Esto provocó que al menos tres gansos salieran volando lejos completamente aterrorizados. Volaron, volaron y volaron...

Entré en pánico, y sin pensarlo, salí persiguiendo su vuelo. Estaba espantada. ¡Si mi madre se diera cuenta! ¡Si perdía de vista a los gansos! ¡Y si se van tan lejos que no me den las piernas! ¡Y si no vuelven! ¡Y si molestaba a mi madre! Y si...y sí.

Caí en un agujero, no era muy profundo, pero lo suficiente como para torcerme el tobillo. Grité y caí al suelo. No podía levantarme y solo pude estirar mi mano para intentar alcanzar los gansos que ya se habían ido lejos. Y me largué a llorar,



no por tristeza, sino por terror y pánico. Estaba sola y con el pie malo; mi madre se enfadaría y sería una decepción de nuevo: Elena, la que siempre la embarra...

No sé cuánto estuve ahí. Perdí la noción del tiempo, mientras intentaba recordar alguna frase de mi abuela para sentirme mejor, pero estaba sola y a oscuras, tan solo con la luna iluminándome, y pensé que podría llegar a quedarme ahí para siempre.

No fue hasta que sentí una mano en mi espalda; me di vuelta aterrada y me encontré con el pálido rostro de mi madre, tan seria que parecía llevar una máscara. Completamente sola, como yo, pero estaba ahí, conmigo. No sé cómo llegó ahí. No sé cómo se dio cuenta de mi tardanza, pero era solo ella, no mi abuela, no mi amiga Tere, no los vecinos, no los gansos. Mi madre, mi estricta y pálida madre, fue la única que vino a buscarme después de mi alocado intento de atrapar un ave libre...

La abracé con fuerza, tanto que no me di cuenta. Estaba llorando y asustada, tenía frío y hambre, pero también estaba tan aliviada. ¡Dios!, tan aliviada.

Mi madre no dijo nada en todo el camino de regreso, solo me llevó en brazos, sin siquiera soltarme un momento, hasta la casa, donde la fiesta seguía, y vi a mi abuela preocupada en la entrada. Mi madre no se separó de mi lado y supe por primera vez, que me amaba.

Antonia Paz Lagos Novoa
13 años
La Florida
Tercer lugar regional



LA CHANCHA SALVAJE

Javier Andrés Cornejo Céspedes

Para contar y saber, saber para contar.

Estela y Estela ahí va una lesera...

Hace varios años, en el cerro Los Robles vivía una chancha. Por las noches bajaba del cerro hasta los potreros del Membrillo, a destruir las siembras y comer corderos chicos. Esta era una chancha muy rápida y astuta por lo que nadie podía atraparla.

Un día, Jaime ideó un plan para atraparla. Juntó un grupo de amigos y subieron al cerro montuoso con perros y muchos lazos.

Como era de madrugada esperaron un buen rato para encontrarla. La chancha escurridiza se escapó a la cima del cerro. La correataron casi todo el día, hasta que en la tarde la atraparon en unos riscos.

Felices bajaron con ella, la encerraron y la alimentaron por varios meses.

Cuando estaba bien gordita, la mataron y se comieron un buen asado, hicieron morras y arrollados.

Quedaron con el ombligo estiradito, todos mareaditos, y *se acabó el cuento que se lo llevó el viento.*

Javier Andrés Cornejo Céspedes

9 años

Lolol

Primer lugar regional



DON CARDUCHO

Massiel Aracely Pérez Herrera

Mi abuelita siempre me dice que no hay mejor lugar para bailar cueca que la Pampa de Lima, y era mucho mejor cuando cantaba don Carducho.

Don Carducho cantaba todos los años en la ramada del Gordito Espina, conocido en todo Chépica por la rica chicha que se vendía en su fonda. Los visitantes que venían para el 18 de septiembre se iban en la mañana y tenían que sacarlos a tirones, porque no se querían ir, y estaban todo el día entre cueca y cueca de don Carducho.

Él inventó muchas cuecas. ¡Si hasta fue famoso! Una vez, vinieron a hacerle un reportaje de la tele. Y en el pueblo, unos artistas pintaron personajes típicos y también está él, con su sombrero y micrófono en la mano, haciendo lo que más le gusta. Con el tiempo dejó de cantar en la Pampa de Lima, ya que se encontró enfermo y se tuvo que venir a vivir con su hija Martita a La Mina. Él es un personaje muy especial y hoy, vive al lado de mi escuela. Siempre que vamos a entrevistarlos nos recibe con hartito cariño y nos cuenta de sus años de artista. Hoy está más viejito, pero aún canta y le hacen homenajes, porque sus cuecas tienen algo especial que las hace únicas. Por las tardes lo vemos pasar en su bicicleta y nos saluda, y a veces nos tira alguna palla⁷ de esas que solo conoce él.

Massiel Aracely Pérez Herrera
12 años
Chépica

Segundo lugar regional

⁷ Palla, paya: verso chileno; elemento folclórico de Chile (nota del editor).



EL HOMBRE MISTERIOSO

Natacha Catalina Villegas Espinoza

Me contó mi abuelito que, en las oscuras y tenebrosas noches, cuando la brisa helada corría como loca por los campos azotando los rostros que a su pasar hallaba dejándolos entumecidos, un hombre misterioso andaba a caballo, merodeando por Los Quillayes, un pueblito muy lejano de la sexta región, comuna de Las Cabras.

Todas las personas, e incluso las más valientes, temían pasar por aquel sendero; no querían encontrarse con ese hombre misterioso. A mi abuelito le tocó la mala suerte de que un día de invierno, cuando trabajaba en faenas agrícolas en el distante fundo Los Quillayes, se le pasó el tiempo y tuvo que regresar de noche a su casa. Mi abuelito sabía sobre aquellos rumores del hombre que andaba a caballo, pero él pensaba que eran solo mentiras, cosas que inventaba la gente para asustar a los que transitaban por allí.

Preocupado por lo tarde que era, y porque debía llegar pronto a su hogar, iba apurando el tranco de su yegua colorada que fielmente respondía. Al llegar al sector denominado “Vuelta la culebra”, el lugar más solitario de todo el camino, de repente la yegua, luego de dar unos relinchos, quiso detenerse; pero don Celestino la apuró y siguió su marcha, aunque ella se mostraba inquieta, espantadiza. En ese mismo instante, las ramas de los árboles se empezaron a agitar muy rápidamente con el fuerte viento que comenzó a surgir; fue algo extraño para mi tata, escalofriante. Mi abuelo se alarmó más aún, al oír unas pisadas de caballo sobre las crujientes ramas que se encontraban en el suelo enmarañado. Rápidamente tiró de las riendas y se detuvo a escuchar y a meditar.

De pronto, vio la silueta de un caballo con un jinete que, más adelante, a unos pocos metros, salió al camino y se detuvo a una orilla, como esperando a mi abuelito. Mi tata, temeroso, quiso devolverse, pero pensó que ya había avanzado la mayor parte y debía llegar a su casa para ver a su mujer que se encontraba sola. Así es que, estimulando a su inquieta y asustadiza yegua, decidió reiniciar su marcha lentamente, con mucho sigilo.

—¿A dónde vas, hombre? —preguntó el jinete misterioso con voz potente y tenebrosa que le puso la piel de gallina al campesino cuando pasaba frente a él.

Celestino, mi abuelito, estaba como paralizado; quería hablar, pero las palabras no lograban salir de su boca. Su mentón temblaba. No se atrevía a voltear para ver al misterioso hombre. Rogaba a Dios que no le sucediera nada malo. Luego, de un fuerte debate de ideas en su mente, se armó de valor y se dio media vuelta para observar a aquel jinete.

El hombre montaba un enorme caballo negro y, al parecer, por su silueta, era muy alto. Llevaba un sombrero grande que, en complicidad con la noche, ensombrecía más su cara, no pudiendo verla bien, aunque extrañamente, en medio de la oscuridad, le brillaban los dientes que parecían de oro cuando se carcajeaba. En ese momento, mi abuelo entendió que el rumor de la gente sobre el hombre misterioso era real. El miedo y la desesperación recorrieron todo su cuerpo y entre decaimiento y valor se sintió desvaneciendo, rendido ante semejante jinete. Estaba aterrorizado, muy nervioso, al igual que su yegua, que, muy inquieta y asustadiza, no paraba de moverse.

—Voy *pa...* para adelante —respondió con un leve balbuceo al fin el campesino, con mucho temor y un poco inseguro, vacilante, como contestar

solo por contestar, para que ese misterioso hombre no se fuera a sentir mal si no le respondía, y deseando que no le preguntara nada más.

—Si quiere... lo puedo acompañar —propuso serio y sin emoción alguna, el misterioso hombre.

—No se preocupe *'eñor* —contestó el campesino, mientras daba un chicotazo a la yegua para continuar rápidamente su marcha, y al mirarlo tímidamente de reojo, se dio cuenta que el hombre igual lo seguía. En ese momento don Celestino clavó las espuelas y echó a correr a galope tendido.

Mi abuelo Celestino huyó del sendero, esperando que el hombre dejara de seguirlo. No quería perder tiempo, ni un segundo, en mirar a sus espaldas por si el hombre lo seguía. Quería dejar de pensar que ese jinete le pisaba los talones. No lograba ver los lugares por la confusión y la oscuridad. Lo único que quería el pobre hombre era llegar luego a su hogar, pero los minutos eran eternos y el camino se hacía extremadamente largo. Cuando reconoció que, por fin, iba llegando a su casa, miró hacia atrás y ahí venía el jinete riendo a carcajadas, dejando ver sus dientes de oro, relucientes. Al llegar, gritó como loco para que le abrieran la puerta. Delia, su mujer, mientras abría el portón le preguntaba qué le pasaba; él le repetía una y otra vez:

—¡El hombre misterioso, el hombre misterioso me viene persiguiendo!

Pero su mujer, al mirar, vio una luz que a lo lejos fulguraba y se iba perdiendo. Debían ser los dientes de oro del hombre. Delia comprendió de inmediato que a su esposo le había salido el hombre misterioso, y se puso a rezar para que se alejara y no volviera.



—¡Y te caíste al estero, hombre por Dios, que vienes con los pantalones tan mojados!

—No, viejita, fue con el susto que me dio y no me pude aguantar.

Claro, don Celestino no había podido contenerse, ante tal suceso que le había ocurrido.

Desde ese día mi abuelito no se atrevió más a pasar de noche por ese sendero, y cuando se le hacía tarde por algún trabajo, o porque el patrón lo necesitaba en las casas del fundo, o porque lo invitaban a un bautizo, o iba a alguna fiesta, prefería pedir de antemano, como condición, que le dieran alojamiento para regresarse al otro día.

Natacha Catalina Villegas Espinoza

11 años

Litueche

Tercer lugar regional



UN PEQUEÑO COCINERO MAPUCHE

Vicente Alejandro Cortés Jauregui

Vivo feliz junto a las araucarias. Por lo que muchos nos llaman araucanos, pero yo prefiero que me llamen mapuche, pues significa gente de la tierra, y yo sí que disfruto de jugar en la naturaleza, entre valles y aves.

Desde pequeño me gusta cocinar. Preparo *catuto*⁸ con harina de trigo y agua que, en ocasiones, mezclo con una rica mermelada de mora. Lo más divertido es cuando salimos con mi hermana con un balde a conseguir las moras, pues cuando ella está distraída yo le tiro por su cabeza un gran puñado de frutas para luego terminar bañándonos en el Callen, un río cercano.

Nunca pensé que esta gran tradición de preparar el rico *catuto* con mermelada de mora me llevaría tan lejos de América. Hoy, estoy lejos de mi tierra del merquén y del canelo, para mostrarle al mundo la riqueza de la comida de mi abuela.

Me gustaría estar en este momento con ella, quien era una gran *machi*⁹ y de seguro me prepararía un remedio para las dolencias que me aquejan. Mis nervios están a mil; solo espero llegar a ser un gran cocinero para enseñar la importancia de mis ancestros y de la Madre Tierra.

Mientras cocino, me imagino que estoy en la ruca junto a la *ñuque* (mi madre) y la *chuchu* (mi abuela) con una gran fogata y en el centro de ella, una challa toda negra, que es una especie de olla donde colocamos las moras para hacer la más rica y deliciosa mermelada.

⁸ Catuto: comida tradicional de la gastronomía mapuche, que consiste en una masa de trigo con forma plana y alargada, que reemplaza al pan (nota del autor).

⁹ Machi: curandera y encargada de ciertos rituales en la cultura tradicional del pueblo mapuche (nota del editor).



Puede que hoy no me quede igual la mermelada, pues faltará un poco de humo que solo se logra en la ruca, pero le pediré a mis ancestros que me acompañen en esta gran aventura.

Ya nombrarán a los ganadores del gran concurso internacional de gastronomía. Mi *chaan* (piernas) están temblorosas, y forman un gran *caulin*¹⁰ en el piso. Solo espero que nadie se dé cuenta de los arañazos que deje en el suelo.

No he ganado el primer lugar, pero me han nombrado *mapuchef*, que significa cocinero de la tierra. Ya me siento ganador pues di a conocer al mundo más que una rica comida, una hermosa tradición del hombre mapuche y de la madre tierra.

Vicente Alejandro Cortés Jauregui
13 años
San Clemente
Primer lugar regional

¹⁰ Caulin: rasguño en lengua mapudungun (nota del editor).



EL PACHO HUAPINO

Sofía Paz Romero Valdés

Mi abuela Carmen que tiene 77 años me contó una historia de su niñez.

Ella vivía en El Maggi, en la precordillera de Linares, junto a su mamá y sus abuelos. Tenían grandes extensiones de terreno, muchos animales, aves de todo tipo y vivían de la agricultura. Bajaban a Linares solo una vez al mes, a comprar los víveres necesarios; estos eran transportados en micro y luego, en carretas tiradas por caballos.

Cuando comenzaron los trabajos en la laguna del Maule, llegaron muchos hombres a trabajar y cavaron grandes túneles solo usando palas y picotas. Fueron 600 hombres que llegaron de todos lados a realizar ese gran trabajo, pero entre todos había un linarense muy especial apodado “el Pacho Huapino”, un gigante de 2 metros muy corpulento, el más alto conocido en ese territorio. Solo verlo infundía terror en la gente, porque tenía cabello grueso negro, cejas muy tupidas, era de pocas palabras y serio, ojos negros y mirada penetrante. Mi abuela Carmen decía que a pesar del miedo que provocaba, era un gigante bueno de mirada bondadosa. Pacho Huapino estaba a cargo de 200 hombres, pero en su tiempo libre siempre andaba acompañado de 15, con quienes recorría los lugares en busca de comida para comprar. Cierta día, pasaron a comprar diez gallinas donde la vecina de mi abuela Carmen, quien se negó a pesar de tener muchísimas aves. Ella los echó, asustada al ver a tan gigante hombre. Al día siguiente, cuando la mujer se levantó, no encontró ninguna gallina, solo los pollos, gallos y otras aves.

Otro día, Pacho Huapino pasó con sus hombres a la casa de mi abuela Carmen, y como vieron que el gigante era educado y no pedía sino que quería comprar



algunas aves, la abuela de mi abuela se las vendió y aparte les regaló un cordero, un queso de 5 kilos y mucho pan amasado. Pacho Huapino y sus hombres se fueron felices y agradecidos. Una vez al mes, Pacho Huapino pasaba a dejarle a la abuela de mi abuela un quintal de harina que sostenía sorprendentemente con una sola mano. Ese gesto era agradecido por la familia de mi abuela quienes pelaban 10 kilos de trigo para hacer un rico mote para darle a Pacho Huapino y sus hombres. Solo él se comía un pavo entero. Devolvía esos gestos cuidando cada ave y animal que tuvieron los abuelos de mi abuela Carmen, porque por esa época había mucho robo de animales. Pero mientras, el gigante visitaba la casa no volvió a desaparecer ningún animal y ninguna ave. También ayudaba arreglando cosas en el campo.

Mi abuela Carmen tenía nueve años cuando Pacho Huapino visitaba su casa. Cuando la tomaba en brazos sentía miedo de mirar hacia abajo, pero le tenía cariño a ese gigante bondadoso. Pasaron muchos años y Pacho Huapino se convirtió en un buen amigo de la familia, pero mi abuela Carmen se fue a estudiar a Linares y no lo volvió a ver. Pacho Huapino regresó a Linares, pero mi abuela Carmen se había ido a vivir a Santiago. A los años supo que, Pacho Huapino había muerto solo y congelado una fría noche de invierno. Un final que mi abuela lamentó, porque Pacho Huapino había sido un gigante bondadoso, pero muy solitario.

Por muchos años, se habló de él en Linares, convirtiéndose en una leyenda. Muchas cosas se decían de él, unas ciertas y otras falsas, pero quien realmente lo conoció fue mi abuela Carmen. Y ahora yo, gracias a su relato con el que escribo este cuento.

Sofía Paz Romero Valdés

11 años

San Javier

Segundo lugar regional



EL AMOR SECRETO

Claudia Danae Gutiérrez Inostroza

En un fundo llamado Los Alerces, ubicado cerca de Retiro, vivía una familia adinerada compuesta por Antonio, el jefe de hogar, la esposa, llamada Carmen, y la hija, llamada Rosa. Su casa se caracterizaba por ser la más grande y lujosa del sector. Tenían muchos animales y sus principales ingresos provenían del cultivo de frambuesas y la siembra de trigo y arroz. Antonio tenía muchos trabajadores a su cargo y producto de sus grandes ingresos, cada año necesitaba más peones.

Este año el jefe de hogar contrataría a una familia que le pudiese ayudar con el cuidado del fundo. Fue así como encontró a una familia que necesitaba esa oportunidad, ya que eran muy pobres. Los Soto se encargarían. El matrimonio tenía dos hijos, un adolescente de quince años, llamado Pedro, y la hermanita menor, de trece años, llamada Jacinta.

El primer día, Carmen entrevistó a los padres de esta familia, mientras Rosa les enseñaba el fundo a los niños. En ese momento, Pedro se dio cuenta de la belleza de Rosa y comenzó a mirarla detenidamente con ojos de admiración. Rosa sintió que Pedro la miraba mucho y se dio cuenta de que sus ojos eran de color verde y brillaban como dos luceros. Desde ahí, Rosa cada vez que salía al fundo a pasear buscaba la mirada de Pedro, ya que poco a poco se comenzó a enamorar de él.

Cada año, para el 18 de septiembre, Antonio realizaba una comida con los trabajadores del fundo y sus familias. Pedro vio la oportunidad de declarar su amor a Rosa durante la celebración de esta fiesta. La comida se realizaría a las siete de la tarde en la casa del patrón. Fue así como Pedro preparó un ramo de



flores silvestres arrancadas del fundo y decididamente fue a la celebración con la intención de conquistar a Rosa y decirle lo enamorado que estaba de ella.

Se encontraron en el pasillo de la casona y Rosa asombrada por la situación, lo abraza y le confiesa que ella también lo ama, pero que su padre jamás aceptaría una relación como esa.

Y así pasó y pasó el tiempo, las cosechas cada vez daban más ingresos a la familia y Antonio no sabía nada de la relación secreta que tenía Rosa con Pedro. Luego de esa fiesta, Rosa y Pedro se vieron a diario a escondidas de sus familias, hasta que la madre de Rosa los descubrió. Carmen decidió conversar con su hija acerca de lo que estaba ocurriendo. Rosa le confesó todo el amor que sentía por Pedro y le dijo que, si no lo aceptaban, ella escaparía del fundo. Carmen le dijo que debía hablar con su padre y que Pedro debía pedir su mano.

Luego de varios intentos, Antonio aceptó el amor de su hija hacia Pedro, con la condición de que Pedro debía comprar una parcela y construir una casa para que pudieran vivir juntos, ya que él no les daría ningún apoyo económico.

Al cabo de tres años, cuando ambos habían cumplido la mayoría de edad, decidieron casarse e irse a vivir juntos a una parcela que habían comprado, después de que ambos trabajaran y ahorraran durante ese tiempo.

Hoy en día, mis abuelos viven felices en su casona, luego de tanto esfuerzo y dedicación.

Claudia Danae Gutiérrez Inostroza
14 años
Retiro

Tercer lugar regional



Región de Ñuble

¿MI MADRINA ES UN TUE TUE?

Florencia Ceballos

Había una vez, en el campo de Meipo una niña llamada Rosa, a la cual le encantaba escuchar conversaciones de los adultos a la orilla del fogón. En una de estas charlas, oyeron el canto del Tue Tue; y los adultos comentaron que era la comadre que andaba merodeando. La niña se puso tan triste al punto de llorar; no podía creer que su madrina fuera bruja. Lloraba desconsoladamente de mucha tristeza y desilusión.

Cuando iba a la escuela, todos le decían que su madrina era bruja y se lo dijeron tantas veces, que empezó a dudar. En la noche, no podía dormir de tanta preocupación, hasta que decidió hacer una prueba. Le dijo a Dios que, si su madrina era bruja, viniera en la mañana a buscar leche y trigo.

Al día siguiente, en la mañana muy temprano, sintió llamar:

—Aló, aló vecina, ¿está por ahí?

La niña desesperada al reconocer la voz de su madrina, se puso muy nerviosa y escuchó atentamente. La madrina le dijo a su comadre:

—Comadrita, ¿sería mucha la molestia que me prestara una taza de leche y un poco de trigo? Lo que pasa es que mi hijo tiene mucha hambre y no tengo comida para darle.



La niña dio un salto del susto y se puso muy nerviosa. A medida que fue creciendo se dio cuenta de que su madrina era una persona normal y finalmente, Rosa decidió querer a su madrina tal y como era; no era una mala persona, solo era diferente. Pero, hasta el día de hoy, no sabe si es bruja o no.

Florencia Ceballos

12 años

Coelemu

Primer lugar regional



MI TATA, EL TALLADOR

Benjamín Galindo Elgueta Sepúlveda

Para saber y contar, mentira no ha de faltar. Para pasar un estero, hay que sacarse el sombrero. Estera y estirita aquí va el cuento y vamos con él:

Érase una vez mi tata, un hombre alto, valiente y muy trabajador. En especial se dedicaba a tallar maderas de todo tipo y siendo muy reconocido en el sector.

Un día llegó a verlo un hombre de ciudad (por la forma en que vestía), quién se presentó ante él muy amable, y le solicitó realizar un trabajo de tallado para el matrimonio de su única hija muy querida. Quería una rosa en madera, ya que era su flor preferida, y no importaba el precio. Mi tata lo pensó mucho, pero como vio a aquel hombre tan ilusionado, aceptó y quedó de tener el trabajo para la fecha indicada.

Desde aquel día trabajó y trabajó, sacando ideas de todos lados e hizo el tallado más lindo que nadie nunca imaginó, pues no quería decepcionar a su nuevo amigo. Sin embargo, los días pasaban y nadie llegaba a buscarla. Mi tata guardó fielmente la figura, puesto que muchas personas deseaban comprarla, pero la rosa estaba guardada esperando pacientemente que su dueño llegara.

Una noche, aquel hombre se le apareció en sueños a mi tata y le dijo que por nada del mundo la vendiera, que él vendría a buscarla. Sin embargo, los días y semanas pasaban y él no llegaba.



Cuando una tarde llegó a la casa una señorita muy linda en busca del tallado. Contó la triste noticia de que su padre había fallecido en un accidente automovilístico hacía unas semanas atrás. Muy triste mi tata pensó que aquel hombre se le había aparecido en sueños para asegurar que no vendiera la figura y se la entregara a su hija, tal como él deseaba en vida. Relató el sueño a la hija y ella no podía dar crédito a lo que sus oídos escuchaban.

Tanto sacrificio no había sido en vano, y como muestra de cariño, le regaló el tallado a la hija de aquel hombre. La hija, muy emocionada, aceptó y dijo que lo guardaría como el recuerdo máspreciado. Con lágrimas en los ojos, agradeció a mi tata, un humilde tallador, de gran corazón. Desde ese día se hicieron los mejores amigos y aprendieron a apreciar los instantes que la vida regala sin pedir nada a cambio. Y colorín colorado, este cuento está acabado.

Benjamín Galindo Elgueta Sepúlveda

10 años

San Fabián

Segundo lugar regional



EL TERRENO MILAGROSO

Karime Isidora Leyan Beltrán

En un pequeño campo lejos de la ciudad, había un terreno con muy mala fama, ya que siempre cuando plantaban nunca crecían las verduras ni las frutas, y las que lograban crecer, se podrían. Una familia de la ciudad escuchó hablar del terreno y decidió comprarlo, pensando que ellos sí podrían quitarle esa mala fama, por su experiencia y dedicación a la agricultura; lo tomaron como un desafío familiar.

Toda la gente que hablaba con ellos les decía que sería una mala inversión o que tirarían su plata a la basura, pero ellos ignoraron sus comentarios poco agradables y fueron siempre optimistas. Decidieron vender su casa de la ciudad y construir una en ese terreno.

Cuando ya estuvo lista, se fueron a vivir en ella y no pasó más de un mes para que empezaran a arreglar el terreno. Lo primero que hicieron fue dar vuelta la tierra muchas veces, pusieron abono para darle fuerza y así tuvieran un buen crecer las plantas. Luego de echar el abono, empezaron a regar todos los días. Sembraron pasto en su antejardín y nadie tenía fe de que crecería, pero todos quedaron admirados cuando, con el tiempo, el pasto creció fuerte, verde y sin ninguna dificultad.

Después de un tiempo, decidieron sembrar con un poco de temor, ya que no sabían si iba a crecer o tendría algún tipo de infección. Lo primero que sembraron fue trigo y de nuevo, todos quedaron impactados, porque creció sin ningún problema. Después tomaron confianza y sembraron de todo, y cuando la

gente empezó a notar que crecían todas las frutas y verduras, quedaban aún más admirados. No podían entender por qué a ellos les brotaban y a los demás no.

La familia estaba muy orgullosa de sí misma, ya que nadie creía que lo iban a lograr. Después de un tiempo habían cosechado muchas variedades de verduras y frutas, pero lo que más cosechaban eran lechugas y frutillas, dependiendo de la temporada.

Un día, cuando ellos estaban arreglando la huerta llegó su vecino y les preguntó, por qué no vendían su cosecha. A la familia le encantó la idea. Cuando empezaron a vender, les fue muy bien.

Al mes de que se pusieron a vender, llegó una señora pidiendo empleo, les dijo que ella tenía un hijo, y que no había terminado sus estudios por eso no tenía trabajo. Como la familia era bondadosa y humilde, le dieron empleo.

Al pasar el tiempo, ellos tuvieron mucho más trabajo, ya que vender era su única fuente de ingresos. Entonces, empezaron a buscar más personas para que trabajaran con ellos.

Alrededor de un año después, tenían muchos terrenos sembrados, su casa ya no era una casa sino un fundo, sus frutas y verduras se volvieron las más exquisitas de la región y se empezaron a expandir a lo largo de todo Chile.

Se volvieron una de las familias más importantes en la agricultura. Luego de dos años, hicieron una fundación de reciclaje, ya que a ellos les encantaba la naturaleza y los niños, y por estos motivos siempre donaban dinero a las fundaciones infantiles.

Ellos nunca pensaron que podían llegar tan lejos en la vida y ahora son muy importantes gracias a que son bondadosos y humildes, ya que con esas dos características se pueden lograr muchas cosas.

Karime Isidora Leyan Beltrán

14 años

Los Ángeles

Segundo lugar regional



LLALÍN KUSHE KA PU NGEREFE¹¹

Paloma González Fonseca

*M*arri Marri kom pu che (hola a todos), mi nombre es *Kuyen Huenchullan*, una niña *lafkenche* perteneciente al *lof*² de Locobe.

Hace algunos meses descubrí mi gran habilidad para realizar tejidos en el *witxal* (telar mapuche), al igual que mi *ñuke* (madre) y muchas mujeres mapuches. Pasado un tiempo dedicándome a esto en mis tardes libres, comencé a cuestionarme por qué muchas mujeres poseen esta habilidad desde tan pequeñas y sin necesidad de que se les enseñe demasiado. Este pensamiento invadía mi mente cada día, hasta que decidí preguntarle a mi *ñuke* si ella conocía la razón o si alguna vez se había cuestionado lo mismo. Al hacerle esta pregunta, instantáneamente me miró con una gran sonrisa. Me dijo que sí, la sabía. Me llevó de paseo para contarme una linda historia, que decía más o menos así:

Un día una joven mujer lavaba en un río, cuando de pronto viene un hombre que se la lleva lejos, donde él vivía y decide hacerla su esposa. Un día, este hombre le dice a la joven: “Me voy a Chile y cuando vuelva quiero toda esta lana hilada”. Cuando el hombre se va, la joven mujer llora desconsoladamente sentada al lado del fuego, debido a que no sabía tejer. Es ahí cuando aparece Choñoiwe kushe¹³, quien le dice: “Tranquila, traeré a Llalín kushe (araña anciana), ella sabrá ayudarte”. Llalín kushe todas las noches bajaba a enseñarle a la joven a tejer, hasta que llegó su marido y toda la lana ya estaba hilada.

¹¹ Llalín kushe ka pu ngerefe: la araña anciana y las tejedoras (nota del autor).

¹² Lof: forma básica de organización social del pueblo mapuche, consistente en un clan familiar (nota del editor).

¹³ Choñoiwe kushe (o Koñoiwe kushe): espíritu de fuego, que se traduce como anciana fuego (nota del editor).



Tras contarme esa historia, mi mamá me dijo que cuando nació, mi *chaw* (padre) y otros integrantes de mi familia fueron a los *mawida* (bosques) en busca de telas de araña para poner en mis manos y así asegurarse de que yo, a lo largo de mi vida, desarrollara una buena habilidad en el tejido.

Luego de esto, comprendí que para los mapuches cada elemento posee un *ngen* (espíritu) que les cuida, protege y da vida. A estos *ngen* se les debe dirigir con respeto antes de realizar cualquier acción, para que de esta manera no se genere ningún tipo de disgusto en ellos y así evitar provocarles algún daño. *Llalín kushe*, araña anciana, cuida y protege a las *ngerefe* (tejedoras mapuches).

Gracias a mi gran curiosidad y el conocimiento de mi *ñuke*, pude concluir que tejer no solo implica técnica; los diseños recopilan toda la cosmovisión mapuche y las *ngerefe* se encargan de depositar ese inmenso *kimün* (conocimiento) en sus tejidos. Por esto, es tan importante para nosotras el arte de tejer.

Paloma González Fonseca
14 años
Arauco
Tercer lugar regional



CÓMO NACIÓ EL PUEBLO MAPUCHE

Matías Quiriban Huentecura

En vacaciones fui a visitar al *lonko*¹⁴ Juan Silva, quien vive en la comunidad Paillanao en Lautaro, en la región de la Araucanía. Aunque tiene nombre y apellido *winka*¹⁵, él es mapuche. Al llegar a su ruca, nos sentamos a la orilla del fogón y nos empezó a contar una historia sobre el origen del pueblo mapuche.

Comenzó diciendo que, hace mucho tiempo la tierra venía de una energía del Wenefe, esta es una estrella muy luminosa del wenu *mapu*¹⁶, y cuando se creó este mundo no existían *che*¹⁷; el *wallontu mapu*¹⁸ era habitado solo por animales quienes se dividían por clanes y vivían en un territorio determinado. Incluso el *mawiza*¹⁹ tenía sus clanes y no se podía entrar sin pedir permiso. Todos hablaban el *mapu zungun*²⁰. Un día, en el clan de los *pangui*²¹, había un puma anciano llamado *Maripangui*²², más conocido como *Malle*²³, que tuvo un *pewma*²⁴ que quiso contar a toda su gente.

A la mañana siguiente, Maripangui comenzó a contar su *pewma*. Todos estaban reunidos; les mencionó que algo terrible se aproximaba, y significaría la extinción de todos los clanes. Quienes escucharon el anuncio, desesperados, fueron donde el *Tapillan* del Llaima, el gran dios del volcán, quien les dijo que todos los clanes serían castigados a menos que se hiciera un sacrificio. Esto,

¹⁴ Lonko: jefe de una comunidad mapuche (nota del editor).

¹⁵ Winka: extranjero, chileno en lengua mapudungun (nota del autor).

¹⁶ Wenu mapu: mundo de las alturas en lengua mapudungun (nota del autor).

¹⁷ Che: gente en lengua mapudungun (nota del autor).

¹⁸ Wallontu mapu: mundo mapuche en lengua mapudungun (nota del autor).

¹⁹ Mawiza: bosque, montaña en lengua mapudungun (nota del autor).

²⁰ Mapu zungun: habla de la tierra en lengua mapudungun (nota del autor).

²¹ Pangui: puma en lengua mapudungun (nota del autor).

²² Maripangui: diez pumas en lengua mapudungun (nota del autor).

²³ Malle: tío paterno en lengua mapudungun (nota del autor).

²⁴ Pewma: sueño en lengua mapudungun (nota del autor).



porque se estaba perdiendo la fe y la cultura del *mapu zungun*, y no se estaban haciendo los *gillatun*, las rogativas que la naturaleza necesitaba. Al escuchar eso, todos se ofrecieron para sacrificarse. Un puma joven dijo: “Yo me sacrifico”, y en ese momento Maripangui les dijo, que él se iba a sacrificar y que ellos, como los nuevos brotes, serían los gestores de un mundo nuevo.

Maripangui, al llegar al *pillan*²⁵ de donde se iba a lanzar, le habló a su gente diciéndoles que había tenido otro *pewma*. Les dijo: “Cuando nosotros dejemos de existir, porque mi sacrificio es para que vivan mil años más, va venir otro tipo de clan, y ellos caminarán en dos pies. Ellos se llamarán che y dentro de esa che, va a haber personas que hablarán el *mapu zungun*. Tendrán distintos roles: algunos serán *machi*²⁶, *wewpin*²⁷, *lonko*, *gillatufe*²⁸. Pero nosotros no vamos a morir eternamente, si no que vamos a vivir dentro de ellos”.

Así, los mapuches tomaron los nombres de sus antepasados como: Panguinao, Llanquilef, Wenulef, Marifilu, etc. Se dice que los mapuches tenían un solo nombre, y por cada hecho importante que sucedía, iban a otro lugar a recargarse de nuevas energías y volvían con dos.

Al terminar ese relato, me fui muy contento al saber que mi apellido y el apellido de mis *peñis*²⁹ guardan la historia de mis antepasados y siempre me sentiré orgulloso de ello.

Matías Quiriban Huentecura
12 años
Padre Las Casas
Primer lugar regional

²⁵ Pillan: espíritu en lengua mapudungun (nota del autor).

²⁶ Machi: curandera y encargada de ciertos rituales en la cultura tradicional del pueblo mapuche (nota del editor).

²⁷ Wewpin: historiador en lengua mapudungun (nota del autor).

²⁸ Gillatufe: orador en lengua mapudungun (nota del autor).

²⁹ Peñi: hermano, amigo o camarada en lengua mapudungun (nota del editor).



EL ZORRO QUE SE CONVIRTIÓ EN MACHI

Natalia Quiriban Neculqueo

Hace mucho tiempo, una familia de zorros que vivía en el *lof*³⁰ Dehuepille, fue a cazar gallinas al corral del vecino. Al día siguiente, uno de los zorros se enfermó y se sentía arrepentido de haber ido a cazar las gallinas del vecino.

Al anoecer, el zorro se fue a ver a la *machi*³¹ y ella le dijo que tenía un *pichikütran*, es decir, una enfermedad mapuche. La *machi* tenía el don de sanar cualquier enfermedad y le hizo un remedio, pero la enfermedad era muy fuerte y el zorro no se pudo sanar esta vez. Desesperado, decidió visitar al mejor machi de la comunidad de Dehuepille. Ese viejo machi era muy especial; la comunidad lo invitaba para las grandes celebraciones, como *gillatun*³² o *wetripantu*³³, que son las celebraciones comunitarias más importantes que reúnen a la gente. Él tenía gran poder y lograba convocar a mucha gente: ahí iban todos los hermanos, vecinos, tíos, y gente de otras comunidades. El sabio *machi* no encontró remedio para el zorro. Después de unos días de intensas rogativas, supo que el zorro solo se sanaría si aceptaba ser machi y hacer el bien para la comunidad. Los vecinos no estaban muy de acuerdo, pero luego aceptaron la decisión del sabio *machi*.

Así se inició la celebración del *niekurewen*, que es la ceremonia para consagrar a un nuevo machi. Gente de distintas comunidades fueron a apoyarlo en su proceso para convertirse en machi. Pasó un año y nadie iba a hacerse remedios con el zorro, porque era nuevo y no le tenían confianza, por la mala fama que tuvo

³⁰ Lof: forma básica de organización social del pueblo mapuche, consistente en un clan familiar (nota del editor).

³¹ Machi: curandera y encargada de ciertos rituales en la cultura tradicional del pueblo mapuche (nota del editor).

³² Gillatun: oratoria; ceremonia religiosa mapuche (nota del editor).

³³ Wetripantu: celebración del año nuevo mapuche (nota del editor).



en el pasado. El zorro aceptó su nuevo destino, pero se sentía muy triste, porque su nueva vida era aburrida. De repente llegó una señora que estaba enferma y le preguntó si la podía ayudar. El nuevo *machi* le dijo que sí, porque a él no llegaba ningún enfermo. La señora estaba muy grave; posiblemente tenía cáncer y se vino al campo, porque en el hospital no la podían ayudar con su enfermedad. El zorro le dio un remedio para curar su enfermedad. Lentamente, la señora se fue recuperando, hasta que logró completa sanidad. La señora estaba muy agradecida del machi zorro, porque ninguna otra *machi* se atrevió a ayudarla. Gracias a esa señora, el zorro ganó un prestigio que se difundió por los alrededores, y pudo surgir en la tarea de sanar a las personas.

Natalia Quiriban Neculqueo

12 años

Padre Las Casas

Segundo lugar regional



EL BOSQUE ENCANTADO

José Miguel Gallardo Sánchez

Había una vez, tres hermanos que vivían en una hermosa colina con su familia. A pocos kilómetros existía un bosque en el que habitaban distintos tipos de animales, acogidos por enredaderas de copihue, coligües y arrayanes. Cerca de la localidad habitaba un anciano que invitó a los tres hermanos a conocer el fascinante lugar. Durante la caminata, los pequeños se encontraron con charcos, pequeños montículos de tierra, rutas trazadas por caminos de conejos, que hacían más interesante explorar la zona.

Al llegar al bosque, el anfitrión que los recibió fue un hermoso pájaro carpintero, que construía su hogar en un roble alto y viejo. Al costado del mismo árbol, había una enredadera muy robusta y frondosa de cuyos brotes nacía una gran cantidad de copihues rojos, escenario perfecto, a su vez, para albergar a los pequeños y sensibles monitos del monte. Los colibrís trabajaban en armonía el uno con el otro, extrayendo el aromático y dulce néctar de cada una de las flores. Sus competidoras directas, las abejas, y los moscardones pardos gigantes, formaban una orquesta de sonidos a la par con el eco del bosque. Por otra parte, los chercanes, las tencas, las loicas, los tordos y el pitio cantaban sobre unos laureles. Al caer la tarde sobre los avellanos, el canto del zorzal, anunciaba que se acababa el día; mirando hacia lo alto, se veían los últimos rayos de luz que tocaban las copas de los árboles. En ese momento el anciano miró a los niños y vio el brillo de sus ojos; se transportó al pasado al recordar la primera vez que sintió el aroma y el aire que producía el mítico bosque que no estaba encantado. Solo era la sensación y el agrado de estar, sentir y vivir ...

José Miguel Gallardo Sánchez

8 años

Nueva Imperial

Tercer lugar regional



Región de Los Ríos

LA LLORONA DE PELLINADA

Natalia Alexia Becerra Aburto

En un fundo, cercano a la actual comuna de Futrono, poco conocido y no muy habitado, existe la leyenda de La Llorona. Algunos habitantes dicen haber escuchado el desgarrador y desconsolado llanto de una mujer.

Cuentan los habitantes que antes de que se construyeran las casas, todo aquel sitio estaba lleno de un árbol muy conocido llamado pellín; por eso, más adelante fue llamado Pellinada, en honor a este árbol.

En esos tiempos, era muy común que las mujeres dieran a luz en las casas y eso ocurrió: una señora joven estaba esperando a su bebé y estos terrenos cubiertos de pellín no estaban muy lejos de su cabaña. Entró en labor de parto y nació un niño. La partera, interesada en el bebé, le dijo a la joven madre que durmiera, mientras ella lo cuidaba y accedió, sin pensar que esto sería un error muy grave. Cuando despertó no encontró ni a la mujer ni a su hijo. La buscó con la esperanza de encontrar a su pequeño, pero al darse cuenta de que la mujer no aparecería, cedió a la tristeza, dejando así que el dolor de la pérdida de su hijo la consumiera.

Poco después, la pobre mujer murió de nostalgia al percatarse de que su niño jamás volvería. Las personas cuentan que, al caer una noche de tormenta, se escuchan los llantos desgarradores de la joven madre en busca de su hijo perdido; muchos dicen haberla escuchado.



¡Pero no la sigas! ¡No sigas el llanto de aquella mujer! Si te acercas, su llanto se aleja y tan solo descubrirás el verdadero miedo, ya que muchos niños han desaparecido por seguir aquellos lamentos.

Es por eso que, en el fundo de la Pellinada, cada vez que se sabe que habrá noche de tormenta, los adultos resguardan rápidamente a sus hijos, por el profundo miedo que le tienen a La Llorona de Pellinada.

Natalia Alexia Becerra Aburto
14 años
Futrono
Primer lugar regional



LA CHONCHONA

Martín Alejandro García Irribarra

Dicen que la *chonchona* es un pájaro invisible que da mala suerte. Dicen que grita cuando pasa al lado tuyo. Dicen también, que es una bruja o brujo al que le gusta esconderse. Tiene una cabeza humana y sus orejas son alas.

Si la oyes, invítala a tomar té; de seguro llegará a tu casa con forma de cualquier persona y debes cumplir con la invitación. Y si alguien sospechoso llega a tu casa y quieres saber si es un brujo, debes poner una tijera sobre su silla, porque cuando se siente no se podrá parar, hasta que confiese sus brujerías y te pedirá que quites la tijera. Quizás, cuando la invites ya dejarás de verla.

Cuentan que en un lugar llamado Puerto Ulloa, comuna de La Unión, vivía un hombre llamado René. Tenía muchos animales; la mayoría eran vacas. Era la persona con más vacas de ese lugar. Su campo era hermoso, con vista al río Bueno. Don René era pelado, ojos cafés, arrugado y bajito; siempre se le veía andar a caballo recorriendo su campo.

Al otro lado del camino, vivía una señora llamada Juana, era muy extraña; en la puerta de su casa tenía colgada una cabeza de perro. A René le parecía muy rara esa casa.

Un día, como todos, René se levantó a tomar desayuno y a ensillar su caballo para sacar a sus animales, pero se encontró con algo trágico: todo su ganado estaba muerto.



René llamó de inmediato a los carabineros junto a un veterinario, para registrar el caso. El veterinario no encontró nada. Conversando con su señora, esta le comentó sobre lo que decían de la vecina, que era bruja, por lo que ella podría ser la responsable de la muerte de su ganado, ya que Juana estaba obsesionada por esas tierras y quería espantarlos de ahí.

Al principio, no le puso atención, pero después recordó que pocos días antes se oía un pájaro gritar con un sonido aterrador; recordó entonces una historia sobre un pájaro llamado Tue Tue, mejor conocido, como la *chonchona*.

Fue donde la *machi*³⁴ del lugar, una mujer muy sabia, a preguntarle sobre cómo podría resolver el problema o deshacerse de la bruja. La *machi* le aconsejó que la invitara a su humilde morada y que pusiera una tijera abierta sobre la silla; ella se quedaría pegada hasta que dijera sus brujerías y antes de poder irse, le pediría que quite la tijera.

“También hay una forma de matarla”, dijo. “Cuando pase sobre su casa, clave un cuchillo sobre la mesa y no lo suelte. Repito: no lo suelte. Así podrá acabar con su pesadilla”.

René volvió a su casa cuando sintió pasos sobre el techo. Sabía que era la *chonchona*, así que, recordando lo que la *machi* le había recomendado, clavó el cuchillo tan fuerte sobre la mesa, que se cortó la mano, pero no lo soltó. Escuchó un gran golpe sobre el techo y una quejadera de mucho dolor. Pasaron unos 5 minutos y ya no se escuchaba nada, René dijo:

—Creo que ha terminado, por fin.

³⁴ Machi: curandera y encargada de ciertos rituales en la cultura tradicional del pueblo mapuche (nota del editor).

Soltó el cuchillo y llamó a su mujer para que curara su mano.

Al otro día, desde lejos observó la casa de la vecina, pero no se escuchaba nada. Todo había acabado, ya no molestaría más. René revisó el techo de su casa para ver a la bruja. Se sorprendió al encontrarla; tenía un aspecto diabólico: la cara de un humano, sus orejas eran alas, era horrenda.

René la tomó con una manta y la fue a tirar al río. Ya aliviado, se dirigió a su morada para seguir con su vida cotidiana. Al cabo de unos meses, ya había recuperado la mitad de su ganado. Pudo al fin, vivir tranquilo y seguro el resto de su vida.

Martín Alejandro García Iribarra
12 años
La Unión
Segundo lugar regional



LOS NIÑOS Y EL PUMA JACK

Damián Andrés Díaz Oyarzo

Esta es la historia de dos primos muy unidos que vivían en un campo lejano de la ciudad. Ellos acostumbraban a salir a jugar en los alrededores de sus casas, ya que sus padres siempre les decían que no fueran lejos, porque en ese lugar había mucha presencia de pumas. Estos dos primos siempre hacían caso de lo que decían sus padres, pero un día algo les llamó la atención: escucharon un sonido extraño y quisieron averiguar de qué se trataba. Sin pedir permiso a sus padres, fueron hacia donde escucharon el sonido. Caminaron unos 30 minutos, pero no lograron dar con el origen del ruido. De pronto, escucharon que sus madres les estaban gritando para que se entraran, ya que se había hecho tarde. Decidieron guardar el secreto y no contar nada a nadie, porque ellos querían descubrir primero de qué se trataba, les gustaba ser exploradores.

Pasaron los días y los niños no habían vuelto a escuchar aquel ruido. Pensaron que, tal vez, había sido un animalito que ya se había ido, pero cuando estaban jugando de lo más entretenidos, volvieron a escuchar ese sonido extraño. Se miraron los dos y el menor de ellos, le dijo al otro:

—¿Vamos a ver si pillamos al animalito? Tal vez puede estar herido.

A lo cual su primo contestó:

—Vamos, pero que nuestras madres no se den cuenta, porque nos van a retar.

Estos dos niños se fueron muy entusiasmados con la idea de encontrar al animalito herido para sanarlo y no se dieron cuenta cuando se habían alejado

mucho de sus casas. Sus padres comenzaron a llamarlos y se desesperaron al ver que los niños no estaban donde jugaban siempre, entonces iniciaron una gran búsqueda en medio del bosque.

Ya casi era de noche y los niños seguían buscando al animal herido, sin darse cuenta de dónde estaban ni de la hora que era. De pronto, encontraron lo que buscaban: era un cachorro de puma, estaba solo y muy herido atrapado entre las ramas de un árbol y unos alambres. El pobre cachorro, ya no tenía comida ni agua y se estaba muriendo. Los niños decidieron que había que ayudarlo y, a pesar de ser solo unos niños, de no más de ocho años, quitaron todas las ramas del árbol sobre el cachorro, aún sin darse cuenta de que ya era de noche; ellos solo querían ayudar al pobre cachorro.

Mientras tanto, los padres seguían buscando a sus hijos desesperados, porque sabían los peligros a los que estaban expuestos sus niños. De pronto, escucharon voces que pedían ayuda; eran sus hijos que habían visto luces de antorchas a lo lejos y querían ayuda para terminar de liberar al cachorro. Los padres se apresuraron y en el momento en que lograron llegar donde estaban los niños, se dieron cuenta de la situación. Aterrados, pidieron a sus hijos alejarse del cachorro y de ese lugar, pero ellos querían salvar a su nuevo amiguito el puma. Los padres comprendieron que había que hacer algo y le quitaron los alambres de las patas al puma y al fin lograron liberarlo. Llevaron al cachorro a sus casas y lo dejaron en un galpón con una cama de paja. Decidieron llamarlo Jack y le sanaron las heridas. Al pasar unos días, aquel cachorro se levantó y rujió “roar”. En ese momento, descubrieron que ya estaba bien; estaban todos muy contentos. Pero luego, escucharon un rugido más fuerte “ROAR”. Vieron por una ventana que estaba cerca de la puerta, un puma, pero mucho más grande, y descubrieron que era la mamá del cachorro: venía a buscar a su hijo. Todos quedaron muy

aterrados, porque la mamá del cachorro estaba muy molesta y comenzó a dar vueltas por fuera de la casa rugiendo cada vez más fuerte, hasta que se lanzó por una ventana del galpón, lugar donde tenían al cachorro. Los niños, que habían sido quienes salvaron al cachorro, lo llevaron hacia la entrada y lo abrazaron muy fuerte y le pidieron que le dijera a su mamá, que no les hiciera daño. El cachorrito salió muy contento a encontrarse con su mami; ella lo olió, le pasó la lengua y luego, se fueron felices los dos.

Los niños y sus padres quedaron contentos de ver que su amigo Jack, el cachorro, se había recuperado muy bien y podría vivir por muchos años más. No lo volvieron a ver durante un largo tiempo hasta que un día, cuando estos niños aventureros andaban buscando sus ovejas, se encontraron con un agresivo puma hambriento que quiso atacarlos. Estaban muy asustados, pero llegó otro puma grande y fuerte que los ayudó y defendió de aquel puma hambriento. Entonces, los niños supieron que se trataba de su amigo Jack.

Damián Andrés Díaz Oyarzo
7 años
Corral

Tercer lugar regional



MARGARITA, LA NIÑA DEL BOSQUE

Vicente León Naour Cheuquepil

Hace tiempo atrás, había una niña de edad pequeñita y de corazón muy grande y noble, que vivía junto a sus padres en una pequeña casa en las profundidades de un bosque en Llicaldad. Esa niña era muy especial; su madre lo sabía y le entregaba cariño y protección haciendo las veces de papá y mamá. Su papá era leñador y cuando llegaba, no mostraba ningún interés en ella.

La pequeña se llamaba Margarita, tenía seis años, era pequeñita y débil, de piel morena y con unos grandes ojos. Era tímida y callada, y le gustaba escuchar los cuentos que su madre contaba. Cuando se adentraba en el bosque su actitud cambiaba, se imaginaba hablando con los voigues, lumas y boquis, chucaos, monitos del monte y ranitas de Darwin; era en esos momentos en que se sentía feliz. Su madre pensaba que no era lo más correcto para una niña, ya que no jugaba con otros niños de su edad por vivir en la montaña.

Cuando Margarita tenía diez años, su padre no volvió junto a su madre y empezaron a vivir de lo que el bosque les entregaba. Comenzaron a hacer canastos de ñocha³⁵, fuentes de boqui y otras cositas muy lindas en quilineja³⁶.

Al cabo de un tiempo, la mamá vio cómo su hija hablaba con unos chucaos y pensó que se había vuelto loca... eso la entristeció. Sin embargo, al rato vio cómo estos pajaritos le traían semillas y frutos, que ella le había pedido a su hija y se dio cuenta, que era un ser muy especial, un regalo de la madre naturaleza.

Años más tarde, su madre dejó de existir. Desde ese día, Margarita se puso muy triste y al mismo tiempo el bosque moría, el río desaparecía, los árboles y plantas se secaban y los animales huían hacia otro lugar donde poder vivir.

³⁵ Ñocha: planta con las fibras muy resistentes, que se emplean para hacer canastas, sombreros y otros objetos (nota del editor).

³⁶ Quilineja: planta trepadora con cuyos tallos se confeccionaban canastos y escobas (nota del editor).



Margarita se puso débil y se consumía con el paso del tiempo. Pero entonces, una ranita de Darwin se le acercó y le dijo:

—Mi chica bonita, entiendo que estés triste, olvidaste la razón por la cual viniste aquí, a este bosque tan bonito del que ya no queda nada. Perdiste a tu ser más querido, pero si tú nos abandonas, todo el bosque que te ama desaparecerá contigo. Somos felices, porque eres el ser humano más bondadoso y generoso de todo el planeta y tenemos la suerte de que estés a nuestro lado.

La joven, al oír estas palabras de la ranita de Darwin, se dio cuenta de que se había olvidado de los demás seres a los que amaba y por los que era correspondida. Margarita se puso a llorar sin parar, y de esas lágrimas que brotaban de sus ojos y corrían por sus mejillas, empezó a surgir un mágico río que cruzó todo el bosque. Al mismo tiempo, que este se iba formando, los árboles y plantas que ya estaban a punto de secarse empezaron otra vez a renacer como en primavera. Los animales comenzaron a llegar en el preciso momento en que la joven levantó su mirada y vio como todos ellos se reunían a su alrededor para darle las gracias.

Entonces, Margarita se acercó a la ranita y dijo:

—Gracias, pequeña amiga, por devolverme a la vida. Dejé de pensar en los demás por un momento para pensar en mí. Tú hiciste que me diera cuenta de lo necesaria que soy para todos los que habitan en este maravilloso bosque y eso me hace inmensamente feliz.

Este cuento te dice un secreto: ese río existe hasta el día de hoy y se transformó en la casa del camahueto³⁷, pero esa historia te la contaré después.

Vicente León Naour Cheuquepil
12 años
Castro

Segundo lugar regional

³⁷ Camahueto: animal fantástico presente en la mitología chilota (nota del editor).



VIAJE A OTRA ISLA

Boris Hollstein Cárdenas

En la lejana isla de Chiloé vivían dos hermanos; él se llamaba Felipe y ella Constanza. Eran muy buenos y, además, siempre ayudaban a sus padres.

Un día, fueron a pescar al muelle de las Almas. Con una gran cantidad de peces decidieron volver a casa. En medio del trayecto, se vino una gran tempestad que azotó al barquito en el que navegaban. ¡Estaban asustados! Constanza gritaba. De repente vio, en la lejanía, una gran piedra que era enorme, llena de diamantes y oro.

—Es la piedra bruja —dijo Felipe, y le pidió que no la tocara.

En ese instante Constanza tocó uno de los diamantes y provocó que unas manos gigantes salieran del agua tomando al barco y sumergiéndolo. Los dos hermanos se desmayaron, la tempestad se había calmado...

El primero en despertar fue Felipe, y lo primero que vio fue el cielo con un color violeta inusual. Al fijarse detenidamente, se dio cuenta de que estaba en una playa junto a su hermana y el barco destruido. Felipe decidió despertar a su hermana. Cuando ella abrió sus ojos empezó a llorar; no podía creer lo que estaba sucediendo. Cuando se calmó, hizo unos cálculos en la arena y rápidamente dedujo que podían estar en un universo alterno. Frente a este escenario, decidieron buscar materiales para construir otra embarcación y navegar al punto de inicio, para volver a su realidad y regresar a casa antes de la cena.

Ya en la tarde, Felipe se preparaba para ir a buscar leña y provisiones, pero notó que algo los estaba mirando. De pronto, un rugido ensordecedor salió de en medio de los árboles. Era una enorme criatura, con forma de gallo y características de serpiente.

—¡Cuidado hermano! —gritó Constanza—; es un basilisco³⁸. ¡Corre y no lo mires a los ojos o te matará!

Entonces su hermano, tomó una estaca y la lanzó a la criatura. Le atravesó el ojo y posteriormente su cerebro, matándole al instante.

Dándose cuenta de que ese mundo estaba poblado de los seres mitológicos de su isla, en la noche Constanza se aventuró en la playa y en la orilla divisó un cuero. Como era curiosa, lo encontró bonito y lo tomó. Pero sucedió algo extraño: el cuero empezó a apretarle su brazo y tomó la forma de mantarraya con unas espinas en los bordes. Sus ojos eran alargados, se levantó y se enrolló en el cuerpo de Constanza. En ese momento, un joven apuesto salió al encuentro del monstruo acuático y le arrancó los dos ojos de la bestia. Después tomó un hacha, cortándole el cuello. La niña, sorprendida, agradeció al joven que se transformó en una criatura horrenda, pequeña y con cara de ogro; ¡era el Trauco!³⁹, y la raptó.

Felipe, volviendo de sus tareas se percató que su hermana no estaba. Fue a buscarla, pero era inútil, entonces pensó en lo peor. Desde ese lugar, lloró toda la noche y parte de la mañana; al mediodía empezó a caminar sin rumbo por

³⁸ Basilisco; criatura mitológica. Animal imaginario que se representaba con cuerpo de serpiente, patas de ave y alas espinosas y al que se le atribuía el poder de matar con la vista (nota del editor).

³⁹ Trauco; criatura de la mitología chilota (nota del editor).

la playa hasta que encontró a un grupo de cinco personas y una de ellas se le acercó. Era una joven mujer cuyo cuerpo estaba lleno de algas.

—Soy la Pincoya⁴⁰ —dijo ella—; ¿qué haces aquí, mortal?

El joven le dijo que estaba buscando a su hermana. La Pincoya le respondió que si su hermana no estaba muerta, lo estaría muy pronto. Felipe empezó a correr y llegó a un bosque.

En la casona del Trauco, Constanza estaba amarrada. Aquel lugar era húmedo y oscuro, y ella tenía la esperanza de que su hermano la rescataría. En el bosque, Felipe se percató de que alguien lo seguía. Llegó a un pantano, tomó una pequeña barcaza, y lo empezó a atravesar. Pero de pronto, algo salió de las turbias aguas: era un enorme cerdo con cuerpo de serpiente marina. Entonces saltó de la barcaza y empezó a nadar. Pero, una lanza hecha de agua atravesó al cerdo cortándole la cabeza; era la Pincoya que había venido a rescatarle. Cuando llegaron a la otra orilla, lo besó en sus tiernos labios de mortal y después ella dijo que sentía el dolor telepático de su hermana y que tenían que darse prisa. En una pradera que cruzaron, encontraron un camahueto⁴¹, y al montarlo, la bestia sabía perfectamente hacia dónde tenía que ir. Llegaron a un enorme acantilado y en su base había un collar verde; la Pincoya le pidió que lo sacase y él, obediente, lo hizo y se lo colgó. Entonces, la tierra se estremeció y ella le entregó otro collar de color azul. En ese momento, el mar rugió, pero se calmó rápidamente y

⁴⁰ Pincoya: criatura marina de la mitología de Chiloé (nota del editor).

⁴¹ Camahueto: animal fantástico presente en la mitología chilota con aspecto de ternero, cuya característica principal es que posee un cuerno dorado en la frente (nota del editor).

siguieron su marcha. Llegaron a un estrecho en donde se encontraron con cuatro lagos y cuatro caminos, y de esos lagos surgieron cuatro ballenas espirituales que les indicaron el camino correcto.

En la entrada de un antiguo fuerte, se les apareció el legendario caballero de lata que le exigió a Felipe un duelo para dejarlo pasar. El joven aceptó. La lucha fue muy intensa y él fue el vencedor.

Siguieron su camino y pasaron por un bosque seco en donde se les presentó la Voladora⁴² quien les exigió que le entregasen al mortal o no les dejaría pasar. Pero, en un instante, la Pincoya empezó a pelear con esta criatura y, con su hermosa femineidad, derrotó a la bruja.

De ese espantoso bosque, apareció un enorme gigante con una pierna hacia atrás; los estaba esperando, pero la Pincoya sacó un hacha que encontró en la playa y se la lanzó al Invunche⁴³, y con eso lo derrotaron. La Pincoya le advirtió a Felipe que el aliento del Trauco podía matar así que tenían que tener mucho cuidado. Comúnmente se decía que era “conectar vida”, entonces ella se sonrojó, y dijo que era una cosa que se debía hacer en caso de muerte no deseada, así la vida que creaban se la traspasaría a otro ser y que de esa forma volvería a vivir.

Más adelante se encontraron con muchos chonchones y al verlos las criaturas empezaron a decir: “Tue Tue”. El lugar era muy sombrío, húmedo y oscuro, y de repente encontraron a Constanza. Entonces, Felipe luchó con esta criatura,

⁴² Voladora: personaje mitológico de la cultura chilota, cuya misión es servir de mensajero (nota del editor).

⁴³ Invunche: ser de la mitología mapuche y chilota, cuya traducción es hombre pequeño (nota del editor).

clavándole el hacha en su pecho. El Trauco dio su aliento de muerte a Constanza matándola instantáneamente y se convirtió en tronco de árbol.

Al ver el cuerpo de su hermana, Felipe lloró, pero la Pincoya lo consoló y decidieron “conectar vida” para revivir a la hermana. Al otro día, Constanza despertó como si no hubiera pasado nada. Los hermanos se reencontraron y se abrazaron. Durante el día platicaron sobre lo sucedido y empezaron a planear cómo volver. La Pincoya los ayudó junto con su padre el Millalobo⁴⁴. Unos días después, la Pincoya y Felipe se hicieron novios y ella le pidió que apretase las perlas de sus collares. De pronto, emergió del mar un volcán con dos enormes serpientes: Ten-ten y Cai-Cai Vilú, que los ayudaron a mover su bote con ayuda de caballos marinos y con los pescadores del Caleuche, hacia la zona de la piedra bruja. Los tres integrantes del barquito la tocaron sucediendo lo mismo que en el principio, y despertaron en la playa de su casa, donde los dos jóvenes y una princesa marina vivieron felices para siempre.

Boris Hollstein Cárdenas
13 años
Dalcahue
Tercer lugar regional

⁴⁴ Millalobo: es el ser más importante de los mares, según la mitología chilota, cuya traducción es lobo de oro. El aspecto de su cuerpo se divide entre el de un ser humano y el de un lobo marino (nota del editor).



LA TAZA DE CAFÉ

Catalina Nahuin

Estaba alimentando a las gallinas en el patio, cuando escuché a mi mamá levantarse de la mesa del comedor, en donde estaba tomando una taza de café, como era habitual. Mi mamá nunca tomaba mate; no es que no le gustara, sino que prefería por lejos el café. A menudo, la gente de campo toma mate, pero mi mamá era distinta en ese aspecto.

Mi madre se levantó para abrir la puerta. Era un hombre mayor, el cual estaba con ropa gris y vieja, acompañado de un gorro amarillo algo desteñido; era canoso y tenía barba. Parecía un brujo. Fui hacia adentro de la casa con curiosidad; nunca había visto a ese hombre, y mi mamá no era de hablar mucho con personas a no ser que fueran familiares o conocidos. Este era un desconocido, totalmente. Cuando entró, me coloqué detrás de mi madre y vi cómo el hombre miraba la hierba mate que estaba encima de la mesa. El extraño me dedicó una pequeña sonrisa como forma de saludo, actuaba muy amable.

Mi mamá lo miraba de arriba a abajo con suma desconfianza; el hombre se sacó el gorro de lana y se lo puso en el pecho agachando la cabeza como si estuviera buscando las palabras para después volver a mirar a mi madre.

—Hola señora; quería saber si le gustaría que le ayude con la leña.

Mi mamá alzó una ceja, dando a entender que no le gustaba mucho la idea.

—No, lo puedo hacer yo, gracias. No quiero pagar por algo que puedo hacer.

Puede irse —dijo cortante, como era de esperarse.

—¡Es gratis!, no quiero plata, señora —le explicó con un tono amable.

—¿Ah? ¿Es en serio?

—¡Claro que sí!

—Bueno, como quiera.

El hombre salió al patio, se fue a la bodega en donde estaba la leña y con el hacha empezó a picarla. Mientras él trabajaba, mi mamá se hizo otra taza de café, ya que ella tomaba mucho. Yo, para pasar el rato, me quedé en la mesa comiendo uno de los panes que se encontraban encima.

Fui hacia afuera para ver al hombre, y él seguía trabajando. No parecía muy cansado, aunque ya habían pasado dos horas desde que había empezado. Realmente era mucha leña, no entiendo aún por qué no pidió dinero. Volví a la casa y vi a mamá mirando al hombre por la ventana; lo más seguro es que lo haya estado vigilando para que no se robara ningún animal. Mi mamá no confiaba en las personas.

El hombre había terminado, sonrió y dio un gran suspiro, se acercó a una ventana de la casa y dio unos golpecitos para que mi mamá la abriera, a lo que ella atendió.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre, con un tono seco.

—¿Me puedo tomar un mate?, cuando entré me fijé en que encima de su mesa tenía hierba —preguntó con una sonrisa amable en su viejo rostro.

Mi mamá se enojó al escuchar eso; golpeó la mejilla del hombre violentamente, haciendo que el extraño diera un paso atrás.

—¡Yo no le daré nada! ¡Absolutamente nada! ¿¡Piensa que por picarme unos cuantos palos le voy a dar algo!? ¡Usted mismo dijo que esto era gratis! ¡Lárguese de acá!

Miré la escena desde lejos, sintiendo pena por el pobre viejo. No era más que un campesino, o eso creía, hasta ese entonces.

—¡Maldita! ¡Usted me las pagará! ¡La maldigo, la maldigo! ¡Se va a arrepentir! ¡La maldigo, la maldigo, la maldigo! ¡Usted pagará! ¡Se va a morir de tanto café! ¡Dígale adiós a su corazón tan malagradecido! ¡Yo la maldigo!

El extraño se fue sin decir ni una sola palabra más. Mi mamá solo suspiró con pesadez y volvió a tomar café, para calmarse. Mientras tanto, yo me fui a jugar con las gallinas.

Pasaron dos semanas, mi madre fue al hospital por un malestar repentino y le descubrieron problemas graves en su corazón. Finalmente, ella murió al poco tiempo, y en su lecho de muerte recordó las palabras de ese extraño hombre, dudando de su real procedencia. Estaba segura de que era un brujo, que puso a prueba su bondad. Lamentablemente, ella no supo reaccionar bien. Antes de morir, se tomó su último café.

Catalina Nahuin
13 años
Castro

Mención especial del jurado



EL DÍA EN QUE EL SOL SE OCULTÓ

Laura Katuska Bracho Cárcamo

Cuenta mi papá, que su abuela le contó, cómo una vez el día se oscureció. Los gatos, los perros y las gallinas se reunieron y se pusieron a dormir, así como todos los demás animales que andaban en la isla donde vivían.

De pronto, se hizo de noche. Ellos se extrañaron, porque era temprano aún. Escucharon ruidos y sombras de seres que se movían asustados. Buscaron sus mascotas y estaban durmiendo. Vieron unas pequeñas sombras que se movían rápidamente, eran ratones. Desde lo alto, se oyó un murmullo: “uuuuuhhhh”. Y desde un árbol descendió una sombra silenciosa que se llevó a un ratón. Era un búho que despertaba con hambre; los demás ratones huyeron a sus escondites. Una gaviota perdida gritaba a lo lejos, mientras que un lobo bramaba reuniendo a su manada.

Los niños se juntaban junto al fuego, asustados, mientras escuchaban a sus abuelos que rezaban y quemaban semillas en las brasas, pidiendo que las sombras se alejaran.

Después de un rato, que pareció eterno, empezó a aclarar y volvió la luz natural, salieron al patio de su casa mientras veían aparecer a sus mascotas, todos celebrando el regreso del día.

Las mamás les explicaron, que se trataba de un eclipse de sol, y las oraciones de los ancianos hacían alejarse a las tinieblas para que sus hijos, los animales y las plantas, volvieran a gozar de la luz del padre sol.

Laura Katuska Bracho Cárcamo

9 años

Cisnes

Primer lugar regional



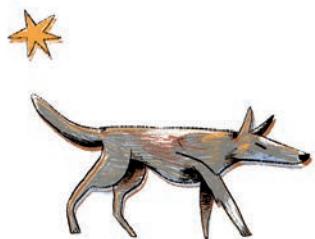
LA AVENTURA DE MI ABUELO

Jesús Manuel Águila Díaz

Cuenta mi abuelo Luis, que cuando era niño le ocurrió algo muy extraño y que no puede olvidar. Él vivía con sus padres en un campamento de pescadores de merluza, en una pequeña bahía que hoy es puerto Gaviota, formada por ranchos de nylon, en los que habitaban las familias.

Andaban por el bosque, cerca de la playa buscando leña, pero cuando quisieron volver al campamento, el bote estaba varado, en seco, y no lo podían mover. Entonces, su padre le dijo que fuera por la orilla del mar hasta el poblado y pidiera ayuda. Cuando iba por los roqueríos le pareció escuchar voces y, de pronto, se encontró ante una caverna que había en las rocas frente al mar. Trató de subir, pero se resbalaba, pues la roca era alta y lisa. Gritó mucho, pero nadie lo escuchó. Vio a su perro que lo había seguido. Subió de nuevo y se cayó, se golpeó la cabeza muy fuerte; quedó inconsciente, su perro estaba junto a él.

Durante el tiempo que estuvo como dormido, dice que tuvo un sueño: vio a una familia que estaba en la cueva, junto a una fogata, y varios niños comían pescado que ponían al fuego con unas varillas. También había una anciana acostada en pieles de lobo, parecía enferma. La familia se levantó y se fue. Llevaron el fuego sobre una roca plana, se subieron en una pequeña embarcación y se perdieron por la orilla de la isla; la anciana dormida quedó en el lugar.



En ese momento, sintió los ladridos de su perro y despertó; no había nadie a su alrededor. La marea estaba muy baja, salió corriendo por la orilla del mar, llamó a su perro que estaba comiendo un trozo de pescado. A lo lejos, vio un bote que pasaba, les gritó y fueron a ayudar a su padre. Luego, regresaron juntos a su rancho.

Tiempo después, escuchó unos relatos de antiguos navegantes que contaban de restos chonos hallados en las cuevas de los roqueríos, las que usaban como sepulturas para sus muertos.

Jesús Manuel Águila Díaz
10 años
Cisnes
Segundo lugar regional



LA LAGUNA VERDE OSCURO

Lucía Estela Arregui Contreras

Tiempo atrás, cuando nos mudamos a Aysén, al campo de mi bisabuela, vi una hermosa laguna verde camino al pueblo. Lo más curioso es que mis hermanos también miraban por la ventana y me pareció que no vieron nada. No le di mucha importancia, ya que pronto llegamos a la casa de mi bisabuela, y al ver a los animales y conocer el campo, se me olvidó. A la noche siguiente, cuando estábamos tomando once sentados a la mesa, mi bisabuela empezó a contar una historia:

Tiempo atrás, cuando se podría decir que el mundo era más tranquilo, ya que no había todo lo que hay ahora, ya saben, cuando no había tanta contaminación y tantos problemas por aquello, había una hermosa chica llamada Intú. Ella, todos los días al anochecer salía a escondidas de su casa para ir a un campito oculto en la vegetación de la Patagonia. El campito era pequeño pero tranquilo y por eso le gustaba tanto a Intú, ya que cuando estaba triste razonaba con los animales. Intú siempre anhelaba que en el campo hubiera una laguna para que los animales sintieran la frescura de las aguas. Un día como cualquiera, Intú fue al campo, pero al llegar vio que todo había cambiado, ya que en el campo varios animales no despertaban. La joven, tan triste, se quedó con los animales toda la noche. Ocurrió que a la joven le sobrevino un gran resfriado, tan fuerte que la joven falleció. Tiempo después, hubo un diluvio que cubrió casi todo el campo. Luego, se



empezó a formar una pequeña charca. Se dice que los animales recordaban todos los días a la joven y que esa charca se convirtió en una laguna que poco a poco fue tomando el color de los ojos de Intú, los cuales eran verde oscuro. Se dice que si ves la laguna te podría dar buena suerte o que te cambia el corazón por su bello color.

Esa noche no dormí pensando en aquello. Todas las noches, al despertarme, pienso que ella arriesgó su vida por los animales, y también que si veo esa laguna me dará buena suerte o me cambiará el corazón.

Lucía Estela Arregui Contreras

9 años

Aysén

Tercer lugar regional





MI SUEÑO

Laura Sofía Álvarez Díaz

Había sido un día agotador. Estaba volviendo a mi casa desde la escuela a las 18:30 horas, y ya estaba oscuro; se estaba asomando la hermosa luna llena y ya se divisaban algunas estrellas en el cielo. Cuando al fin estaba afuera de mi casa, miré hacia la pampa, cuyos hermosos colores no se ven de noche. A lo lejos, se veía una gran fogata, y por la luz que entregaba, se podía ver el humo que llegaba hasta el cielo estrellado. Me relajé y entré a casa.

Ya acostada, a punto de dormirme, vino a mi mente la gran fogata que había visto antes y me dormí pensando en eso... Comencé a sentir el frío pasando por mi cuerpo; trato de taparme de nuevo pero lo único que siento es pasto, un pasto helado y mojado. Abro mis ojos y lo que veo son árboles tan altos que llegan al cielo pintado de los colores que produce el inmenso sol que estaba a punto de esconderse. Era un hermoso atardecer magallánico. Me paro del suelo mojado y miro para los lados, para ver si encuentro alguna casa cerca, pero lo único que veo son unas bellas matas llenas de calafates que están listos para ser devorados. Saqué uno y lo comí, estaba dulce, pero a la vez ácido, era delicioso. Escuché un ruido, eran niños jugando.

«Debo estar cerca de un parque o algo así», me dije a mi misma.

Seguí el ruido y eso me llevó a una ruca. ¡No lo creía! Había muchas rucas, estaba en una tribu selk'nam. ¡Era imposible! Estas tribus se extinguieron hace mucho tiempo y no entendía cómo llegué a encontrar una. Me quedé detrás de un árbol, observando todo lo que siempre quise conocer; había niños corriendo,

mujeres trabajando y los hombres armando chozas. Me acerqué hacia una y entré. Nadie me vio. Vi las hermosas cosas que ellos creaban, había pieles de guanacos y mucha comida. Me dio hambre, tomé un puñado de calafates y salí de la choza. Los calafates estaban deliciosos. Afuera ya era casi de noche, la luna estaba saliendo y era de color amarilla y se veía más hermosa de lo normal.

Las personas empezaron a entrar a sus chozas, menos un joven junto a una mujer. Se veía como su madre. «Ambos se me hacían conocidos», pensé por un momento; además, los acompañaba un hombre que por su ropa se podría decir que era el jefe de la tribu. Él joven se despidió de la mujer y este se fue con el jefe hacia otra choza al interior de la cual se veía desde lejos una hermosa fogata. Se hizo de noche y las estrellas se veían hermosas en el cielo.

Seguí al jefe y al joven, entramos a la choza y el calor era acogedor. El jefe empezó a hablar, misteriosamente les entendí:

—Khami, ¿estás listo para tu iniciación para convertirte en hombre?

—Sí, jefe. Estoy listo.

Recién ahí noté que estaba presenciando la ceremonia del Hain, la ceremonia donde los jóvenes se vuelven hombres después de pasar la gran prueba. El jefe empezó a cantar frases extrañas que yo no entendía; era como si estuviera haciendo un rito para invocar o lograr un objetivo extraño. El jefe terminó el rito y empezó a hablar normalmente otra vez e indicó lo siguiente:

—Está listo, Khami; ahora me tendré que ir, desde ahora estás solo.

—Está bien —dijo el joven un poco asustado.

Yo quería ayudarlo, entonces le hablé:

—Tranquilo, todo estará bien, no te pasará nada —le dije susurrando.

Él me miró o eso es lo que yo pensé. A través de sus ojos negros, como los míos, pude sentir el miedo que se hallaba en su interior; se me puso la piel de gallina. El miedo era por algo que estaba detrás de mí. Me giré y pude ver algo que me aterró, eran los espíritus selk'nam: estaba Kotaik, Tanu, Ulen, Koshmenk y Short, que detrás de los árboles nos acechaban. Se empezaron a acercar y yo no me podía mover, el miedo me tenía paralizada. Miré para atrás y Khami estaba aterrado; volví a girar y me encontré con la cara de Kotaik al frente mío, eso me dejó pálida y sin aliento. Los espíritus entraron en la choza; se escuchó a Khami hablar con mucho miedo:

—El fuego da el poder a los espíritus, los espíritus protegen al selk'nam —dijo aterrado.

Eso lo repitió muchas veces, pero los espíritus no se alejaban. Yo quería ayudar a Khami, pero mi cuerpo no se movió del sitio donde estaba, solo me quedaba ver de lejos lo que le ocurría. De la nada, el fuego creció y todo a su alrededor se esfumó como si nunca hubiera existido. El fuego trató de llegar hasta donde yo estaba, pero yo solo podía cerrar mis ojos y esperar que el fuego no me llevara.

Cuando sentí que todo estaba en calma abrí los ojos y me encontré otra vez en mi cama; estaba sudando, todo había sido un sueño. Me bajé de la cama, fui por un vaso de agua y abrí la puerta de la casa. Seguía todo oscuro y lo que antes me



parecía una gran fogata a los lejos, eran los camiones pasando por la carretera al costado de la pampa. Cerré la puerta, me tomé el vaso de agua, volví a mi cama, pero no podía dormir, recordaba a Khami siendo devorado por el fuego junto a los espíritus.

¡Yo quería salvarlo!, quería salvar a mi antepasado, pero no pude, el miedo me ganó. Espero volver a ver a Khami, para que al fin pueda salvarlo del fuego y él pueda terminar su gran misión de pasar el Hain. «Pero ahora lo único que me queda por hacer es volver a dormir y esperar que el sueño empiece de nuevo», me dije.

Me acomodé en mi cama y me puse a dormir pensando en la forma de volver a mi sueño.

Laura Sofía Álvarez Díaz
13 años
Primavera
Primer lugar regional



Ilustración: Camila Cruz

MI ABUELO

Catalina Ignacia Gatica Ampuero

En un lugar muy apartado de nuestro querido país, se encuentra una isla maravillosa, rodeada de vegetación: la isla Tierra del Fuego, lugar donde vivió un caballero cuya historia es el recuerdo de sus nietos. Su nombre era Humberto, y fue un hombre de sacrificio, llegando a la isla a los 14 años, dejando a su familia en un lugar lejano de la isla de Chiloé. Fue a esa edad en que comenzó a buscar trabajo en la localidad de Porvenir, una de las comunas existentes en nuestro territorio.

Al llegar, el único trabajo que encontró fue de cocinero en la casa de lata ubicada en el cordón Baquedano. Todos los días debía caminar con una bolsa de arpillera al hombro, internándose por un camino de tierra para llegar a su trabajo en la casa de lata, donde debía desempeñarse como cocinero. Siempre con entusiasmo, realizaba sus actividades, y al paso de unos meses dejó atrás ese camino y comenzó a salir adelante.

Pensando que debía ser cada día mejor, le surgió la idea de seguir recorriendo la isla, y así llegó a una estancia, donde pudo trabajar como arriero. Poco a poco, comenzó a tomarle el gusto a la ganadería, trabajo de esfuerzo y sacrificio. Tanto fue su gusto y pasión por la ganadería que, al pasar el tiempo, la vida le dio su recompensa, y ya estando con quien fuera su esposa, lo llevaron a comprar una estancia ubicada en las cercanías de la comuna de Primavera. Ambos quedaron maravillados con el lugar, y por eso, decidieron radicarse en cerro Sombrero para poder educar a sus pequeños hijos, teniendo en cuenta que debían asistir

al colegio. Los dos comenzaron a trabajar fuertemente en la ganadería, que en realidad es un trabajo donde muchas veces, se debe luchar contra las inclemencias del tiempo, y otras veces se puede disfrutar de los cálidos días que se tienen trabajando. Son faenas en que uno muchas veces se pasa de frío o se queda todo embarrado, pero que, al mismo tiempo, quien ama este oficio lo disfruta al ver cada temporada los corderitos correr por las pampas patagónicas.

La vida de un campesino era muy difícil y complicada, pero Humberto y su familia la hacían ver fácil. A Humberto le gustaba enseñarles a sus hijos las cosas del campo como andar a caballo, esquila, marcar, faenar y mucho más. Cuando ellos aprendieron, salían juntos, los cuatro hermanos que eran, y siempre hacían carreras y jugaban. Pasó el tiempo, y los niños crecieron. Una de las hijas tuvo una hija y se fue a vivir con su marido; otro tuvo tres hijos y se fue con su mujer a vivir a un lejano pueblo; la otra tuvo dos hijos, pero se quedó con sus padres. El último, no tuvo hijos y se quedó, acompañándolos siempre. Los hijos de Humberto, siempre lo ayudaban y siempre le agradecían por todo lo que tuvieron cuando fueron pequeños, por todos los sacrificios de sus padres para que ellos tuvieran lo que tenían.

Un día, Humberto se enfermó mucho y lo tuvieron que llevar al médico y tomarle radiografías. El médico se dio cuenta que Humberto tenía Alzheimer, una enfermedad que afecta el cerebro de las personas, que va avanzando por etapas, olvidándose de a poco de todas las cosas hasta llegar a perder por completo su memoria. La enfermedad no tiene cura. Al saber eso, la esposa de Humberto y sus hijos tuvieron una pena muy grande y lo único que podían hacer era cuidarlo mucho y regalárselo.

Una mañana, vieron que a Humberto le estaba avanzando la enfermedad: olvidaba las palabras, también los nombres de sus familiares, amigos, nietos y, perdía objetos y se escapaba al campo. Cuando se iba, había un perrito que le daba una señal a la esposa de que Humberto se había escapado, para que ella lo fuera a buscar y así pudiera encontrarlo. Iba empeorando en el día a día, hasta que un día empezó a agonizar, pero esperó a que llegaran todos sus familiares. Cuando estuvieron todos, él cerró sus ojos y falleció.

Catalina Ignacia Gatica Ampuero

11 años

Primavera

Segundo lugar regional



EL OVEJERO

Daniel Eduardo Millalonco Alvarado

Había una vez cerca de Timakuel, una familia que vivía en una casa más o menos grande para el tamaño de la familia. El padre se llamaba Alberto y practicaba la ganadería, pero un día, unos vándalos dejaron escapar a sus corderos. Alberto estaba enojado, ya que él pensaba que esto era personal. Fue a buscar a sus corderos junto a su hijo mayor, que se llamaba igual que él y tenía alrededor de 18 años. No encontraron nada, así que fueron a preguntar a los habitantes de Timakuel y estos no sabían nada sobre los corderos perdidos.

Derrotados, volvieron a casa. Nuevamente, lo intentaron al siguiente día y encontraron algunos corderos: a tres de los quince. Alberto, finalmente encontró a uno de los malhechores. No parecía tener más de dieciséis años, así que es probable que alguien le hubiera pagado para hacerlo.

Ya han pasado más de dos años, la familia de Alberto se mudó a Porvenir, pero Alberto seguía con la idea de encontrar a sus corderos. Determinado y preparado, fue a buscarlos. Un hombre le dijo que, un grupo de ocho personas estaba viviendo en un rancho cerca de ahí, y que ellos tenían doce corderos, así que Alberto fue a investigar desde lejos. Vio a cinco jóvenes y a tres personas vestidas de negro, parecían de esos mafiosos que salen en las películas. Alberto, armando con su revolver viejo, fue a hablar con ellos. Los tipos de negro le dijeron que se fuera, porque estaba en una propiedad privada. Alberto enojado les preguntó sobre los corderos. Los tipos de negro le dijeron que no era de su interés. El padre, aún más enojado, reconoció a uno de sus corderos, sacó su revólver y demandó a que se los entregaran de inmediato. Los jóvenes comenzaron a correr y algunos



se arrodillaron poniendo las manos hacia arriba. Los tipos de negro, al mismo tiempo sacaron sus pistolas y le dispararon. Alberto, en el último momento, pensó: «Todo esto por unos corderos». Lo peor de todo, es que su familia nunca sabrá de su muerte.

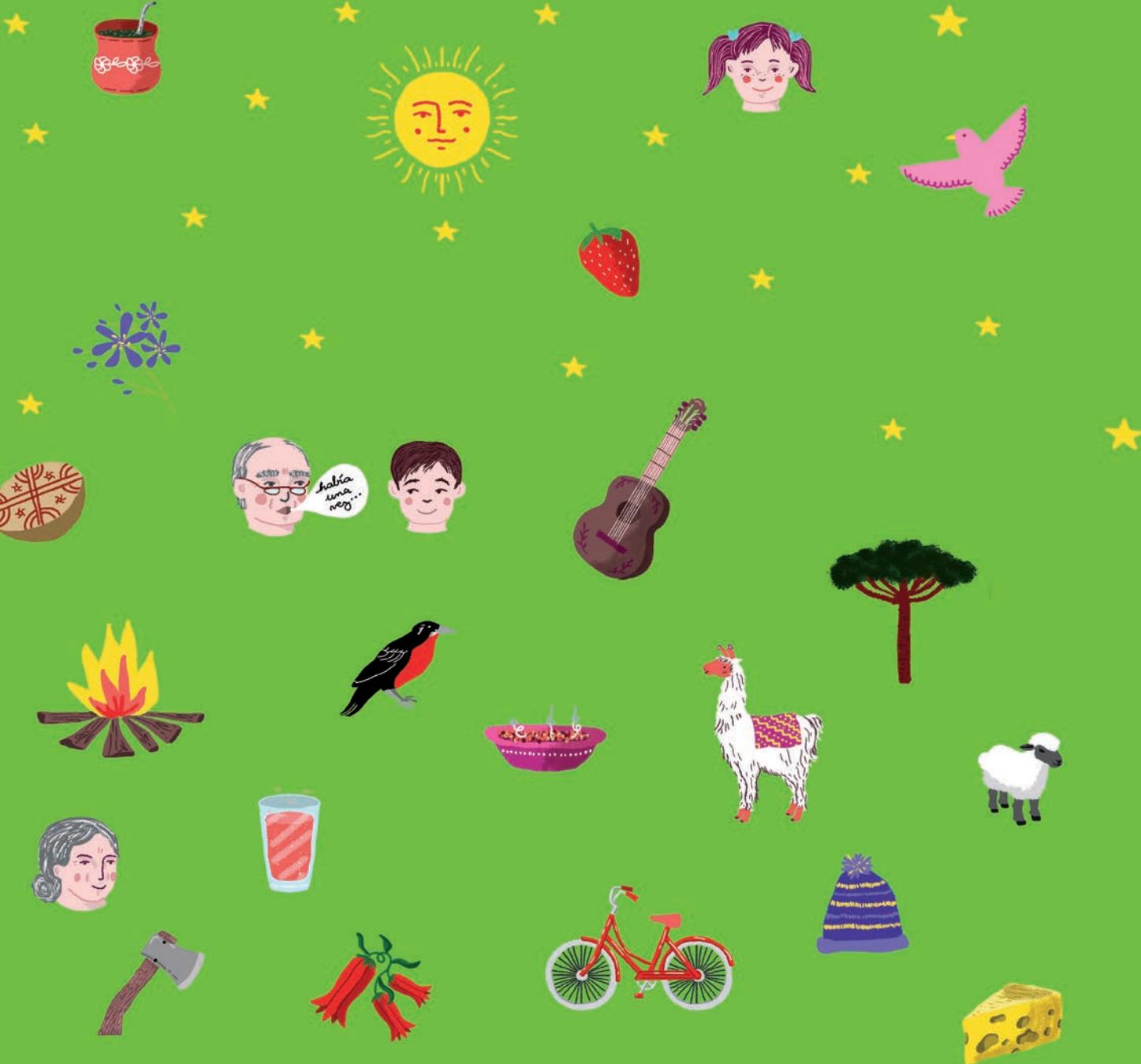
Mi cuento se trata de Alberto y su familia a la que le robaron sus corderos, y él y su hijo los van a buscar. Una historia triste.

Daniel Eduardo Millalonco Alvarado

13 años

Porvenir

Tercer lugar regional



CONCURSO

HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA



FUNDACIÓN
FUCOA

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con la colaboración y el financiamiento del Ministerio de Educación.